

1999

LETRA

INTERNACIONAL

65

800 Ptas.



AFINIDADES ELECTIVAS

Alberto Manguel

CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN

James K. Galbraith

LA GUERRA DE LAS CIENCIAS

Javier Ordóñez
Alan Sokal
Jacques Derrida
Bruno Latour
Jean Bricmont

Valentí Puig
Jan Stage
José F. Colmeiro
Gabriel Zaid
Félix Grande
Marcos-Ricardo Barnatán
Angeles Mastretta
Josefina Aldecoa
Javier Alfaya
Lluís Alvarez
J. Gutiérrez Vicén
Rafael García Alonso
C. Gómez Sánchez
J. A. González Sainz
Francisco Solano
Wilhelm Schmid



8 414090 300865 cultura y deporte

ARCO, FERIA INTERNACIONAL DE ARTE CONTEMPORANEO



IFEMA

Madrid, 10 - 15 Febrero • Parque Ferial Juan Carlos I • 28042 Madrid • Apdo. de Correos 67.067 • 28080 Madrid • España • Tel.: (34) 91 722 50 17 • Fax: (34) 91 722 57 98 • arco@ifema.es • www.arco.ifema.es



Ministerio Educación y Cultura



COOPERACION ESPAÑOLA



Ayuntamiento de Madrid



Comunidad de Madrid



Cámara de Comercio e Industria de Madrid



CAJA MADRID



IBERIA TRANSPORTISTA OFICIAL

LETRA⁶⁵ INTERNACIONAL

DIRECTORES

Salvador Clotas y Antonin J. Liehm

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCION

Victoria Camps
Josep M. Carandell
Luis Goytisolo
Jon Juaristi
Ludolfo Paramio
Carlos Piera
Josep Ramoneda



LETRA INTERNACIONAL
ES MIEMBRO DE ARCE
ASOCIACION DE
REVISTAS CULTURALES
DE ESPAÑA

DISEÑO Y MAQUETACION

Torre de Babel, S.L.

PUBLICIDAD

Arrando 4 Gestión
Teléf.: 915 617 878
Fax: 915 613 037

REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010 Madrid.
Teléf.: 913 104 696 - 913 104 798
Fax: 913 194 585
E-mail: fpiinternacional@infor.net.es
En Internet:
<http://www.arce.es/Letra.html>

CIF n.º G-28667061
Depósito Legal: M-4655-1986
ISSN 0213-4721

INDICE

• Página editorial	2
• James K. Galbraith La crisis de la globalización	4
• Jan Stage Una muerte lenta	8
• José F. Colmeiro La crisis de la memoria	16
• Alberto Manguel Relectura de «Las afinidades electivas»	22
• Gabriel Zaid Organizados para no leer	28
• Félix Grande De Antología	32

LA GUERRA DE LAS CIENCIAS

• Javier Ordóñez Sin novedad en el frente	40
• Alan Sokal La física y sus metáforas	45
• Bruno Latour, Alan Sokal, Jacques Derrida, Jean Bricmont Cartas cruzadas	48
• Marcos-Ricardo Barnatán El descubrimiento de la Argentina	56

LOS LIBROS

• Angeles Mastretta (Carlos Fuentes); Josefina Aldecoa (Mary Nash); Javier Alfaya (Juan Hermanos); Lluis Alvarez (Mariano Antolín); Javier Gutiérrez Vicén (Emmanuel Todd); Rafael García Alonso (Pierre Bourdieu); Carlos Gómez Sánchez (J.M. González García)	61
--	----

CORRESPONDENCIA

• J.A. González Sainz, Francisco Solano, Wilhelm Schmid	75
--	----

Salvador Clotas

OTRO GRAN NOBEL OCCIDENTAL

El principio del curso cultural o, si se prefiere, el otoño de los premios, estrenos e inauguraciones viene marcado por dos acontecimientos que desde suelo europeo se proyectan al mundo entero: la feria del libro en Frankfurt y la concesión del premio Nobel de Literatura. El gran mercado de novedades, inéditos y derechos de autor una vez más ha señalado con su dedo poderoso, cual Colón en las ramblas de Barcelona, hacia la América de las nuevas tecnologías. Ese antipático libro electrónico en el que no cabrán notas, subrayados, cantos doblados para recordar el punto en que dejamos la lectura, ni arrancar una página con furor o pasión. Difícil también para los *lancelottos*. Tendrá, desde luego, grandes ventajas que le están dando ya una importante acogida en Alemania y Estados Unidos. Al mundo hispanohablante, como la televisión en los años cincuenta, pronto llegará.

Pocas dudas caben sobre el acierto del Nobel a Günter Grass. El autor de *El tambor de hojalata* es uno de los mejores escritores europeos desde la posguerra y, por otra parte, se ha convertido en nuestra conciencia crítica, en el Thomas Mann de estos años en los que Europa también ha sido escenario de guerras frías y enfrentamientos trágicos. Grass es un intelectual quizá un poco a la antigua, romántico comprometido con la causa socialdemócrata de la justicia, de la igualdad, de los desheredados y auténticos protagonistas de la historia, más alejados de la batalla que el héroe stendhaliano y, sin embargo, víctimas de ella. En esta ocasión el Nobel parece no haber decepcionado a nadie aunque en su decisión es posible que no se hayan tenido en cuenta sólo los valores literarios y culturales, sino esa especial estrategia geográfica y multicultural, la irresistible atracción de la nueva centralidad cultural de la Alemania después del muro. Se puede y casi se debe, pues, celebrar la concesión del premio a Günter Grass y, a la vez, denunciar esa geoliteratura que a veces es sólo geopolítica que practica la Academia Sueca, ignorando grandes áreas culturales y lingüísticas. La que podría calificarse como una excesiva afición al canon occidental. ¿Para cuándo un Nobel chino?

Un Nobel que ya no será, se fue. Murió Rafael Alberti. Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre, tan inmensos,

hicieron imposible otro premio sueco a la poesía española aunque Alberti, Machado y, sobre todo, García Lorca bien lo hubieron merecido. La revista *Letra Internacional* le rinde humilde homenaje al *Marinero en tierra*. Personalmente he recordado mis años de lector feroz de su poesía, los años de escasez y censura librera que me hicieron copiar a mano la *Ora Marítima* y los *Poemas de la Quinta del Mayor Loco*, impresos, me parece, en Buenos Aires o México. Fuimos convecinos, trato afable y suave de ascensor.

Alberti fue también un hombre de izquierdas. Quizá una conciencia más lírica que crítica, pero no es posible olvidar querencia continua desde los exilios americano y romano y su regreso como una compensación histórica para todos los que ya no llegaron a tiempo. Su imagen en el Congreso de los Diputados es una de las más significativas y emotivas de la transición política. Rafael Alberti, adiós. □

Valentí Puig

SISTEMA Y EXPERIENCIA

Es erróneo contraponer experiencia y sistema porque las necesidades de la ficción reclaman —precisamente— el equilibrio entre el sistema y la experiencia. No son pocos los novelistas que han querido generar sistemas. Balzac decía: no es suficiente ser un hombre hay que ser un sistema. El ingeniero Robert Musil emprende una de las empresas novelísticas más sistemáticas y no la acaba. Muy olvidado en beneficio del minimalismo narrativo, Musil es uno de los fracasos más aleccionadores del siglo XX. Según Canetti, tenía una mente demasiado dotada y activa para conformarse con la simplicidad. Así se explica la urgencia sistemática de *El hombre sin atributos*, el predominio de la complejidad intelectual sobre el detalle, el poder de lo vasto sobre lo ínfimo. La lección paradójica del fracaso de Musil consiste en que el novelista no puede serlo si alude al presente y a la vez pretende disimular la gran incomodidad ante las imperfecciones del mundo. Muy al contrario, las novelas —incluso la *kermesse* edénica de Wodehouse— existen precisamente porque el mundo es imperfecto.

Por un lado, los sistemas pueden dar consistencia intelectual a un modelo narrativo y, por otro, las ideas ponen fecha a una página y la pueden hacer envejecer rápidamente. La réplica es la calidad de absorción, la capacidad porosa de combinar las ideas y los individuos. El respeto del novelista por la humanidad individual es previo al sistema, porque la observación de una individualidad tiene la fuerza inaugural de las cosas dichas y descritas por primera vez. Es la misma fuerza —casi ilimitada— que proviene para el novelista de la mezcla de humildad y egoísmo. Es una personificación de las contradicciones que no son sólo del novelista sino de todos sus personajes, como un ejército sin armas, extraviado por parajes desérticos en la búsqueda de alguna verdad. De forma paradójica, un sistema puede dar un plus de libertad a una novela, en virtud de las complicidades exóticas entre la casualidad y el determinismo, entre la ley biológica y la visión insospechada. *El doctor Zivago* está lleno de coincidencias, hasta el punto que forman un sistema simbólico que pretende ser ilustrativo de los desórdenes humanos que provoca la revolución.

La gozosa obra de Georges Perec y las heroicidades formales más divertidas de la literatura potencial —Oulipo—

son por fuerza un modelo admirable frente a la atomización narrativa: son prueba de un retorno sorprendente a las virtudes clásicas de la restricción. Novelas como *La vida. Manual de uso* o *53 días* —inacabada— responden a la gloriosa exaltación de las posibilidades combinatorias y de los efectos benéficos de la constricción formal. La consecuencia, quizá imparables, es una propuesta de constructivismo literario que «Oulipo» lleva más allá de la inventiva magnífica y de las cualidades metafóricas de Perec. Si inevitabilidad y libertad —como dice John Bayley— van de acuerdo y nunca prepondera una única visión de la existencia, el caso de Perec ilustra otra urgencia de una forma que puede parecer sesgada: la desaparición de su madre, judía y viuda de guerra, camino de Auschwitz, llega a ser una imposibilidad de la memoria. Es decir: el Perec fabulador de crucigramas no puede abandonar su destino, ni puede ignorar nunca más la historia.

Aunque sólo sea por las ocho personas que fueron al funeral de Musil, reconsiderar el sistema y encontrar en él la justa medida de la ficción es casi un deber, es un incentivo de la vida. Si la novela es descubrimiento y registro del mundo humano, la verdad —por irregular que ésta sea— nunca estorba. No es una atribución trascendente que pueda incomodar a los novelistas formalmente agnósticos. La indagación estricta de la individualidad humana siempre nos conducirá a alguna forma de pensamiento. Frente a la idea conformista del compromiso con la realidad, cualquier novelista puede revivir la fascinación de la realidad, como si la tradición del oficio de novelar pusiera en las manos una herramienta cada vez más precisa y absorbente. En un mundo fragmentado, pletórico de cambios. Henry James decía que se necesita toda una vieja civilización para iniciar la actividad de un novelista. Del tenedor de plata habremos pasado al vaso de plástico de los McDonald's; de las veladas con piano a las largas noches de Internet; del ahorro a la cotización en bolsa; de la saga familiar a los hijos sin padre, pero, en definitiva, la angustia y la nada, el destino y la historia, el placer y la gloria esperan desde un lado del escenario para tentar a los personajes de las novelas. □

La crisis de la globalización

James K. Galbraith

La doctrina que recibe el nombre de Consenso de Washington sirvió de credo a los apóstoles de la globalización. Constituía un acto de fe en la eficacia de los mercados, en la inutilidad de los estados, en la falta de contraposición de intereses entre pobres y ricos, en el albur como la mejor manera de resolverlo todo. Y afirmaba que la privatización, la desregulación y los mercados de flujo libre de capitales alentaban el desarrollo económico, que los gobiernos debían equilibrar los presupuestos y combatir la inflación, y no hacer prácticamente nada más.

Esta creencia ya ha demostrado su absoluta falta de fundamento.

La cierto es que la gente necesita comer todos los días. La política que garantiza eso, con una nutrición cada vez mejor y viviendas y sanidad y otras condiciones materiales de vida a largo plazo, es una política correcta. La política que de forma directa o indirecta fomenta la inestabilidad, que impide que los pobres coman en nombre de la eficacia del liberalismo y hasta de la libertad, no es una política correcta. Y cabe distinguir entre políticas que cumplen con esos mínimos y políticas que no lo hacen.

El incentivo para la competitividad, la desregulación, la privatización y los mercados de capitales libres ha roto con las perspectivas económicas de muchos millones de individuos de la población más pobre del mundo. Por lo tanto, no se trata sólo de una cruzada ingenua y desencaminada. En la medida en que no garantiza el suministro estable del pan diario, resulta peligrosa para la seguridad y la estabilidad del mundo, incluido el nuestro. El mayor peligro reside ahora mismo en Rusia, un ejemplo catastrófico del fracaso de la doctrina del libre mercado. Pero han surgido peligros serios también en Asia y en Latinoamérica, peligros que no van a desaparecer de la noche a la mañana.

Vivimos, en pocas palabras, una crisis del Consenso de Washington.

La crisis del Consenso de Washington la puede ver todo el mundo. Pero no todo el mundo está dispuesto a admitirla. En efecto, cuando las políticas erróneas producen fracasos políticos, los responsables de ellas activan un mecanismo de defensa. Para ellos, cualquier caso mal resuelto es una desdichada excepción. México fue una excepción: hubo una revuelta en Chiapas, un asesinato en Tijuana. Luego Corea, Tailandia, Indonesia pasaron a ser

excepciones: se descubrieron la corrupción y un capitalismo de camarillas de dimensiones colosales, pero *con posterioridad* al estallido de la crisis. Y luego le tocó el turno a la excepción rusa. En Rusia, se nos dice, la criminalidad dostoyevskiana rezumaba del cadáver del comunismo soviético para acabar con la eficacia y los alicientes del libre mercado.

Pero cuando las excepciones predominan sobre la regla, será porque algo falla en ésta. ¿Dónde quedan las historias triunfales de la liberalización, la privatización, la desregulación, el dinero a raudales y los presupuestos equilibrados? ¿Dónde están los mercados emergentes emergidos, los países en desarrollo desarrollados, las economías de transición que realmente han completado una transición triunfal y feliz? Miremos más de cerca y con mayor atención: no están.

En cada una de las supuestas excepciones —Rusia, Corea, México y también Brasil—, los programas de desarrollo estatales se liberalizaron, privatizaron, desregularizaron. Pero luego, la afluencia de capitales dio lugar a una sobrevaloración de la moneda, volviendo las importaciones más baratas pero privando de competitividad a las exportaciones. Cuando las promesas anteriores de «transformación» se demostraron irrealistas, la actitud del inversor fue otra. Se lanzó hacia la calidad, normalmente debido a maniobras para elevar los tipos de interés en los países de «calidad», sobre todo Estados Unidos en 1994 y a principios de 1997. Una pequeñísima variación de los tipos de interés en Estados Unidos en marzo de 1997 precipitó la afluencia de capitales desde Asia que condujo a la crisis de Tailandia.

El caso ruso es especialmente triste y dramático. En 1917, la revolución bolchevique prometió a la población rusa cansada de la guerra la liberación y el fin de la opresión. Tardaron setenta años en olvidar la principal lección de aquella experiencia, a saber, que no hay transiciones fáciles, repentinas y milagrosas. En 1992, los defensores de la terapia de choque siguieron la senda bolchevique, en contra del sentido común de buena parte de la clase política rusa, empleando tácticas bolcheviques. Esto es lo que realmente demostró el asalto militar al Parlamento ruso que encabezó Yelstin en 1993, un acto de violencia que en Occidente toleramos, para vergüenza nuestra, en nombre de la «reforma económica».

La privatización y la desregulación no han creado en Rusia un mercado eficaz y competitivo, sino inmensos y perniciosos monopolios privados, oligarquías y mafias, que ejercen el control de los imperios industriales y los nuevos medios de comunicación. Y estos imperios patrocinan sus propios bancos, que nunca han sido bancos propiamente dichos sino simples agencias de especulación, que no cumplen ninguna de las funciones básicas de los bancos comerciales. Mientras tanto, el Estado seguía una estricta política de reducción de gastos, hasta el punto de que los salarios y las pensiones de jubilación dejaron de pagarse, como si el gobierno de Estados Unidos se negase a pagar los cheques de la Seguridad Social por un déficit presupuestario. El sector privado se quedó literalmente sin dinero. El sistema de pagos dejó de funcionar, la recaudación de impuestos se hizo imposible porque no había nada que gravar. El Estado se financiaba por medio de un diagrama piramidal de deudas a corto plazo que se colapsó, como ocurre necesariamente en toda pirámide, el 7 de agosto de 1998. Este fue el final del radicalismo del libre mercado en Rusia, pese a lo cual el Consenso de Washington sigue afirmando que Rusia debe «continuar por la senda» de la «reforma económica».

En toda Asia en los años noventa, el crecimiento industrial estable dio lugar a expansiones efímeras basadas fundamentalmente en especulaciones inmobiliarias y en la potenciación de oficinas comerciales. Se edificaron muchas más torres de oficinas en Bangkok, Yacarta, Hong Kong y Kuala Lumpur de las que razonablemente podían utilizarse. Una vez terminadas, esas torres se quedaron vacías pero disponibles, convirtiéndose en objetos invendibles impidiendo nuevas construcciones. El proceso de recuperación tras el estallido de una burbuja así es largo. Cinco años o más en el caso de Tejas de mediados de los años ochenta.

Por lo que se refiere a Brasil, a principios del otoño de 1998 se decía que el Fondo Monetario Internacional (FMI) devolvería la confianza y que mantendría el real brasileño a flote. Pero desde entonces el real se ha devaluado y Brasil se encamina hacia una gran recesión. Aquí el origen del problema no está en Brasil y no es resoluble mediante ningún paso que los brasileños puedan dar solos. Reside, más bien, en el mercado internacional de capitales. Los inversores con intereses en Asia y con pérdidas en Rusia tienen que reducir sus préstamos a otros grandes prestatarios, con independencia de las condiciones que existan en esos países. En tal imperativo radica el problema de Brasil hoy día.

¿Hay alternativas? Sí. La macabra situación que acabo de esbozar no es unívoca. A lo largo del último medio siglo, ha habido periodos positivos y prolongados de desarrollo global intenso siempre en países con gobiernos fuertes, estructuras económicas mixtas y mercados de capital débilmente desarrollados. Tal fue el caso de Europa y Japón después de la Segunda Guerra Mundial, de Corea y Taiwan en los años ochenta y noventa, de China después de 1979. Estos casos, y no los ejemplos liberales del mercado libre —como, digamos, Argentina después de mediados de los setenta, México después de 1987, Filipinas o Bolivia— son los ejemplos positivos del desarrollo económico global en nuestros días.

En Corea, verbigracia, el gran periodo de desarrollo económico fue, en efecto, una fase de capitalismo de camarillas represor. Después de 1975, el

gobierno coreano tomó nota del destino de Vietnam del Sur, extrajo sus propias conclusiones sobre la seriedad del compromiso norteamericano y se embarcó en un programa de mejoras de las industrias pesada y química que hacía hincapié en las tecnologías de doble uso: el primer proyecto importante de Hyundai Heavy Industries, por ejemplo, fue una versión mejorada del tanque M-60.



José A. Muñoz: *Urbe II.* (1997.)



José A. Muñoz: *Urbe III.* (1997.)

La política industrial coreana no fue, en ningún sentido estadístico, eficaz. Ningún mercado habría optado por semejante línea de actuación. Los principales actores en la economía coreana —el Estado, la banca, los conglomerados denominados *chaebols*— se unieron para cumplir sus objetivos. Se reprimió a los trabajadores y se desatendieron sus demandas salariales. Y la búsqueda inicial de mercados no fue en absoluto positiva. Los tanques no consiguieron mucha demanda, de modo que Hyundai hubo de optar por dejarlos y fabricar en su lugar automóviles.

¿Con todo, sentado el balance del modelo coreano, puede alguien argumentar seriamente que el país sería más rico hoy si no hubiese hecho nada en 1975? ¿Qué habría más clase media o más democracia?

Bien es cierto que Corea experimentó los primeros golpes de la crisis financiera asiática. Pero, ¿por qué? Hacia 1997, la política industrial pertenecía ya al pasado remoto. Los bancos coreanos se habían desregularizado en 1992. Lo que hicieron fue diversificarse, apoyando proyectos de amplia expansión y diversificación industrial del *chaebol* (la aventura de Samsung en la fabricación de automóviles, por ejemplo), y concediendo créditos a países como Indonesia, donde los coreanos sin duda adquirieron papel siguiendo la recomendación de sus amigos norteamericanos. La crisis económica de Indonesia se irra-

dió a Corea por estas vías financieras. No fue una crisis del capitalismo de camarillas, sino del sistema bancario de camarillas, desregularizado y globalizado.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero limitémonos a fijarnos en uno más, el de China.

China es un país con una tradición de cincuenta años de gobierno de partido único. Durante treinta de esos años, fue un ejemplo de manual por su organización, su ideología y su fracaso económico. En un momento dado, se produjo una hambruna absolutamente evitable y catastrófica durante la cual perecieron veinte o treinta millones de personas. En los primeros años de la Gran Revolución Cultural Proletaria, las raciones para las aldeas eran de menos de medio kilo de arroz diario.

A principios de 1979, sin embargo, China se embarcó en unos reformas que cambiaron la fisonomía del país. Empezaron con la reforma agrícola más extensa de la historia de la humanidad, reforma que efectivamente acabó en cinco años con la carestía que padecía China. Después, una política que aceptaba las inversiones a largo plazo, que fomentaba la creación de empresas en pueblos y aldeas, las sociedades anónimas y las empresas privadas dio lugar a un aumento amplio y sostenido del nivel de vida. En veinte años, la media del nivel de vida se cuadruplicó; lo cierto es que el crecimiento ha sido tan rápido que son muchos los que pueden notar de mes en mes la mejora de su nivel de vida.

El caso chino demuestra la eficacia potencial de las políticas de desarrollo sostenido, de las políticas que recalcan la prioridad de las mejoras constantes durante largos periodos de tiempo. A diferencia de Rusia, China incurrió en el error de la Gran Marcha Hacia Adelante solamente una vez. Y nunca liberalizó sus mercados de capital o sus cuentas de capital, por miedo a que su liberalización constituyese un señuelo fatal, capaz de desencadenar un ciclo de altas y bajas que un país pobre no puede aguantar durante mucho tiempo.

China no es una democracia. No es políticamente libre. Pero no podemos por menos de reconocer que el gobierno chino ha cubierto las necesidades económicas básicas de su pueblo, sobre todo la de comida y la de vivienda, y que un régimen alternativo incapaz de cubrir dichas necesidades tampoco habría sido capaz de implantar la paz interna, la democracia o los derechos humanos.

Así pues, ¿qué puede hacer Estados Unidos ahora? Para empezar, podemos reconocer que la economía globalizada convierte a la Reserva Federal en el banquero principal para buena parte del mundo en vías de desarrollo. Las reducciones de los tipos de interés del pasado otoño tuvieron un importante efecto estabilizador en los mercados globales. Pero este efecto es temporal; y los poderes de la Reserva Federal son limitados. Tras una reducción, a la postre se precisa otra más; y la reducción del 1% al 1,5% carece de la fuerza de una reducción del 6% al 4%. Sobran

EDITORIAL TROTTA

Tel.: 34-91-593 90 40
Sagasta, 33 (Madrid 28004)
E-mail: trotta@infor.net.es
<http://www.trotta.es>

PAUL CELAN
Obras completas

JOSÉ MARÍA VALVERDE
Obras Completas
Volumen 3. Escenarios

EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA
Fervor de Borges

CARL GUSTAV JUNG
Obra Completa
Volumen 1. Estudios psiquiátricos
Volumen 15. Sobre el fenómeno del espíritu
en el arte y en la ciencia

LOUIS MASSIGNON
Ciencia de la compasión.
Escritos sobre el Islam,
el lenguaje místico y la fe abrahámica

ANTONIO PAU PEDRÓN
Madrid en sus libros

motivos para bajar los tipos de interés, pero tampoco podemos olvidar que la llegada del largo plazo se produce cuando las políticas a corto plazo de esa índole pierden vigor.

Luego está la política fiscal. Si para Japón es conveniente generar un déficit para luchar contra la recesión global, ¿para Estados Unidos es realmente atinado crear un excedente que compense con creces el déficit en Japón? Pues no. Estados Unidos tendría que expandir su economía recurriendo a todas las herramientas que existen para tal fin.

Luego está el asunto de lo que predicamos del mundo y las políticas que apoyamos. Si es conveniente para el gobierno de Estados Unidos crecer a la par que su economía, luego será también conveniente para los gobiernos de otros países crecer al ritmo de sus economías. La política de desarrollo global debería encauzarse hacia el fortalecimiento de esa capacidad, no hacia su parálisis.

□ Cualquier economía privada funcional tiene, y necesita, una serie de empresas y canales de distribución estatales, regionales y municipales destinados a garantizar la alimentación y las necesidades básicas de la población más desfavorecida. Un sistema así estabiliza las instituciones del mercado, que atienden mejor a la gente con ingresos más elevados. Pone cortapisas a la monopolización abusiva de redes de distribución básicas mediante la implantación de una alternativa válida. La ayuda internacional debería buscar el fortalecimiento de estas redes públicas allí donde existan y construir las donde no las haya. Los esfuerzos para hacer esto en Rusia hoy, bajo el actual gobierno, tendrían que obtener apoyo en vez de rechazo.

Hay un conflicto obvio entre las políticas a favor del crecimiento y «la confianza del inversor». A los inversores les gusta obtener ganancias a corto plazo. Pero dado ese conflicto, es una falacia situar la confianza del inversor por encima del objetivo del progreso. Los gobiernos nacionales fuertes tienen

el derecho soberano a regular el flujo de capitales y los bancos que operan en su territorio, tanto derecho como el que cualquier país tiene a controlar el flujo de personas por sus fronteras nacionales y a regular sus actividades en su suelo. En este orden de cosas, haría falta una *tasa Tobin* al intercambio internacional, no sólo para reducir la especulación en Estados Unidos, sino también para que otros países den crédito a nues-

tra aceptación de este principio, países para los cuales otros mecanismos de control de capital podría ser más convenientes en distintos supuestos.

Además de lo dicho, procede una reconstrucción fundamental de las prácticas financieras mundiales, encaminada a recuperar la estabilidad y a fortalecer las capacidades de regulación y planificación de los gobiernos nacionales. El FMI necesita un nuevo liderazgo, no sujeto a los dogmas más recientes. Pero el FMI es además demasiado pequeño y su expansión muy escasa para contribuir en la elaboración y aplicación de planes de desarrollo nacionales eficaces. Así pues, las instituciones financieras regionales, como ha sugerido para Asia Eisuke Sakakibara, ministro de Economía de Japón, son asimismo necesarias, y convendría que EE UU dejase de oponerse a tal idea.

Por encima de todo, tenemos que renunciar a las ilusiones. El experimento neoliberal ha fracasado. Y ha fracasado no debido a acontecimientos imprevisibles, sino porque era y es intrínseca y esencialmente imperfecto. Hay que cambiar mucho esa visión ingenua y fatalista de un orden mundial sin gobierno. Necesitamos cambios inmensos y los necesitamos con apremio, mientras que el tiempo, me parece, es corto. Tenemos que acabar definitivamente con la era Reagan. Tenemos que recuperar las políticas de desarrollo por la gente cuyas necesidades han de estar por encima de todo, a saber, por los millones de trabajadores de los países pobres que necesitan comer todos los días. □



José A. Muñoz: *Urbe VI.* (1997.)



José A. Muñoz: *Urbe VIII.* (1997.)

□

Una muerte lenta

Jan Stage



Thomas Kern: *Daguestán. Un joven pastor se refugia del mal tiempo.* (1999.)

«Madre mía» pienso, «¿pero en qué lío me has metido?».

En la plaza de Gori, bajo el cielo de verano de Georgia, se alza una de las últimas estatuas de Stalin que quedan en este mundo. Y no por casualidad. Gori es la cuna de Stalin. Stalin es una figura de culto en Gori que, al fin y al cabo, no tiene otra cosa de que vivir más que del museo del dictador. Las botas de Stalin, el vagón de tren de Stalin, célebre en Yalta y Potsdam, el escritorio de Stalin en el Kremlin, la gorra de Stalin y, por supuesto, su máscara mortuoria en bronce. La casa natal de Stalin y la cama en la que vino al mundo. No hay ni una mancha, ni una mosca, ni una mota de polvo. Una familia con sentido del orden. Afuera, en la que antaño fuera plaza de armas y hoy agoniza entre tierra reseca y malas hierbas, venden Coca-Cola y Lucky Strike. La veneración tiene sus límites.

Bebo a pequeños sorbos una copa de champán Erekle, dulzón y templa-

ducho. Es un ritual en Gori. Antes, cuando venían tantos turistas, casi todos brindaban con la estatua de Stalin. Aquella época ya pasó. Estamos solos en el comedor y no alzamos nuestras copas, cosa que la camarera de anchas espaldas no acaba de comprender.

«Todo es culpa de Stalin» dice Arthur, mi intérprete y acompañante, que es georgiano sobre el papel pero en realidad es armenio.

«Sus deportaciones y sus persecuciones están detrás de todo lo que hemos vivido en estos últimos cuatro días. En el Cáucaso todos se odian entre sí. Los georgianos temen a los chechenos. Los osetas del norte odian al resto de Ingushetia. Los armenios no soportan a los azerbaijanos. Pero los peores son los chechenos. Todo el mundo les teme y ellos odian a todo el mundo...»

Cierro los ojos. Intento imaginar que estoy en cualquier otro lugar don-

de no haga cuarenta grados y donde la gente no piense como si Stalin jamás hubiera muerto.

Y recuerdo nuestro viaje por las montañas de Daguestán, recuerdo al señor Bazagashvili en la aldea de Duisi, que no era ni Georgia ni Chechenia, sino posiblemente ambas, y recuerdo también al comandante Tindi, aquel checheno loco de la frontera con Daguestán que hubiera preferido arrojarnos a Arthur y a mí por el primer barranco o tomarnos como rehenes, porque los rusos acababan de sembrar de bombas la aldea de Omalo, su pequeña monarquía casera...

Sigo sin comprender cómo logramos escapar de Tindi y sus hombres. Quizás sólo fuera casualidad, como tantas otras cosas. Quizás el comandante cambió de idea.

Pero hubo momentos en los que me daba perfecta cuenta de que Tindi planeaba retenernos como rehenes y dejarnos morir una muerte lenta en las montañas, porque ningún director de periódico ni ningún Ministerio de Asuntos Exteriores tendría imaginación suficiente para presentarse con un rescate de cinco millones de dólares.

Sí, esa era la cifra que Tindi mencionó un día que se encontraba de especial buen humor.

Todo comienza en un hotel de Tblisi. Un cuerpo pesado se deja caer en una butaca frente a mí. No me importa, ¿verdad?, me pregunta. No, no tengo inconveniente, por supuesto. Sólo estoy esperando.

Ya lo ve, dice. Le parece que soy el único extranjero en el hotel. Pero, ¿por qué he hecho un viaje tan largo sólo para sentarme a esperar?

BOLETIN DE SUSCRIPCION

TARIFA (6 números)

LETRA
INTERNACIONAL

C/. Monte Esquinza, 30-2.º Dcha.
28010 MADRID

España	4.800 ptas.
Europa	
(correo ordinario)	5.500 ptas.
(correo aéreo).....	7.100 ptas.
América	
(correo aéreo)	7.500 ptas.
Resto del Mundo	11.000 ptas.

Nombre y Apellidos

Dirección

Ciudad C. P.

Teléfono Suscripción a partir del N.º

FORMA DE PAGO

- Adjunto talón bancario Giro postal N.º
- Tarjeta de crédito: Contra reembolso
- Visa Mastercard/Eurocard/Access

Núm.:

Caduca:

- Domiciliación bancaria:

Sr. Director de

Sucursal n.º Ruego atienda

hasta nuevo aviso los recibos que anualmente les pasará la revista LETRA INTERNACIONAL en concepto de suscripción contra mi c/c.

Entidad	Oficina	D. C.	N.º de Cuenta
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

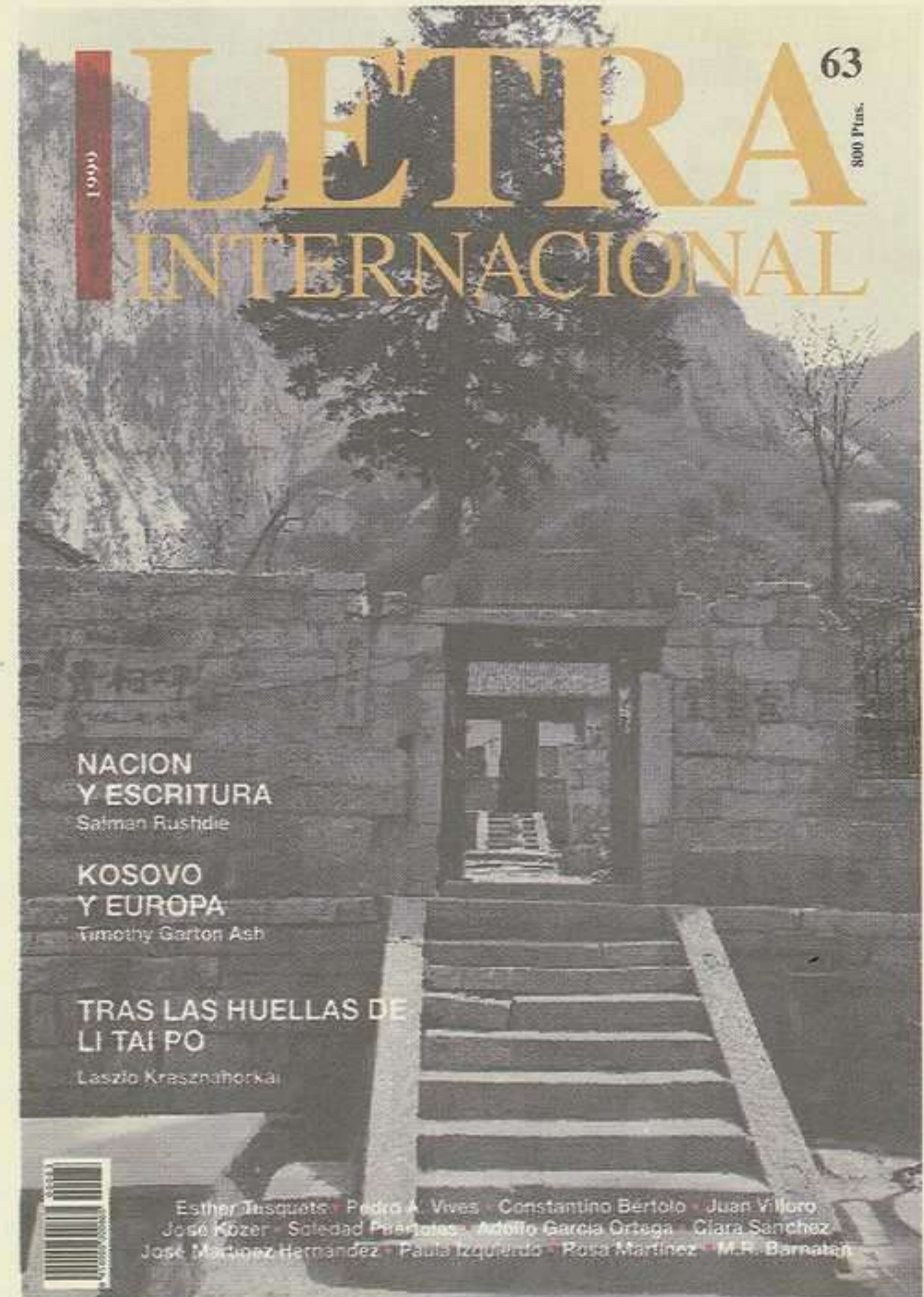
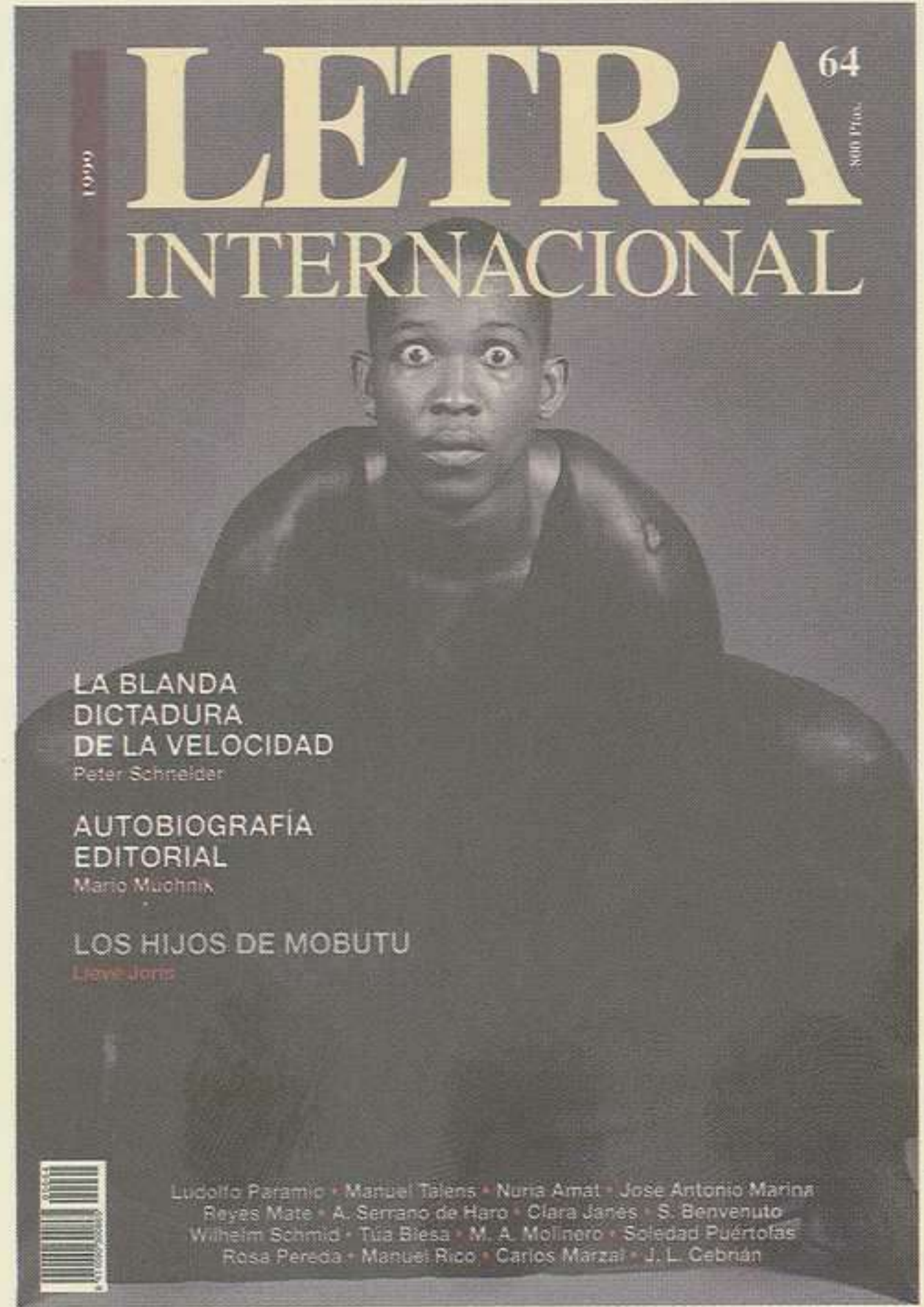
Firma:

- Si desea recibir algún ejemplar al precio de 800 ptas. contra reembolso, marque a continuación el número o mes

Puede también suscribirse por teléfono 913 104 313 o fax 913 194 585 e-mail: fpiinternacional@infonet.es

Una muerte lenta

Jan 3





Thomas Kern: *Daguestán. Aldeanas con sus tradicionales pañuelos blancos troceando carne.* (1999.)

Le explico que me propongo viajar hasta el triángulo que forma la frontera de Georgia con Chechenia y Daguestán.

—Ya sabe que es peligroso —dice dedicándome una preocupada sonrisa. —Todos los extranjeros acaban como rehenes. O les cortan la cabeza, o no se vuelve a saber de ellos. Son pocos los liberados.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —inquiero.

Se encoge de hombros:

—Más de cien. La mayoría técnicos y gente de los equipos de rescate. De cualquier nacionalidad. Eso sí, de rusos ni hablar. Las bandas de las montañas saben que los rusos no tienen dinero.

Considero la situación: he venido hasta aquí para averiguar si la guerra de Daguestán puede llegar a convertirse en una nueva Afganistán para los rusos. O tal vez en una nueva Chechenia. Y aquí estoy, charlando

con un desconocido cuyo tema de conversación son rehenes y rescates.

En realidad, el panorama no me desanima. He sido, bien es verdad que sólo durante veinticuatro horas, rehén en El Salvador. Y pagaron un rescate por mí en Uganda. Las cosas tenían mal cariz, pero todo salió bien.

Sin embargo, hay algo en esta situación que me hace vacilar. Me veo a mí mismo como un banco ambulante.

—Es que lo es —asiente el hombre que tengo frente a mí. —Se ve usted perfectamente.

Se llama Bagdan, por cierto, dice presentándose. Y puede ayudarme, añade.

Pero hace hincapié en que no se responsabiliza de lo que pueda sucederme.

La ayuda consiste en Arthur, el georgiano que en realidad es armenio y ex soldado del ejército soviético durante la guerra de Afganistán. Y este Arthur conoce a un alemán que se

llama Manfred y que organiza todo tipo de giras turísticas por las montañas.

Vamos en busca de Manfred, que en su día apostó por las excursiones «que rompían fronteras», sobre todo para turistas alemanes, y que ahora está en quiebra porque parte del último grupo que envió nunca regresó de las montañas.

Pero Manfred tiene sus contactos en la falda de la montaña. Despliega un mapa y señala con el índice la aldea de Duisi. Allí tendremos que buscar a un tal señor Bazagashvili. Un hombre importante en la comarca. Un tipo con influencias. El se ocupará de todo lo necesario; caballos, hombres y comida.

—Pero Duisi no está en Daguestán —objeto señalando la línea de la frontera en el mapa.

—Aquí en el Cáucaso las fronteras son más bien teóricas —responde Manfred, el alemán. —Tienden a cambiar de sitio. Puede ir a buscar al señor

Bazagashvili sin cuidado; le brindará una cálida bienvenida. Pero lo que pueda pasar después, eso nadie lo sabe...

En vista de que no me parece que exista otra alternativa, salimos rumbo a las montañas en el sólido *jeep Lada* de Arthur, atravesando un paisaje casi desolado que recuerda un poco a Bosnia, porque la mayor parte de sus pueblos y sus granjas se han venido abajo. No ha habido bombardeos ni incendios. Sólo se están desplomando bajo el peso de la miseria y el olvido.

Tras cinco o seis horas llegamos a Duisi. Bajo los plátanos, en lo que un día debió de ser la plaza del pueblo, con su pedestal vacío y un pozo seco hace ya largo tiempo, hay algunos hombres en cuclillas que nos miran de arriba a abajo.

Por supuesto que conocen al señor Bazagashvili. ¿Y quién no? Es el rico de la comarca. Una especie de, cómo decirlo, una especie de príncipe. El es quien toma las decisiones. De la policía aquí ya no queda ni rastro, y los soldados también han desaparecido.

No es la guerra la que se los ha llevado. Simplemente ya no eran necesarios, pensaba el señor Bazagashvili, así que se marcharon sin protestas. Casi con alivio.

Llamar fortaleza o mansión al hogar del señor Bazagashvili sería una exageración, pero en medio de toda la miseria de la región resulta casi un edificio lujoso. Preparan la gran mesa del patio. Fuentes de flores recién cortadas y uvas. Café turco y pastelillos. En Duisi no hay electricidad, pero el señor Bazagashvili posee nada menos que dos generadores. También tiene una antena parabólica instalada a la sombra de las parras. Hay una mesa de billar. Hay coches sin matrícula. Y todos los dientes del señor Bazagashvili son de oro.

También tiene idea de cómo podemos llegar al otro lado de las montañas, a esa guerra que también es su guerra. Porque él es checheno y odia a los daguestaníes y a sus señores rusos.

En la medida de lo posible voy siguiendo su discurso gracias a la traducción de Arthur. Unos cazas pasan a gran altura en dirección a la cima de las montañas dejando una blanca estela tras de sí.

Los hombres que están sentados a la mesa de negociaciones se desternillan de risa. Entonces el señor Bazagashvili dice que, a cambio de una modesta suma, hará que dos de sus hijos nos acompañen durante los cerca de treinta kilómetros que nos separan del cuartel general del comandante Tindi. Pero antes hay que comer y beber el vino de la región y hay que descansar en una de las muchas salas de su hacienda. Y por último hay que consultar primero al comandante si, a fin de cuentas, le parece bien la visita.

A la mañana siguiente recibimos respuesta. Al comandante no le parece nada bien. Pero podemos ir y así él verá quiénes somos y oirá qué es lo que queremos.

Es ahora cuando Arthur, que hasta este momento se ha comportado como un estupendo intérprete y un hombre valiente, comienza a hablar de sus tres hijos y de su esposa, ¿Yvette?, y de su anciano padre armenio allá en Tbilisi. Cuando le pregunto porqué los saca a relucir precisamente ahora, me contesta que tiene que pensar en su familia y en sus responsabilidades. Es posible que alguien, en algún lugar muy lejos de aquí, quiera pagar mi rescate. Pero él no tiene la más mínima oportunidad.

—Arthur no es más que un cero a la izquierda en el Cáucaso —dice. — Arthur no vale nada.

Pero se deja convencer cuando doblo sus honorarios. Se guarda los billetes en el bolsillo esperando que los guerrilleros de Tindi no les echen el guante.

El paisaje de esta parte de Daguestán no se parece en absoluto a las secas estepas que había visto en la televisión. Es la vertiente verde de la cordillera. Otro Afganistán. Así se extienden las lomas por el otro lado. Pero aquí la vegetación es densa, una

maleza en la que, sin embargo, hay señales de una red de caminos y senderos. El escenario ideal para que los chechenos puedan apoyar a los waha-bíes de Daguestán sin que se entrometan los georgianos. Además, esta república rusa constituye un mosaico de pueblos único en el mundo. A su lado los Balcanes son una región perfectamente estructurada, de gran armonía étnica y sin la menor complicación. Un territorio apenas mayor que Dinamarca da cobijo a 33 nacionalidades. Avaros, darguas, kumikos o lesguios, pero sólo un 8% de rusos. Y para completar esta confusión étnica, hay también algunos miles de kuba-chis que trabajan como plateros cuando no hacen alianzas armadas con alguno de los otros grupos. A todo esto hay que añadir a los chechenos, que avanzan y retroceden sin mayores problemas por las inexistentes fronteras haciendo su guerra, una guerra que no es necesariamente territorial, étnica ni religiosa, sino que podría perfectamente ser un asunto de mafias —un tramo en la ruta del tráfico de armas y de narcóticos a través del Cáucaso que las bandas chechenas y daguestaníes luchan por controlar— sobre todo en lo que se refiere al derecho o la posibilidad de capturar rehenes.

En resumidas cuentas, que junto a un cada vez más atribulado Arthur me dispongo a adentrarme en una de las zonas con mayor índice de criminalidad de toda Rusia... si no del mundo entero.

Nuestro encuentro con los primeros guerrilleros del comandante Tindi transcurre, sin embargo, en medio de la más desconcertante armonía. Teniendo en cuenta la situación, claro está. Aparecen tras unos troncos derribados y rodean el *Lada*. Debo admitir que me preocupa un poco la peste a marihuana que desprenden sus, por lo demás, flamantes uniformes de camuflaje. Y tampoco me tranquiliza que tengan los ojos brillantes y que sus preguntas parezcan carecer de cualquier sentido o coherencia. Pero desde

luego, no se puede decir que el ambiente esté decayendo.

Quieren registrar el *jeep*, traduce Arthur, de lo más habitual en cualquier control de carretera. Difícilmente puedo oponerme, cosa que además sería bastante estúpida. También quieren registrarnos a nosotros por si llevamos micrófonos, cámaras camufladas o bombas con control remoto. Además lo hacen por romper un poco con la rutina de las montañas y porque les vuelve poderosos. Cuentan mis billetes, hojean mis papeles y estudian a contraluz mi tarjeta de crédito. Encienden y apagan la radio del coche de Arthur y ponen parte de una cinta

bre con un chaleco antibalas debe de ser un guerrillero, uno de los suyos, un miembro de su hermandad. Los cuatro quieren probárselo y están de acuerdo en que se trata de un trabajo de primera calidad. Se ajusta bien al cuerpo. No pesa ni 14 kilos y tiene bolsillos y cuello protector. Los suyos, de fabricación rusa, pesan el doble y son muchísimo más incómodos.

Piden a Arthur que me lo traduzca y me dan palmotazos de entusiasmo en la espalda mientras anuncian que su comandante nos concede una audiencia.

Comandante, lo que se dice comandante, quizás sea exagerar.

Los judíos son la raíz de todos los males, tanto en el Cáucaso como en el resto del planeta. Stalin y Hitler, el alemán, tenían razón. Los judíos quieren el poder en todo el mundo y son el enemigo número uno del islam. El número dos es la OTAN. Dedico un tembloroso recuerdo a mi maldita acreditación kosovar. Y el número tres es el capitalismo.

Tindi hace una calculada pausa. A continuación nos comunica que podemos permanecer en su campamento al menos hasta el día siguiente. Si queremos adentrarnos en Daguestán, tiene algunas propuestas que hacernos. Podemos pasar la noche como todos los demás del campamento —cuento unos 60 guerrilleros—, lo cual quiere decir sobre una manta entre los árboles. Si queremos emplear el resto del día en algo de provecho, Tindi nos enviará con algunos de sus hombres unos cientos de metros más arriba para que podamos ver las posiciones del ejército ruso en la llanura.

Respirando pesadamente y con las piernas temblorosas logramos alcanzar la avanzada de Tindi y de pronto me siento de regreso en plena guerra de Afganistán. Los *muyahidines* en las alturas y el ejército ruso, como entonces el soviético, a lo largo de los caminos, bombardeando aldeas que ya han sido abandonadas. Granadas lanzadas sin objetivo y misiles que se incrustan en los macizos de roca. Podemos seguir todos y cada uno de sus movimientos, pero ellos no tienen la menor idea de dónde nos encontramos. Existe además otro factor. El factor miedo. Lo cierto es que los guerrilleros de Tindi arden en deseos de morir. Los rusos que están ahí abajo, con sus vehículos blindados, sólo piensan en salvar el pellejo y regresar a casa, y sus oficiales y generales llevan grabadas en el cerebro las guerras de Afganistán y Chechenia.

A los hombres de Tindi les gustaría probar un nuevo lanzamisiles de fabricación china. Puede que en honor de su invitado, fundamentalmente. Pero



Thomas Kern: Daguestán. Mercado de Chadshal. (1999.)

de los Gipsy Kings. Pero las preguntas desagradables empiezan cuando, en uno de mis innumerables bolsillos, dan con un carné de prensa de la KFOR en Kosovo.

«NATO Press Information Centre», se lee en el reverso. Eso los descoloca un poco. Arthur me traduce en voz baja que creen que soy una especie de espía. A continuación se lanzan sobre el maletero y encuentran mi chaleco antibalas de RBR (Armour) LTD., 5, Townsend St. de Londres. Un hallazgo decisivo. Pero no en el sentido que yo, no sin motivo, temía, sino todo lo contrario: están entusiasmados. Un hom-

Tindi es un checheno alto y de cabeza rapada con una cinta verde en la frente, uniforme ruso, un AK-47 en la mano derecha y una pistola *makarow* al cinto. Se ha apodado Tindi, sabremos más adelante, porque procede de la aldea de Tindi, en el interior de Chechenia. En seguida me doy cuenta de que no es normal del todo. Apenas supera la treintena, pero irradia poder y autoridad. Su primera pregunta me coge un poco desprevenido:

¿Qué pensamos de los judíos?

Antes de que pueda hacerle llegar mi respuesta por boca de Arthur, el propio Tindi nos da su parecer:

deciden que están a demasiada distancia. Se divierten con la idea de tan imponente arma y cuentan, por mediación de Arthur, que un buen día en las montañas siempre acaba con un carro de combate ruso en llamas. Pero finalmente desisten de sus propósitos y regresamos al campamento. Los guerrilleros, arrodillados en corros sobre sus mantas y con la cabeza orientada hacia la Meca, rezan a Alá.

Me asignan un sitio y me sumerjo en un sueño profundo y extraño sobre mi perro, que me reprocha el que no le deje pasear sin correa. Me despierto cuando Arthur me toca en el hombro.

—He dado un paseo para informarme —me explica. —Bastante raritos, nuestros nuevos amigos.

—¿Raros en qué sentido, Arthur?

—No hacen más que hablar de dinero. Dicen que el extranjero, el periodista de la OTAN, es rico y vale mucho dinero.

—Se equivocan. Puedes decírselo la próxima vez que hables con ellos.

—También me han contado que su comandante permitirá que continuemos, pero sólo si le alquilas diez de sus guerrilleros y algunos caballos...

—El plan no suena mal. Bueno y razonable.

—Pero quiere 2.000 dólares al contado por guerrillero. Los caballos los pone él. El responde de todo. Al cien por cien.

—Creo que no nos alcanza para tanto, Arthur.

—Queda otra solución: tú le pagas 2.000 dólares y podemos seguir solos, pero no hay garantía de nada.

—2.000 dólares, eso sí podríamos pagarlo.

—Pero eso no soluciona nada. Las bandas vecinas nos capturarán y nos retendrán en las montañas como rehenes durante años.

—¿Cuánto crees que piden normalmente como rescate?

Arthur se inclina hacia mí.

—Están hablando de cinco millones de dólares. La cosa se las trae, no sé quién iba a pagar esa suma. Ni

siquiera la reina de Inglaterra vale tanto. Pero lo peor, lo que más me preocupa y debería preocuparte a ti también, es que en realidad les da exactamente igual si les pagan el dinero o no. Consideran a sus rehenes como una especie de inversión. Y, aunque se les entregue el rescate, pueden perfectamente acabar con los rehenes y devolver la cabeza por un sitio y el cuerpo por otro. No sería la primera vez.

Vuelvo a pensar en mi perro y a preguntarme porqué me alejé de él, y miro a mi alrededor en la oscuridad, deseando con todas mis fuerzas poder volar.

Antes de volver a quedar sumido en una especie de sueño ignoro si Arthur y yo somos huéspedes o rehenes.

—Confiemos en que Tindi esté de buen humor mañana —murmuro, y le deseo a Arthur que duerma todo lo bien que pueda en estas circunstancias.

A la mañana siguiente, dos acontecimientos diferentes pero paralelos, hacen que el comandante tenga otras cosas a las que dedicar su atención. Nos dan té con unas rebanadas de pan y nos sentinos bastante marcados pero tratados con mucha amabilidad, a pesar de que nuestra libertad de movimientos se limita más o menos a las mantas en las que hemos dormido.

Uno de los acontecimientos es la llegada de una pequeña caravana de caballos que transporta una pesada carga y que tiene intención de continuar viaje en dirección norte por las montañas.

—Droga— susurra Arthur guiñándome un ojo. —Así es como se mantiene Tindi. Droga de Azerbaiján. Droga del Sur por un lado y armas de Ingushetia por el otro.

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir... ¿no se lo habrás preguntado!

—Es algo que el señor Bazagashvili me confió en Duisi. Ya sabéis que Tindi y sus hombres trafican con drogas y armas cuando no están luchando contra los rusos o contra bandas rivales, dijo. Trabajar no da dinero, y además tampoco hay trabajo.

—Entonces más nos vale aparentar indiferencia total. A los hombres les gusta tener testigos de su heroísmo cuando están en guerra, pero cuando trafican parece que su postura ante la opinión pública varía ligeramente.

Arthur está de acuerdo conmigo.

Pero el problema consiste en que ya hemos visto demasiado.

Y en seguida vamos a ver aún más. A la hora la cena llega un vehículo que transporta heridos desde la cima. Sangre coagulada, vendajes usados. Llevan mucho camino recorrido, los heridos de las camillas.

Tindi se aproxima a nosotros pero, para nuestro asombro, nuestra presencia no parece incomodarle lo más mínimo. Parece sentirse muy orgulloso.

—Rusos —explica. —Les echamos un par de remiendos y así pueden trabajar para nosotros hasta que mueren. Algunos prefieren estar aquí con nosotros antes que regresar a Rusia.

Mientras Tindi hace que sus hombres levanten una tienda-enfermería, los rusos, tumbados en el suelo, clavan en nosotros unos ojos sin expresión.

Tengo el inquietante presentimiento de que nuestra estancia aquí puede terminar de un modo bastante desagradable.

Pero hoy el comandante tiene un día comunicativo. Más tarde sabríamos que esperaba instrucciones del señor Bazagashvili con respecto a nosotros. Si valemos algo o si no somos más que un par de aventureros vagabundos que hay que enviar de vuelta a Tbilisi.

Pregunto a Tindi por la guerra. La nueva guerra entre los rusos y los wahabíes daguestaníes.

—¿La nueva guerra? ¿Qué quiero decir con eso?

—Eso parece —explico. —Un nuevo Afganistán.

Lo encuentra divertido. Divertido pero totalmente erróneo. Típico de los periodistas europeos. No entienden nada.

—Siempre ha habido guerra —dice. —Lo descubriste ahora porque lo

habéis visto en la televisión rusa. Son los rusos los que necesitan una pequeña guerra que creen que pueden ganar porque tienen sus propios problemas. Nosotros sabemos quién manda: Alá y el fusil. Así ha sido siempre entre nosotros. Pero los rusos no saben quién manda en su propio país. Y no quieren limpiar Daguestán de wahabíes. Les da igual que los wahabíes hayan ocupado algunas aldeas. No significa nada, no. Para ellos lo importante es el dinero de Occidente, de Europa, de América.

Me viene a la memoria lo que me dijo hace unos meses un compañero en Kosovo:

—Hoy en día nadie comienza una guerra para ganarla sino para conseguir un préstamo del Banco Mundial.

Se lo cuento a Tindi vía Arthur, pero no lo comprende. Supera su imaginación. Y eso que él sabe un rato, me informa. Iba a estudiar en la Academia Frunze de Moscú, pero entonces comenzaron las revueltas y su padre manifestó su deseo de que regresara a Chechenia, a Tindi. Durante la guerra luchó contra los rusos en Grozni a las órdenes de Shamil Basayev. Caray, cuántos rusos mataron. El y Basayev. Ahora dicen que Basayev está en Daguestán. Podría ser. Así es la vida del hermano Basayev. Nada de sentarse en Grozni a perder el tiempo en charlas con los políticos. La vida es una larga guerra y sólo hay un vencedor: Alá.

Me gustaría saber cómo ve Tindi los próximos seis meses.

—Pregúntaselo —le pido a Arthur.

—Si los rusos son lo bastante estúpidos como para quedarse aquí hasta que llegue el invierno, su humillación será aún mayor —responde. —Los rusos no saben hacer la guerra en invierno. Se han vuelto como los ame-

ricanos, blandos y comodones. Antes se les daba bien, cuando luchaban contra los nazis. Claro que entonces tenían a Stalin. Se hacía obedecer con miedo. El miedo es lo único que entienden, y ahora que ya no lo sienten, empiezan a mentir, como hacen con esta guerra. En Moscú dicen que el problema estará resuelto en una semana. O en dos semanas, o en un mes. Movilizan a sus hombres en la frontera y dicen por televisión que el problema está resuelto. Luego llegarán con su ejército, o con lo que quede de él, y con sus helicópteros de com-

Tindi se levanta de la manta en la que estaba echado y se acerca a los soldados rusos heridos. A algunos los amenaza y es amable con otros. Al estilo del guerrero: divide y vencerás. Luego regresa y se coloca ante nosotros como si quisiera decir algo a lo que llevara algún tiempo dando vueltas.

—Hay que decidir qué va a ser de vosotros —dice.

Arthur lanza un profundo suspiro mientras traduce.

—¿Qué preferís, seguir por el camino barato pero sin garantías o tener total garantía pagando lo que vale?



Thomas Kern: Daguestán. Pastor a caballo tocado con el típico gorro de piel caucásico. (1999.)

bate, como hicieron en Afganistán. Pero el problema no desaparecerá. Y entonces empezarán a hablar de una solución política. Pasará el tiempo y, si tienen suerte, elegirán otro presidente. Pero el problema del Cáucaso seguirá ahí. Siempre ha estado ahí. Stalin deportó a los chechenos a Asia Central durante la Gran Guerra Patria, pero nosotros regresamos. Es muy posible que vuelvan a expulsarnos, pero volveremos. Pasarán siglos. Así es nuestra vida. Los rusos no tienen destino, pero los chechenos sí lo tenemos.

—Ninguna de las dos cosas —digo. Arthur traduce inseguro.

Tindi asiente.

—Hay una tercera posibilidad, claro —continúa. —Pero primero tengo que deliberar con vuestro anfitrión, el señor Bazagashvili de Duisi. En última instancia, él es quien decide. Algún propósito tendría cuando os envió aquí.

Algo más tarde Arthur aprovecha la ocasión para escabullirse entre los guerrilleros y escuchar sus conversaciones.

Las noticias que trae no son buenas.

—¿Sabes lo que me han ofrecido?
—pregunta.

—¿Pero tienen algo que ofrecer?

—Pues sí. Dicen que podemos ir a pachas. Te toman como rehén, como antes hicieron con muchos otros, luego piden esos cinco millones de dólares como rescate y yo me llevo un diez por ciento de comisión si me olvido completamente de ti.

—¿Y qué has contestado?

—Nada. Sólo era una idea. No sería la primera vez, pero en este caso he sido totalmente neutral, puedes creermelo...

Al otro lado de las montañas la artillería rusa ha desplegado una frenética actividad y los helicópteros llegan volando a poca altura.

En las noticias que la BBC emite en onda corta oigo que los jefes del Estado Mayor del ejército ruso están visitando el frente. Unos de ellos afirma que la gente debería saber que las guerras en el Cáucaso llevan su tiempo. En otras palabras: han sufrido muchas bajas y se han vuelto más listos, los rusos.

Me gustaría saber si ellos mismos se dan cuenta del tipo de guerra en que se han metido. Si me preguntaran a mí, yo desde luego no sería capaz de contestar. ¿La guerra santa del islam? ¿La guerra por los oleoductos de Daguestán? ¿La lucha por un Estado musulmán ciscaucásico? ¿O simplemente una guerra por el derecho a traficar con cualquier cosa a través de unas fronteras inexistentes? ¿Es que Tindi entre sus matorrales no es más que un simple peón sobre el grandioso tablero de la mafia moscovita? ¿Se está desmoronando la Federación Rusa en el Cáucaso?

No conozco la respuesta. Me había impuesto dar con ella. Ahora ya sólo pienso en cómo salir de aquí con Arthur.

Los rumores sobre el importe del rescate me suben un poco la moral, claro está. Cinco millones de dólares. Eso equivale a lo que podría ganar en toda una vida y más multiplicado por veinticinco, y aún sobra-

ría. Durante la guerra se suele decir que una vida humana no vale nada, pero ¡vengan a las montañas de Daguestán y reafirmen su autoestima! Una experiencia que realmente «rompe fronteras».

Antes de que vuelva a dormirme me pican unas hormigas supervenenosas. Me rasco como un poseso mientras pienso: «Con que éste es el principio del resto de tu vida. Estás acostado en una manta mugrienta en algún lugar de Daguestán y por un momento, un corto plazo de tiempo, vales 35 millones de coronas».

Imagino al ministro de Asuntos Exteriores danés. Inclinado sobre su escritorio estudia sus demandas. Helveg es un santo, pero le conozco. Tiene la mala costumbre de escabullirse cuando se trata de tomar grandes decisiones. Dirá: «Eh, bueno; bien, vamos a ver».

Y mientras tanto yo me tiro años y años en un monte de Daguestán, bebiendo el té dulce del comandante Tindi y dándome con un canto en los dientes por haber llegado a viejo. Porque por causas enteramente naturales ya no me queda mucho tiempo.

Arthur me despierta diciéndome que oye el ruido de un *jeep*. Quizás sea el suyo, porque Tindi ha empezado a utilizarlo para ir por ahí. Pero Arthur cree oír que se trata de un motor más potente.

—Debe de ser el señor Bazagashvili, que llega —dice.

Y en efecto, ahí está el hombre importante de Duisi, con la primera luz del día, charlando con Tindi. Meras frases de cortesía. Después se sientan en el suelo con las piernas cruzadas. El señor Bazagashvili apoya la cabeza en la mano derecha y deja que la izquierda repose sobre el muslo. Esa es la postura de un hombre poderoso por estas latitudes. Un idioma corporal que tiene su miga.

Mantienen una larga conversación que se prolonga durante más de una hora. Luego Tindi llama a Arthur y le explica lo que han acordado. Incluso a

esta distancia puedo ver que Arthur está contento. Asiente sumiso y humilde. Después se pone en pie y se dirige hacia mí. El señor Bazagashvili viene tras él, pero Tindi permanece sentado observando distraídamente el campamento.

Los dientes de oro del señor Bazagashvili brillan al sol de la mañana cuando dice que espera que nuestra estancia con sus «amigos» nos haya resultado provechosa. Sin embargo debe confiarme que la hora de la despedida ha llegado. Continuar por más tiempo en el campamento podría traer complicaciones. En cualquier caso, posible es. No tenemos más que subirnos al *Lada* de Arthur y desaparecer. Es lo que ha decidido. Hemos sido sus huéspedes, pero la hospitalidad tiene un límite. Hay que respetar ciertas cosas. Hay un tiempo para llegar. Y hay un tiempo para partir.

No me hago de rogar a la hora de aceptar su invitación. El señor Bazagashvili y sus dos hijos nos escoltan hasta Duisi y se aseguran de que lleguemos por un camino escondido hasta una carretera mayor que conduzca a Tbilisi, a Gori o adonde quiera que, como hombres libres que ahora somos, se nos antoje.

—Dime, ¿qué es lo que ha pasado?
—le pregunto a Arthur cuando dejamos las montañas a nuestras espaldas.

—Vamos a Gori, la ciudad de Stalin a pasar allí la noche —propone. —Vamos a beber champán, a comer *shashlik* y a olvidar todo lo que tenga que ver con el comandante Tindi y su guerra.

Y así es como acabamos en Gori, en un hotel que con el tiempo se llamará Viktoria, la victoria de Stalin, por supuesto.

—Te voy a poner al corriente de lo que ha pasado —dice Arthur cuando estamos a la mitad de la segunda botella de champán Kong Erekle. —Era menos un asunto de guerra que de dinero. Dólares, sobre todo. Es lo que quería Tindi. Su grupo lleva varios meses sin cobrar ningún rescate. Su plan era capturarte a ti de un modo «suave»...

—¿Y tú? ¿Dónde quedabas tú, Arthur?

—Yo no tengo ningún valor, hablando en plata. Pero si llega a averiguar que fui soldado del ejército soviético en Afganistán, seguramente me habría pegado un tiro.

—¿Y yo me habría quedado allí solo?

—Durante años quizás. Hay muchos ejemplos de ello. Pero al señor Bazagashvili no le gustaba la idea de que uno de sus huéspedes, un hombre que él había acogido y que había comido en su casa, acabara de esa manera. En cierto modo comprometía su buen nombre y su reputación. Y si los tiempos cambian, cosa que ya dudo, y regresan de Alemania los turistas ricos, dirán que el gran señor Bazagashvili ha hecho fortuna con los rehenes. Eso arruinaría el gozo que les producen las mariposas y el agua clara del río. Eso es lo que me dijo. En cierto modo, las mariposas y los claros ríos del Cáucaso nos han salvado...

—¿Y el comandante Tindi?

—Sí, él estaba algo decepcionado. Pero el dinero manda, así que se plegó a la voluntad del señor Bazagashvili. No le quedaba otra solución. La ruta del contrabando a través de las montañas está en manos del señor Bazagashvili. Tindi y su banda no son más que un eslabón de la cadena. Hay otros muchos «comandantes» y otros muchos comandos. Tindi no es en absoluto imprescindible. Podría regresar a Grozni, pero allí no hay nada que hacer, no hay trabajo y la mafia no le vería con buenos ojos.

La carretera principal se divide. El desvío a la derecha conduce a Vladikavkaz y de allí hacia el interior de Rusia. El de la izquierda va a Gori

y a la costa del Mar Negro. Arthur escoge el camino de Gori.

—No sé si lo habías pensado bien —dice, —pero hiciste algo muy inteligente cuando llegamos a la hacienda del señor Bazagashvili. Alabaste los conocimientos de inglés de su hija. Eso le gustó. Eras demasiado viejo para casarte con ella, eso estaba claro, pero tu juicio tenía el peso de los años...

—Sólo intentaba ser amable...

—Sí, así se llega lejos. Pero dime, ¿qué tal era su inglés?

—No era precisamente el de Shakespeare. Hablaba en pasado.

de sacar brillo al culto a Stalin. Me entero de que a veces un político ruso, el comunista Sjuganov, viene desde Moscú para visitar el museo y rendir homenaje a Stalin en un breve discurso en el que promete que el futuro será igual de brillante, si no más, que el pasado. Volverá a valorarse el lado bueno de Stalin.

No puedo marcharme sin ver el vagón especial de Stalin, insiste Arthur. Y juntos recorremos el pasillo. Las garitas del cuerpo de guardia, la cama, algo más ancha, de su asistente, la cocina con el samovar, el baño pri-



Thomas Kern: Dagestán. Aeropuerto de Matchatchkala. (1999.)

Exclusivamente en pasado. «*I was happy to meet you*», me dijo al saludarme.

—¿Es totalmente incorrecto?

—Desde luego totalmente correcto no es. Pero el pasado es un tiempo estupendo. Usando sólo el pasado se ahorra uno decepciones.

Media hora más tarde entramos en Gori y retrocedemos medio siglo en el tiempo. Hasta Stalin y su lóbrego museo. El sol abrasa la ciudad sin un atisbo de piedad y yo ignoro por completo, no logro imaginar a qué se dedican sus habitantes todo el día, aparte

vado de Stalin con su bañera, y por último la sala de conferencias, donde se sentaba a la cabecera de la mesa y emitía decretos que decidieron los destinos de millones de personas.

Aquí fue donde de un plumazo quedó decidido que los abuelos de Tindi y todos los chechenos tenían que establecerse en Asia Central o ser deportados. Aquí fue en cierto modo donde se pusieron los cimientos de la vida de Tindi como señor de la guerra local y narcotraficante.

Seguro que a Stalin no le habría gustado. □

La crisis de la memoria

José F. Colmeiro

Que existe una particular obsesión con la memoria en los medios públicos españoles es algo que se puede documentar fácilmente con una simple mirada a los periódicos. Tan sólo en el diario *El País* se han publicado en los últimos meses varias docenas de artículos de opinión con la memoria como protagonista. Si bien el referente concreto que sirve de punto de inflexión puede ser la memoria de las diversas guerras sucias en Iberoamérica, el recuerdo de la colaboración del régimen de Vichy durante la ocupación nazi, o los crímenes de guerra en Bosnia, y la necesidad de hacer cuentas con el pasado, todos ellos vuelven su reflexión de una manera más o menos directa al tema de la memoria en el cercano pasado español (de la guerra y la posguerra a la transición y la post-transición). Escritores, periodistas, políticos, teólogos, historiadores, filósofos y críticos literarios han señalado como la auténtica «cuestión palpitante» en el horizonte cultural español de nuestros días lo que podríamos llamar una «crisis de la memoria».

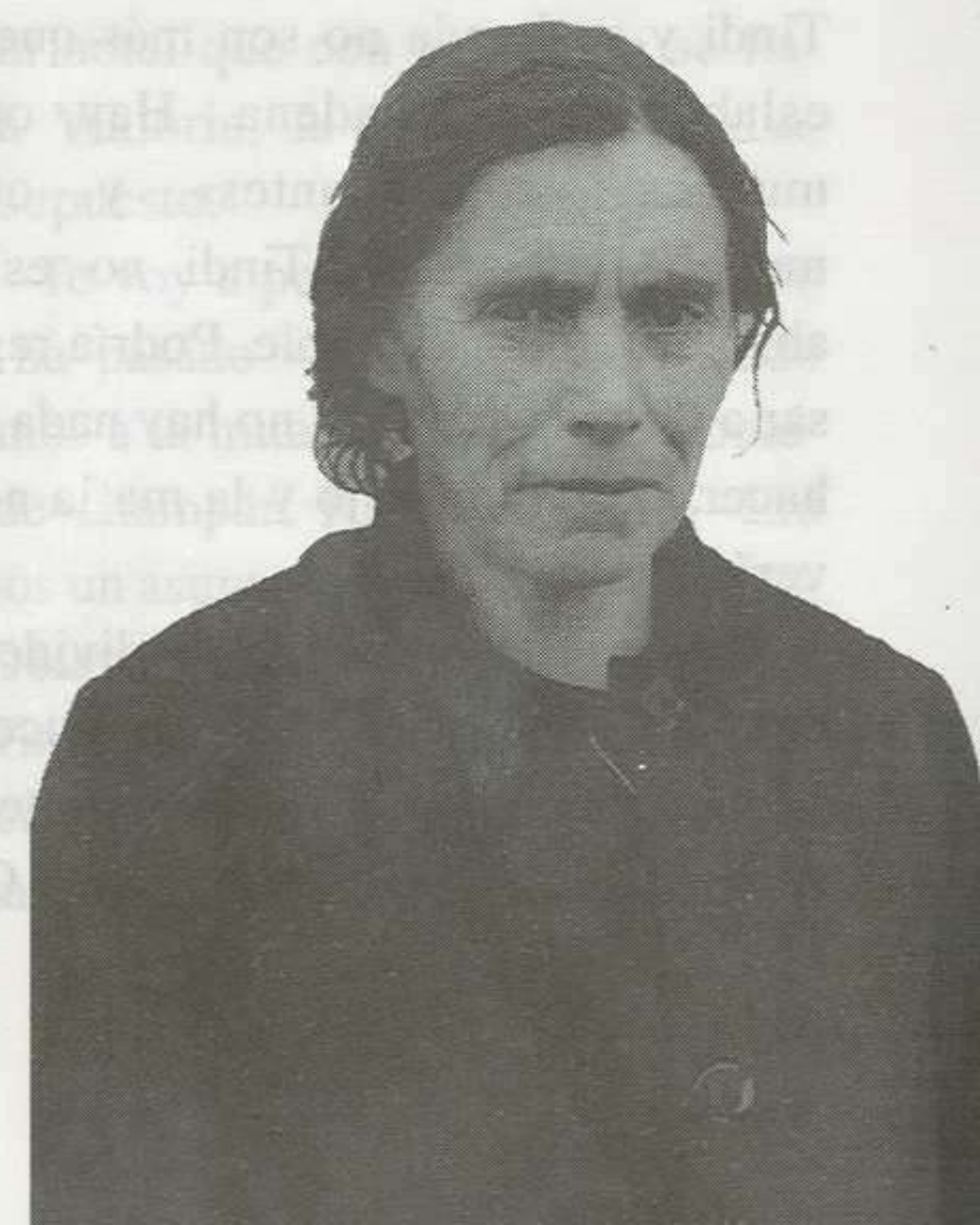
No faltan entre ellos quienes critican públicamente la falta de memoria,

la necesidad de recuperarla y de combatir la amnesia histórica de la sociedad española (Ramoneda, Vázquez Montalbán, Marc Carillo), como hace cien años se predicaba la necesidad de recuperar la salud del «pueblo enfermo» y combatir la abulia social. Para otros, sin embargo, estamos viviendo una inflación de memorias. Algunos acusan su subjetividad y escasa fiabilidad, ubicada en el campo fértil del personalismo y la tergiversación (Miret Magdalena), criticando la compulsión rememoriadora generalizada (Lamo de Espinosa), mientras otros, en cambio, hacen alabanzas al olvido como una necesaria parte catártica de la memoria colectiva (Alvarez Junco) o hacen llamadas al necesario equilibrio entre memoria y olvido (Jorge Edwards). ¿Dónde estamos? ¿Será quizás que se habla tanto de la memoria, como ha dicho Pierre Nora, porque queda tan poca? ¿Y cómo se mide la memoria? ¿Y cómo se cura la amnesia colectiva? A falta de instrumentos críticos capaces de hacer tal medición, sólo podemos elucubrar a partir de sus síntomas.

El proceso de aceleración de la historia es un fenómeno característico de nuestro siglo, determinado por el ímpetu de los medios de comunicación de masas; el enorme influjo de imágenes e informaciones recibidas y la inmediatez de su transmisión a través de los medios de comunicación —especialmente en la era de los satélites, las pantallas parabólicas y el Internet— obliga a su consumo rápido —instantáneo— de acuerdo con el síndrome de la «comida rápida», destinadas a convertirse veloz e irremediablemente en «pasado». Las noticias de ayer ya son historia hoy, algo de lo que ya se quejaba Nietzsche hace más de un siglo al hablar de la «enfermedad histórica» de su tiempo. La indigestión informativa de nuestros días es producida por un exceso de materia que conlleva la necesidad de procesarlo e historificarlo, y a la vez ocasiona un trasiego de material del ámbito de la memoria al de la historia, del recuerdo al archivo. Por ello, de acuerdo a Nora, queda cada vez menos memoria y el pasado se vuelve progresivamente más remoto cuanto más historificado.



Virxilio Vieitez:
Sin título. (1955-1965.)



Sería conveniente, sin embargo, tratar de separar el problema general de la aceleración de la historia, un rasgo distintivo de todas las sociedades avanzadas, y el problema particular español de la desmemoria colectiva. Antes, sin embargo, es necesario problematizar la noción de memoria colectiva, frecuentemente utilizada irreflexivamente como algo que está simplemente ahí. La memoria colectiva ha de ser entendida no de manera literal, ya que no existe materialmente esa memoria colectiva en parte alguna, sino como una entidad simbólica representativa de una comunidad. Noa Gedi y Egam Yigal en su artículo «Collective Memory - What is it?» han llamado la atención sobre el común error en la utilización, para referirse a actividades individuales, de conceptos colectivos concebidos con capacidades que sólo pueden desarrollarse a nivel individual. Esta percepción sobre la memoria colectiva es confirmada a su vez en el ensayo «Collective Memory and Historical Consciousness» de Amos Funkenstein, quien ha puesto el dedo en la llaga al señalar que «de la misma manera que una nación no puede comer o bailar, tampoco puede hablar o recordar». La memoria colectiva es un capital social intangible. Sólo en el nivel simbólico se puede hablar de una memoria colectiva, como el conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros

pertenecientes a un determinado grupo social y que determinan su adscripción al mismo.

Al hablar de memoria colectiva se hace necesario invocar los trabajos pioneros del sociólogo francés Maurice Halbwachs en la filosofía del conocimiento. Halbwachs puso especial énfasis en el estudio de los marcos sociales de la memoria, siguiendo las teorías de Durkheim y en contraposición a los planteamientos de su anterior maestro Bergson, para quien la subjetividad de la experiencia individual psicológica primaba sobre la social y colectiva. Para Halbwachs, por el contrario, la construcción social de la memoria se convierte en un artículo de fe; la memoria individual, llega a decir, sólo existe en cuanto representación de un grupo colectivo. Memoria personal y memoria colectiva son dos manifestaciones de un mismo fenómeno social, puesto que, según su planteamiento, toda memoria personal ocurre siempre dentro de un cuadro social, de un lenguaje colectivo, de un sistema de convenciones y coordenadas sociales determinadas. A pesar de la enorme influencia de los escritos de Halbwachs, sus críticos no han dejado de señalar la excesiva acentuación del condicionante social de la memoria en su planteamiento, hasta el punto de obliterar la memoria personal. Efectivamente, toda memoria es siempre una construcción social, en el sentido de que está siempre necesaria-

mente influida por esos determinantes culturales en mayor o menor grado, pero ello no debe hacernos olvidar la diferencia entre memorias personales individuales y memorias colectivas compartidas por el grupo.

El legado principal de Halbwachs reside en su visión de la función de la sociedad como cuadro conceptualizador y espacio reflector de la memoria. Aunque no lo dice explícitamente, su manera de entender el funcionamiento de la memoria colectiva se asemejaría al de la «ideología» de Althusser como el sistema de ideas legitimadoras de un grupo social, o el conjunto de representaciones de la realidad que un grupo hace a su imagen y semejanza. Los aparatos ideológicos del Estado, la Iglesia, los medios de comunicación, la escuela, imponen generalmente un sentido ideológico a la memoria colectiva, de lo cual se deriva el potencial dirigismo en la construcción de esas memorias. No es de extrañar, así pues, que para Gedi y Eri, la noción de memoria colectiva sea muy cercana al concepto de «mito» o «estereotipo social o colectivo».

Según la visión «presentista» de Halbwachs, la memoria colectiva une pasado con presente, individuo con grupo social, de tal manera que logra producir el sentido de continuidad del pasado en el presente y la identificación del individuo con la comunidad. El pasado es reconstruido por la memoria básicamente de acuerdo a los



intereses, creencias y problemas del presente, de lo cual se deduce que paradójicamente la memoria, a pesar de que su razón de ser es reforzar la idea de continuidad con el pasado, vive constantemente rehaciendo su propio pasado. La memoria funciona siguiendo un proceso combinatorio de imágenes del pasado basado en la persistencia y el cambio constante; la continuidad histórica reside precisamente en la reorganización constante de esas imágenes del pasado. En una recopilación de sus trabajos (*On Collective Memory*) Halbwachs señala que la sociedad aun cuando cambia el significado de sus imágenes del pasado «al menos conserva las formas del pasado» para mantener el sentido de la continuidad. Se produce así un proceso de resemantización del pasado por el que se mantienen las imágenes como significantes que se adaptan a diferentes significados, guardándose la apariencia de continuidad. Esta memoria colectiva que otorga continuidad al pasado con el presente y une imaginariamente individuo y colectividad es construida socialmente como la base para el mantenimiento de un sentido de identidad cultural. La memoria colectiva se hace necesaria como construcción ideológica para dar un sentido de identidad al grupo, a la comunidad, a la nación, de tal manera que cuando no hay memoria que proporcione esa continuidad es preciso inventarla, como ha formulado

Hobsbawm en su concepto de «tradiciones inventadas» y ha desarrollado David Lowenthal en su crítica del culto a la «herencia» cultural como fabulación pseudohistórica. Por el contrario, cuando hay un exceso de memorias que rompen la continuidad del grupo hegemónico (la memoria de grupos oprimidos, la memoria vencida, la memoria exiliada, la memoria clandestina), es necesario silenciarlas y suplantarlas rellenando el hueco que dejan con imposturas de memorias.

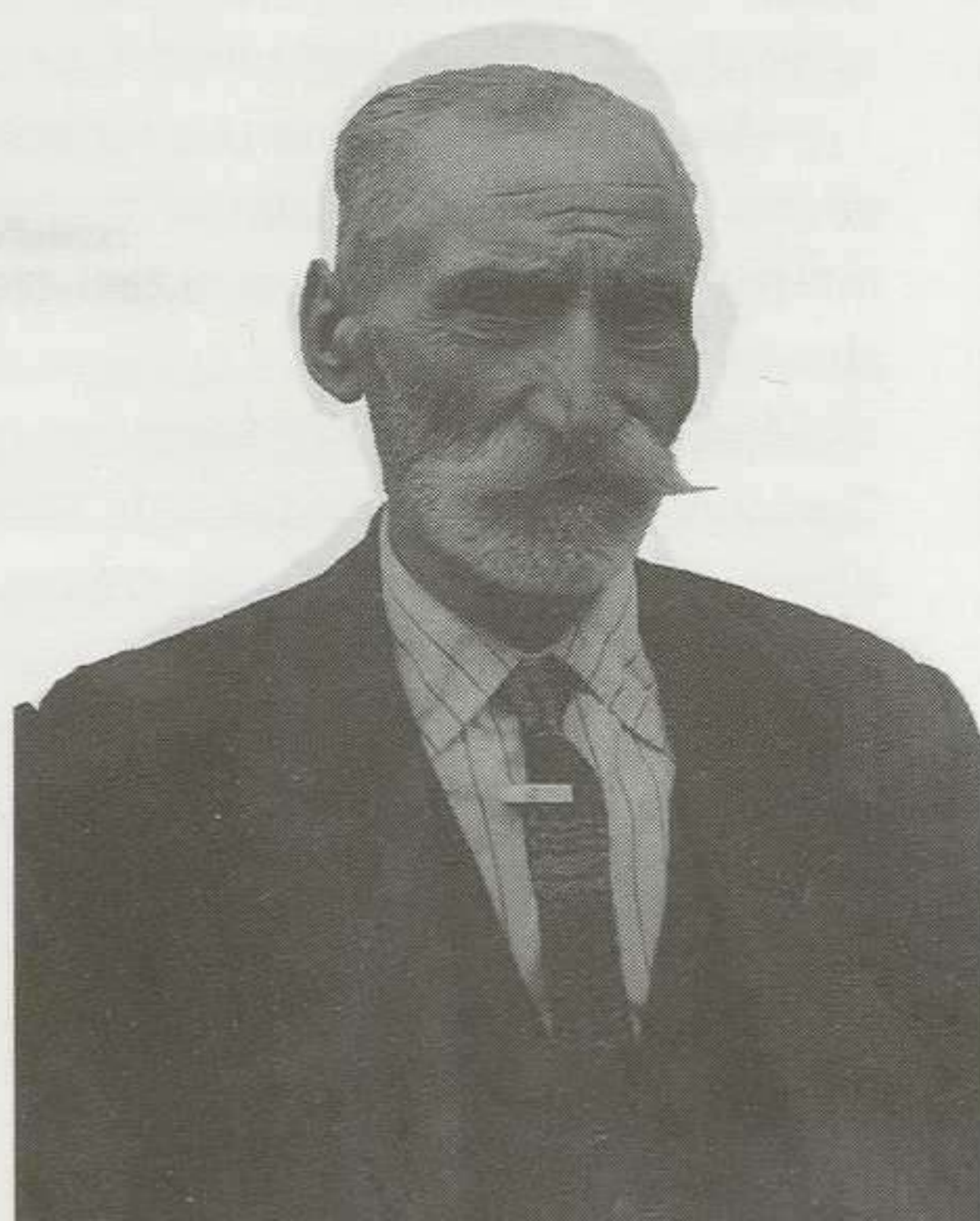
Con frecuencia en el lenguaje crítico se confunde memoria colectiva con memoria histórica y ésta a su vez con conciencia histórica, usándose indistintamente. Creo que lo que se echa en falta en la sociedad española no es memoria colectiva, sino memoria histórica o si se quiere conciencia histórica de la memoria. Sylvia Molloy en su ensayo «Recuerdo, historia, ficción» nos recordaba que la memoria histórica es sobre todo un «saber transmitido», o en todo caso un «recuerdo de recuerdos». La memoria colectiva incluye todo un conjunto de experiencias, tradiciones, prácticas, rituales y mitos sociales compartidos por un grupo, que no necesariamente van acompañados de una conciencia histórica. La memoria colectiva recuerda el oro de Moscú, el *Cara al sol*, los *Seat 600*, *El último cuplé*, la llegada de la minifalda, o la inauguración de un pantano. La memoria histórica, por otro lado, constituiría una parte de la memoria

colectiva, y se caracterizaría por una conceptualización crítica de acontecimientos de signo histórico compartidos colectivamente y vivos en el horizonte referencial del grupo. El fiasco de Maspalomas, la ejecución de Puig Antich, la represión policial fascista, el adoctrinamiento en el nacional-catolicismo y los conciertos o libros prohibidos por la dictadura franquista pertenecen al patrimonio de la memoria histórica, pues incluyen una reflexión crítica sobre los mismos y van acompañados de una conciencia de su propia necesidad como testimonio histórico. Se caracteriza así pues por su naturaleza auto-reflexiva sobre la función de la memoria. Toda memoria histórica es por fuerza colectiva, aunque se active de manera individual. Esta es la memoria de la que hablamos cuando nos referimos a la crisis de la memoria en la España contemporánea.

Dentro del ámbito español, la memoria colectiva en el espacio de tiempo que va de la posguerra al post-desencanto de fin de siglo ha seguido un camino pantanoso que se podría esquematizar en tres tiempos:

1) El tiempo de silencio y olvido legislado del franquismo, la larga noche de piedra de la memoria censurada de la oposición y resistencia, y la sustitución de la memoria histórica por la nostalgia de una épica imperial trasnochada.

2) El tiempo de la transición del franquismo a la democracia, entre la



memoria testimonial residual y la amnesia. El olvido pactado de los fantasmas de la guerra civil y del legado franquista, convertido en nuevo tabú. Intento de recuperación de una memoria histórica, desencanto provocado por las limitaciones del proceso político y nostalgia de un futuro utópico definitivamente postergado.

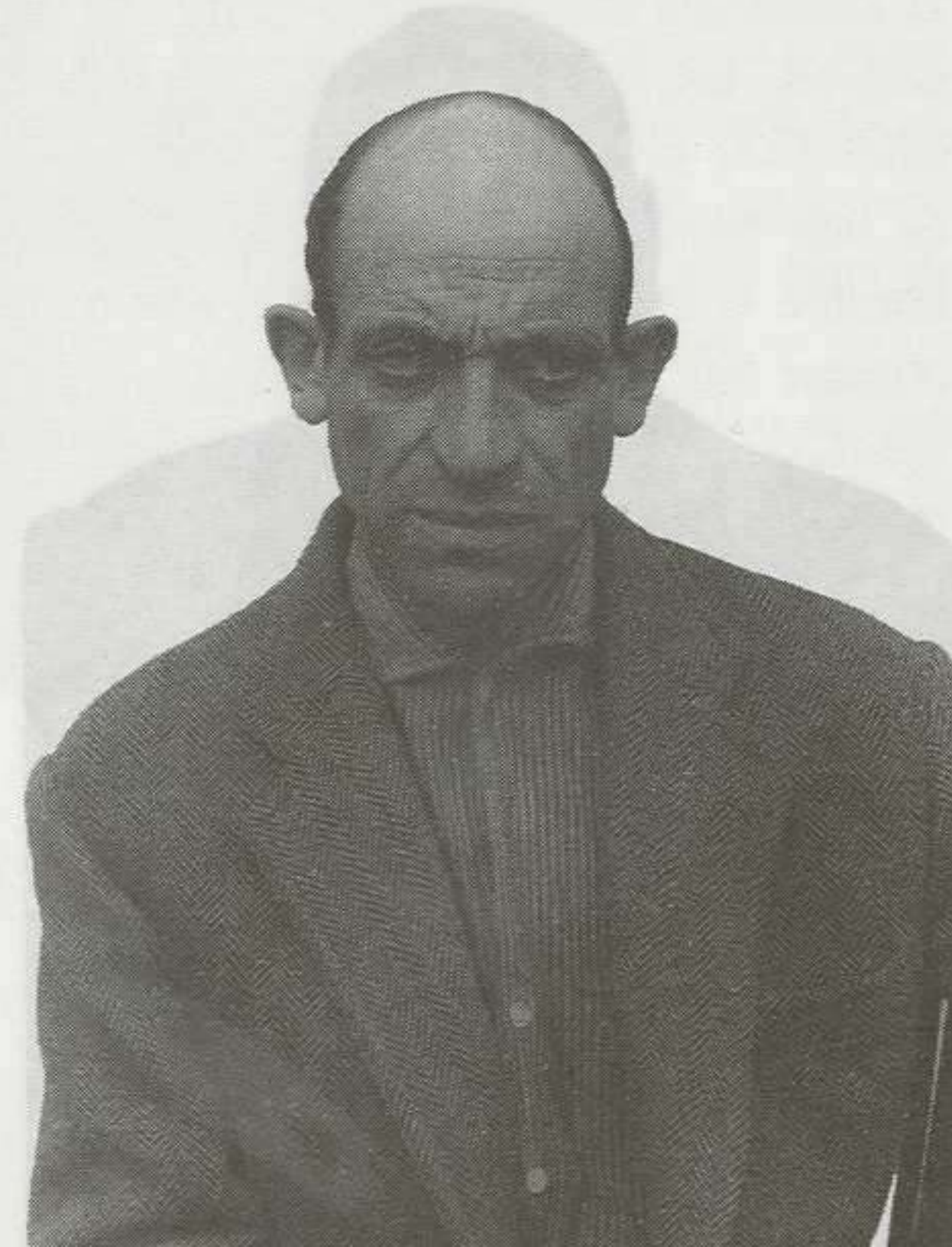
3) El tiempo de la inflación cuantitativa y devaluación cualitativa de la memoria. El espacio vacío dejado por el desencanto de la transición y su tabú se ve rellenado por diferentes formas memoriales que desbordan y debilitan a la vez los cauces tradicionales de la memoria: la fragmentación y descentralización de la memoria debido al ímpetu de las memorias nacionales particulares frente a una diluida memoria unitaria nacional, como reacción al absolutismo franquista; un nuevo memorialismo institucional de prestigio y de carácter epidérmico; y finalmente la sustitución de la memoria histórica por la nostalgia de la nostalgia que rellena al mismo tiempo el vacío dejado por el tabú. Es el tiempo de la crisis de la memoria.

Para entender la crisis actual de la memoria deberemos tener en cuenta el conjunto de razones anteriormente señaladas, tanto las generales como las específicamente españolas, y no simplemente atender a una gran causa explicativa. La notable falta de memoria de nuestros días no se debe simplemente a la resistencia a reabrir las

heridas de la guerra civil por parte de los protagonistas de la transición política, una proposición lógica probablemente acertada en su momento y que ciertamente respondía a una memoria biológicamente lejana para la gran mayoría de la población española que no había vivido personalmente la guerra civil. Esa simbólica «ceremonia de perdón» predicada sobre la convivencia y la «reconciliación» ha funcionado durante los años de la transición de cómoda tapadera para no tener que recordar la historia más cercana y más problemática: el largo cadáver histórico del franquismo. En realidad se trataba más bien de una voluntaria amnesia colectiva resultado del no querer sacar el esqueleto del armario en que quedó cerrado y bien cerrado. La amnistía política concertada para todos, para los presos políticos encarcelados así como para los responsables, venía predicada necesariamente no sobre la recuperación de la memoria histórica sino sobre la amnesia colectiva. Así, el gran tabú de la posttransición, la escamoteada memoria histórica de la posguerra, se debe principalmente a la combinación fatídica de tres causas principales: la colaboración activa de la derecha política con el franquismo, la incapacidad de la izquierda de cambiar la historia, y la complicidad pasiva de la mayoría. Todos querían olvidar su participación, por pensamiento, obra u omisión, en ese fiasco histórico.

Evidentemente, la memoria colectiva del franquismo no puede ser una memoria heroica, aunque sin duda muchos casos individuales sí tuvieron características de resistencia heroica. Lo cierto es que la sociedad civil convivió con el franquismo durante cerca de cuarenta años y aunque acabó divorciándose del aparato político franquista, tardíamente en los sesenta y setenta, en general, con la excepción de los minoritarios grupos antifranquistas, no lo combatió activamente (la memoria anti-épica de los últimos años de insuficiente resistencia se ha visto muy claramente retratada en la reciente novela de Muñoz Molina *El dueño del secreto*).

En la España de la transición se evitó la traumática experiencia colectiva del ajuste de cuentas; ningún Videla fue reclamado por los tribunales, no hubo ese sentido de clausura, ni «ley de punto final» como en Argentina tras el Proceso, o programa oficial de Reconciliación Nacional como en Suráfrica tras el *apartheid*. En España no hubo tal punto final, sino una elipsis, unos puntos suspensivos, una nebulosa, como si un invisible letrero anunciara permanentemente, como en la película de María Luisa Bemberg, «De eso no se habla». A cambio de evitar el trauma colectivo de reabrir la herida cicatrizada, no se llegó jamás a hacer justicia y se restableció el reinado de la memoria-tabú. Quizás el único amago de ajuste de cuentas colectivo con el pasa-



do autoritario tuvo lugar tardía e inesperadamente el 23-F, con el que definitivamente se cerró una época del pasado, un final simbólico que marca también el final de la transición. Durante un día se entreabrió el armario y se pudo ver que el esqueleto estaba definitivamente muerto (pero el cadáver, como aquel otro de Vallejo, siguió muriendo). La reciente iniciativa del juez Garzón de llevar a los tribunales al general Pinochet por crímenes cometidos durante la dictadura militar chilena contra súbditos españoles se podría interpretar como un gesto sustitutivo de un ajuste de cuentas simbólico —ya que en la realidad no ha sido posible— con el pasado franquista.

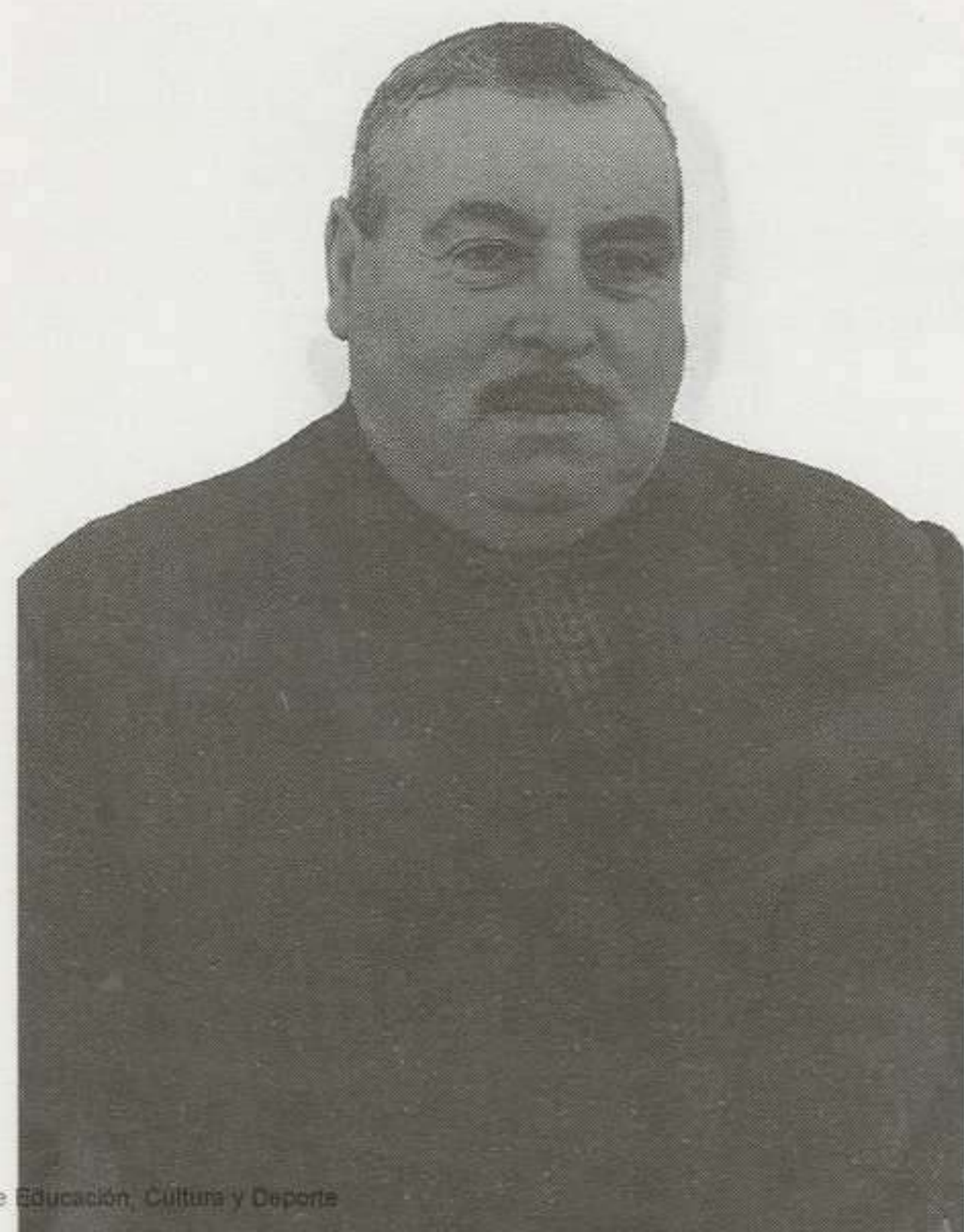
El nuevo proyecto de modernidad promovido por la transición traía consigo una ruptura superficial, ya que en el fondo se mantenía una continuidad de los poderes hegemónicos sobre la que se habría de construir la transición. La rápida evolución de la sociedad española en esos años, su aceleración histórica podríamos decir, es en parte responsable de su progresiva disociación con un pasado que ve lejano y problemático y que no concuerda con la placitud y el conformismo de la post-transición y el desengañado escepticismo del post-desencanto. Hubo una memoria histórica que tuvo especial relevancia entre la vanguardia de oposición al franquismo formada por intelectuales, escritores y cineastas porque funcionaba como antídoto a la

historia oficial, a la falsificación de la memoria y falsificación de la realidad por parte del franquismo, como un intento de una contra-memoria forcejeada desde la resistencia.

El significativo descargo de memorias producido seguidamente durante los años de la transición se desarrolla dentro del espacio abierto en el nuevo régimen de libertades, pero en el marco del pacto de la amnesia colectiva imperante. Por ello la memoria no fue capaz de llevar a su lógico objetivo final de recuperación de la conciencia histórica que vendría a enjuiciar colectivamente el legado del pasado franquista y su peso sobre el presente. Como James Young nos recuerda en su libro *The Texture of Memory. Holocaust, Memorials and Meaning*, «la configuración de la memoria no se puede divorciar de las acciones emprendidas en su beneficio, y la memoria sin consecuencias contiene las semillas de su propia destrucción». Una parte de la vanguardia política que durante el franquismo llevaba la carga de la memoria histórica hoy no se quiere ver enfrentada a la derrota espiritual de causas vagamente revolucionarias. Las sucesivas generaciones que han llegado al poder en el posfranquismo no están interesadas en rememorar un pasado que no beneficia políticamente a nadie. A las generaciones más jóvenes no les interesa recordar una memoria que les viene ancha y ajena, no es su culpa, sus mayores establecie-

ron la cultura del olvido. Parece que la memoria histórica es una mala inversión de capital sin rentabilidad política. Eso vendría a explicar la actual crisis de la memoria y su devaluación en el mercado de valores culturales.

Y sin embargo, en los últimos años, como ya hemos señalado anteriormente, se ha producido una verdadera inflación de memorias. Quizás porque se percibe precisamente que queda poca memoria y surge como intento de corrección compensatoria a esa falta, desde el reconocimiento de la necesidad de cubrir ese aparente vacío. Este tira y afloja entre memoria y amnesia, característico de la sociedad de masas actual, acaso más que de una oposición paradójica, signifique una mutua implicación. Una vez más se demuestra la ambigüedad de la cultura posmoderna, obsesionada con el pasado y la memoria y al mismo tiempo imbricada en una dinámica destructiva de olvido crónico. Parece que frente a esta notable crisis de la memoria, existe un notable exceso de memorización y conmemoración, siguiendo el ritualismo celebratorio que se queda las más de las veces en pura gestualidad espectacular propia de una cultura epidérmica. La obsesión memorialista y museística de nuestros días, típica de la sensibilidad coleccionista posmoderna del *souvenir*, es en cierta manera explicable dado que el museo o el monumento ofrecen la materialidad del objeto que la televi-



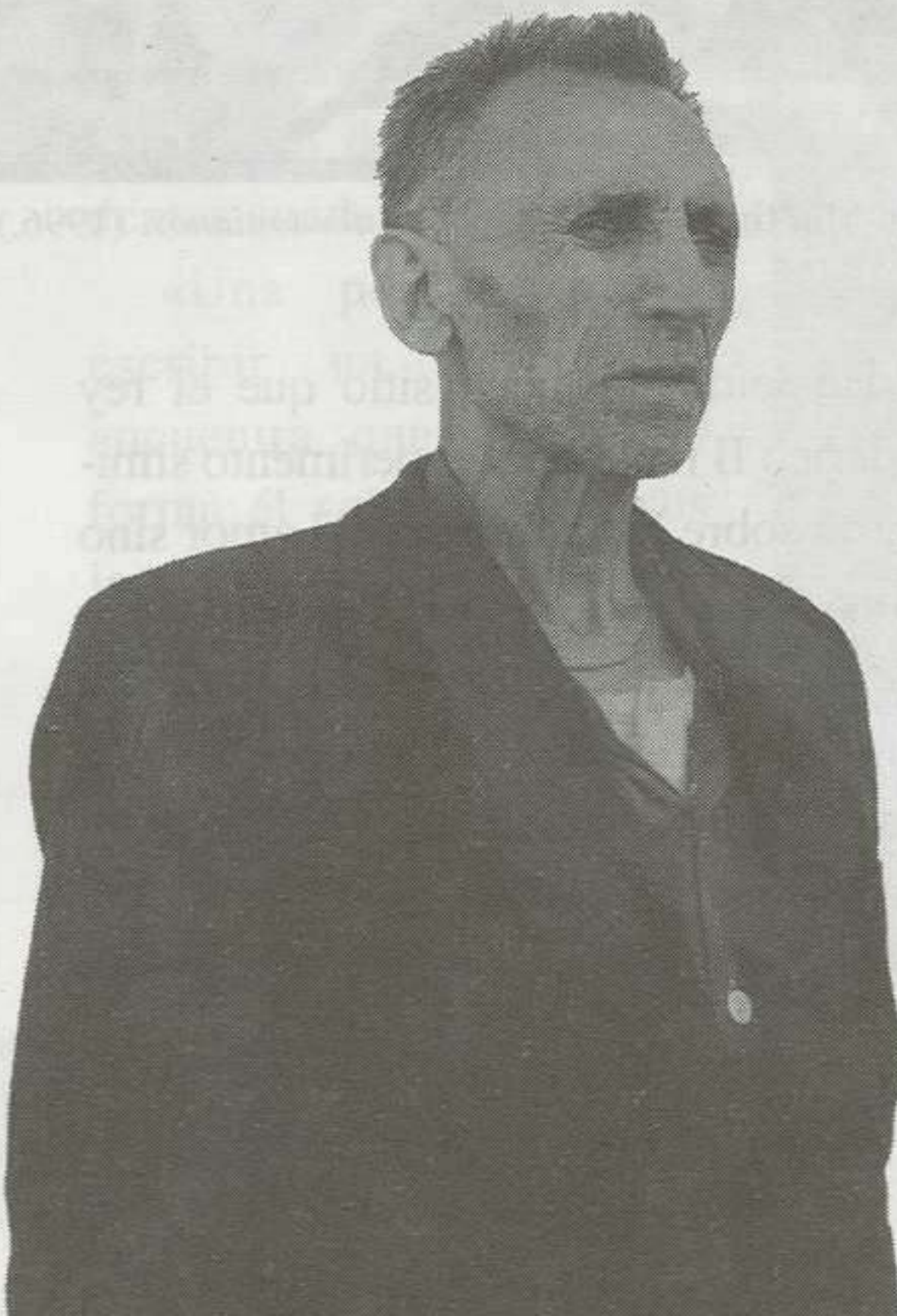
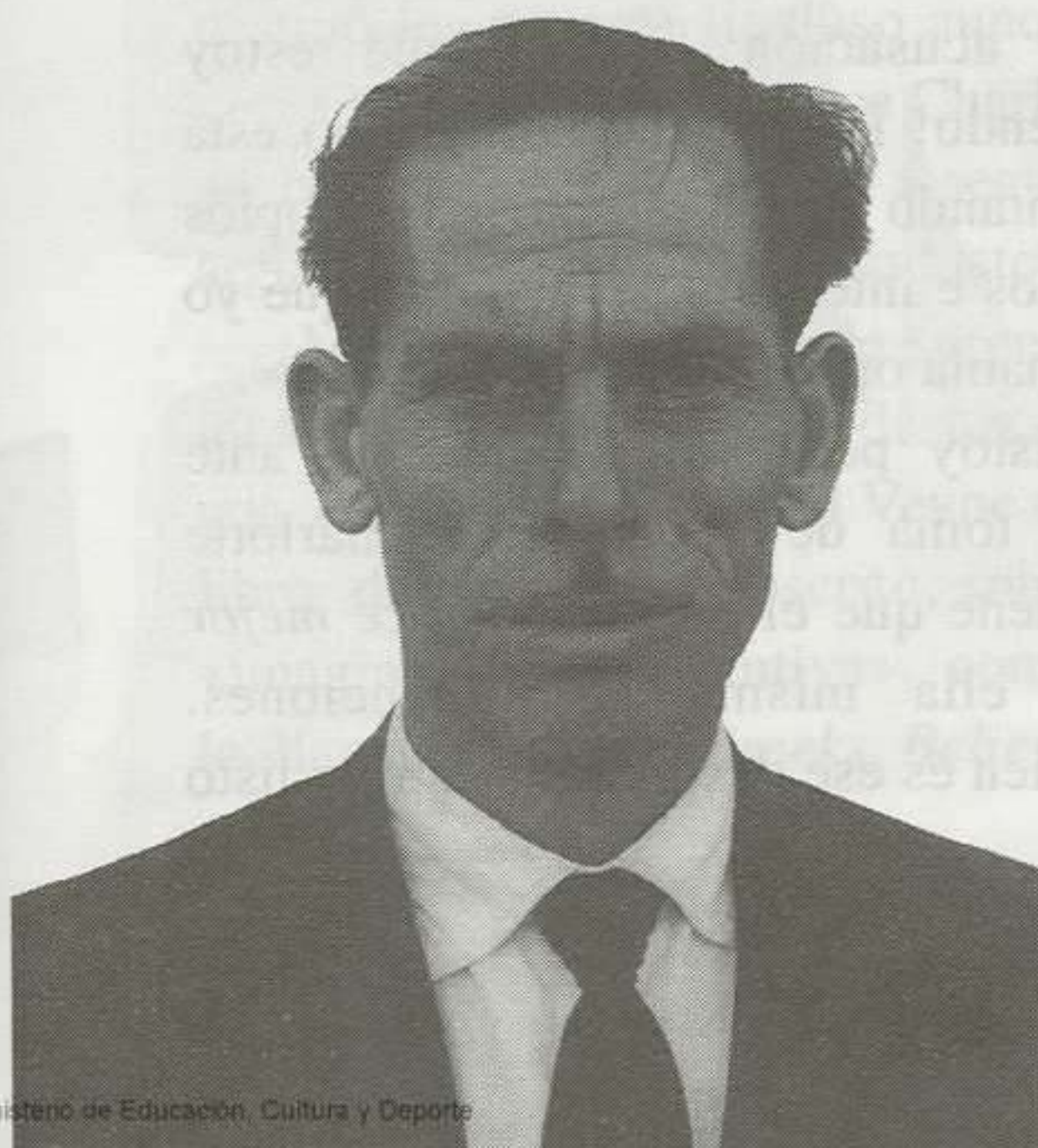
sión (y los medios de comunicación en general) niegan. La memoria-fetiché surge como sustituto o compensación a esa herencia amnésica y a la falta de voluntad de reclamar una incómoda memoria histórica olvidada. Se reproduce así el patrón de «comida rápida» acelerador de la historia en clave memorialista. Es lo que podríamos llamar el síndrome de «Funes el memorioso», como ha sugerido irónicamente Emilio Lamo de Espinosa reescribiendo la célebre predicción de Warhol: «Al igual que todos tenemos nuestros 15 minutos de popularidad, todo evento podrá disponer de sus 24 horas de conmemoración». Parece evidente que la inflación memorialista va así necesariamente acompañada de una devaluación cualitativa de la memoria.

Existe otro factor que incide en esta paradójica inflación y devaluación de la memoria, el fenómeno generalizado de la memoria cíclica, al que tan propensas son las sociedades que necesitan olvidar para recordar (y viceversa); esta memoria es recuperada temporalmente a base de conmemoraciones y aniversarios, necesarios precisamente porque los referentes están olvidados. Es esta una memoria pendular, que aparece y desaparece, una memoria resurgida artificialmente (a través de congresos, exposiciones, placas, libros, necrológicas) y rápidamente devuelta al olvido. Desde este fin de siglo que siente la obligación de

recordar, aunque sea a base de conmemoraciones, aniversarios celebratorios y pesimismo milenarista, nos preguntamos: ¿Qué queda realmente de la memoria del 98 en la cultura española contemporánea? Realmente muy poco, una película, *Los últimos de Filipinas*, una frase «más se perdió en Cuba», y muy poco más. Según Amalia Jurado Barrio, nieta de unos de los combatientes en la guerra del 98, «perdimos las colonias pero salvamos los mantones de Manila». Todo lo demás es historiografía e historia literaria. ¿Y qué queda realmente de aquella otra memoria más cercana del 68? La memoria histórica apenas recuerda algo que afectó desde la lejanía a una pequeña capa de la élite intelectual como un sarampión de rebeldía adolescente. En la memoria colectiva, tamizada por la nostalgia de una educación sentimental deficiente, lo que queda del 68 no es la derrota de los movimientos emancipatorios (Praga, París, México) o de su eco en España, sino más bien el triunfo de Massiel en el Festival de Eurovisión cantando a la tierra que la vio crecer.

Contra el fondo de este panorama devaluado, ¿qué queda de la memoria de la guerra y la posguerra? Tras las últimas conmemoraciones, el cincuentenario de la guerra civil, el centenario de Franco, los veinte años de la transición, nos encontramos nuevamente ante otro caso de inflación/devaluación. La memoria histórica, que pone

el acento en la conciencia crítica de los acontecimientos políticos e históricos y en la necesidad de mantener vivo su legado, está en crisis de crisis de la memoria. La memoria cultural de ese largo periodo fascista que va de la guerra civil a la transición parece dominada por la memoria de la nostalgia sentimental, que olvida la violencia, la culpabilidad colectiva e ideológicamente reviste de inocencia ahistórica el tiempo pasado. Lo cierto es que hay todavía muy pocos espacios en la geografía cultural española para la memoria histórica. No hay en España un museo dedicado a la guerra civil, ni siquiera un monumento a los padres y madres de la República, a los perdedores, a los exiliados. No hay calles con sus nombres en las ciudades españolas, aunque todavía sobreviven los de muchos héroes fascistas. ¿Hay algo más significativo que un espacio de memoria olvidado? Hoy en día una buena parte de la memoria del exilio republicano está literalmente sepultada en el fondo de un armario. El archivo del Centro Republicano Español en México D.F. con todas sus fichas, carpetas, recortes de prensa, fotografías y facturas está guardado dentro de un armario escobero lleno de polvo, un verdadero museo del olvido. Esta patética imagen me parece que ofrece la perfecta metáfora de una memoria histórica en crisis, una memoria histórica perdida y muy difícilmente recuperable. □



Relectura de «Las afinidades electivas»

Alberto Manguel

—Eres tonto —dice Goethe.
—Y tú imbécil —dice Schiller.

LUNES, 4 DE ENERO

He decidido releer *Las afinidades electivas* de Goethe. El argumento de la novela es sencillo (o así pensaba yo, al recordarlo): los dos aristócratas Eduard y Charlotte llevan a vivir con ellos, debido a un sentido del deber sentimental, al amigo de Eduard, Otto, y a la sobrina de Charlotte, Otilie. Charlotte se enamora de Otto, Eduard de Otilie, y, como la sociedad no puede sobrevivir al desorden, el resultado de su poco acertada hospitalidad son la muerte, la desesperación y el desaliento.

Cuando la leí por primera vez —hace por lo menos veinte años— lo hice después de una larga conversación con Héctor Bianciotti sobre *La disputa*, de Mariveaux, que él había visto en la producción de Lavelli y que yo me había perdido porque no tenía dinero suficiente para pagar el precio de la entrada. Al igual que otras obras de Mariveaux, *La disputa* explora la naturaleza del amor: dos personajes aristocráticos quieren solucionar la cuestión de quién es más proclive a ser infiel, el hombre o la mujer, y con objeto de obtener una respuesta sitúan a cuatro niños, cada uno de ellos aislado, al cuidado de una pareja de «salvajes». Sólo cuando los niños llegan a la pubertad se les permite conocerse entre sí, y los aristócratas, desde una distancia científica, pueden observar y estudiar su conducta.

A Héctor le encantaba sobre todo el momento final de la producción de Lavelli cuando, una vez finalizado el experimento, los aristócratas están a punto de cruzar hacia la isla donde están recluidos los niños pero se detienen al borde del puente: en ese momento cae el telón. Para Héctor, el auténtico carácter de los aristócratas reside en su indecisión: observar pero no experimentar. (El ya había observado antes la misma indecisión en la versión cinematográfica de *The Go-Between*, de Hartley, cuando la matriarca rechaza ir a ver por sí misma la infidelidad de su hija.)



Sigfrido Martín Begué: *Mosquitos newtonianos*. (1996.)

He leído en algún sitio que el rey Federico II realizó un experimento similar, no sobre la naturaleza del amor sino sobre la naturaleza del lenguaje. Con intención de averiguar cuál era nuestro lenguaje «original» ordenó que a unos cuantos niños recién nacidos los atendieran unas amas de cría que tenían absolutamente prohibido hablar con

ellos, y de este modo esperaba poder escuchar sus primeras palabras de una manera «natural», sin que las hubieran aprendido. El experimento fracasó porque no sobrevivió ninguno de los niños. Aparentemente, para sobrevivir necesitamos el lenguaje tanto como la comida.

Por supuesto, que un experimento esté condenado al fracaso no lo hace menos efectivo. En *Werther*, Goethe señala tautológicamente: «Si la mutua confianza les hubiera vuelto a unir, si el amor y la comprensión les hubieran ayudado a abrirse los corazones unos a otros, nuestro amigo podría haberse salvado». No es así, como demuestra

Las afinidades electivas, porque los personajes fracasan necesariamente debido a su propia naturaleza, y en ese fracaso es donde reside el éxito de la novela.

«El destino» —dice un poco después Charlotte en el libro—, «se ocupa de algunas cosas, y es muy obstinado. Razón y virtud, deber y todo lo que es sagrado se le opone inútilmente: las cosas tienen que suceder según lo que le parece justificado al destino, pero no a nosotros; y de ese modo se afirma el destino, sigamos el camino que sigamos». Y entonces ella se da cuenta de la verdad, que suena como una acusación: «¡Pero qué estoy diciendo! En realidad, el destino está intentando llevar a cabo mis propios deseos e intenciones, algo a lo que yo me había opuesto con mi descuido».

Estoy perplejo y encantado ante esta toma de conciencia. Charlotte sostiene que el destino conoce *mejor* que ella misma sus intenciones. ¿Quién es ese destino que es más listo

que los protagonistas? No es el destino (disfrazado de muerte) de la narración titulada *La gran separación*, de Cocteau, tan incapaz como sus víctimas de conocer el futuro:

«Un joven jardinero le dijo a su príncipe: «¡Sálvame! Me he encontrado con la Muerte esta mañana en el jardín y me ha hecho un gesto amenazador. Me gustaría que gracias a un milagro esta noche pudiera estar muy lejos, en Ispahan».

»El príncipe le presta su caballo más veloz.



»Aquella tarde, paseando por el jardín, el príncipe se encontró cara a cara con la muerte. «¿Por qué le has hecho a mi jardinero un gesto amenazador esta mañana?», le preguntó.

»«No fue un gesto amenazador» contestó la Muerte. «Fue un gesto de sorpresa. Esta mañana le vi muy lejos de Ispahan, y yo sabía que tenía que encontrarme con él esta misma noche en Ispahan.»»

Sin embargo, los aristocráticos jardineros de *Las afinidades electivas*, nunca rehuyen los encuentros que el destino les prepara (incluso aunque a veces lleguen, como lo hace Charlotte, un poco tarde). Se limitan a seguir el argumento: el destino como historia.

¿Me pregunto de dónde surge esta idea? No del *imaginaire* de los griegos, como deja claro Paul Veyne en su libro, deliciosamente escrito, sobre la «imaginación constitutiva», como él la llama, *Did the Greeks Believe in*

their Myths? («¿Creían los griegos en sus mitos?»). La idea pertenece a la literatura, o más bien a la lectura de la literatura, cuando el lector acepta lo que lee como ficción y sin embargo «voluntariamente suspende la incredulidad» por el bien del relato: esto es lo que consideramos la inevitabilidad del argumento. Todo el asunto está en manos de los personajes y del lector: el autor está ausente, o (en el caso de Goethe) es un simple maestro de ceremonias que hace comentarios pero no influye sobre la conducta de sus personajes.

Stephen Dedalus dice lo siguiente en *Retrato del artista adolescente*, de Joyce:

«La personalidad del artista, al principio un grito o una cadencia o un estado de ánimo y luego una fluida y brillante narración, finalmente se perfecciona a sí misma a partir de la existencia, se impersonaliza, por así decir. (...) El artista, como el Dios de la creación, se mantiene dentro, detrás, delante o por encima de su obra, invisible, indiferente, limpiándose las uñas».

Hoy en día, jugando con el hipertexto en el cajón de sastre posmodernista donde tenemos la ilusión de que desviamos el argumento por un número finito de caminos, somos como Eduard y Charlotte, Otilie y el Capitán: elegimos posibilidades que el destino (como un padre autoritario) ya ha elegido para nosotros.

Recuerdo que Nathaniel Hawthorne anotaba la siguiente idea para un relato en uno de sus sorprendentes cuadernos de notas:

«Una persona va a escribir un cuento, y encuentra que éste toma forma él solo frente a sus intenciones: que los personajes actúan de una manera distinta de lo que pensaba: que suceden acontecimientos imprevistos; y llega una catástrofe que en vano

intenta evitar. Tiene que seguir la pista de su propio destino —al haberse convertido en uno de los personajes».

MARTES, 5 DE ENERO

He escrito que Goethe no influye sobre la conducta de sus personajes. Pero este procedimiento no es frialdad: se percibe una terrible pasión detrás de la dorada fachada, algo que se debate entre emoción, deber y un definitivo sentido de la impotencia. Cuando Eduard, Charlotte y el Capitán se ocupan de las *Afinidades electivas* en química y las comparan con las relaciones humanas, uno se da cuenta de que las palabras cuidadosamente ordenadas, intercambiadas como en esos diálogos filosóficos tan queridos a Hobbes y Newton, revelan una confusión que se mantiene oculta, una crudeza que (me gusta pensar) es propia de Goethe. Mi afecto por el viejo viene, creo, de esa frágil combinación de fuerza y delicadeza. Hay veces en las que la limpia y adecuada estructura de su prosa hace que se me humedezcan los ojos, debido a la oscuridad que oculta.

Como su querido Diderot, Goethe siempre parece que está enseñando sus herramientas de trabajo al lector. En esto hay una sorprendente seguridad en sí mismo, como el mago que deja que el público vea cómo hace sus trucos. Eduard, criticando al autor del libro que está leyendo, le llama «un auténtico Narciso: encuentra su propia imagen en todas partes y ve el mundo entero ante el telón de fondo de su propio yo». Este

«*Bespiegelung*» o «buscar el propio reflejo» es, por supuesto, propio de Goethe, o más bien de sus personajes.

El paisaje físico se convierte en el paisaje de las emociones de los personajes; éstos intentan domesticar la naturaleza tanto como intentan representar sus



afinidades en un plano o un mapa verdadero (como en la primera parte, capítulo siete); la naturaleza se ve como una especie de *Carte du Tendre*. El jardín de Charlotte, por ejemplo, es un símbolo evidente de su experimentación con el mundo de los humanos (la cabaña puede servir para dos, o tres o, como añade Charlotte, «incluso para una cuarta persona», etcétera), y sin embargo se corresponde con el tono artificial de su diálogo —artificial al menos para mis oídos de extranjero. Hay algo del coleccionista de máximas en sus parlamentos (al terminar Charlotte el capítulo con «Y con todo en muchos casos [...] lo bueno y necesario, más que dejar de escribir es no escribir nada.»). Qué tono tan diferente, por ejemplo, al del final de la primera parte, capítulo once, en el que se describe la irreversible naturaleza del presente. Esta es otra voz, intuición o experiencia, no la mera imitación de Lichtenberg o del Libro de los Proverbios: «Y sin embargo el presente no dejará que le priven de sus monstruosos derechos. Pasaron parte de la noche en animada conversación, tanto más desinhibida cuanto que no tenía parte en ella el corazón.» Estas palabras se pronuncian a partir de una íntima y visceral comprensión del momento.

Una vez le preguntaron a Laurence Olivier cómo se las arreglaba para lanzar el ahora famoso grito desgarrador de dolor de Edipo. «Me hablaron del modo en que se cazaban los armiños» explicó. «En el Artico, echan sal y el armiño sale a chuparla. Y la lengua se le congela con el hielo. Pensaba en ello cuando lancé ese grito en Edipo.» Un absoluto dominio de la situación.

«Estas analogías» —dice Charlotte, «son buenas y entretenidas y, ¿quién no se divertiría de buena gana con otras parecidas?».

JUEVES, 7 DE ENERO

Cuando vivía en la provincia de Alberta leía todos los días informes sobre los recortes del gobierno conservador a los programas sociales. Los

últimos fueron los recortes a la asistencia de los discapacitados. A un hombre legalmente ciego, cuya mujer sufría esclerosis múltiple y no podía trabajar, se le amenazaba con suprimirle la pensión porque tenía un trabajo a tiempo parcial. Su pensión por discapacidad era de 800 dólares canadienses. Nadie puede vivir con esa cantidad si tiene que pagar un alquiler y la comida. Las estadísticas sobre la pobreza infantil en Alberta son pasmosas, especialmente porque es una de las provincias más ricas de uno de los países más ricos de la tierra. En 1996, por ejemplo, el número de niños que vivían por debajo del umbral de pobreza era de 148.000.

¿Y qué hago yo con todo esto?

Me siento como Mittler que, por una parte, no quiere «perder el tiempo con ninguna familia a la que no se pueda ayudar y con ninguna queja a la que no se pueda atender», y por otra se niega orgullosamente a ayudar a sus mejores amigos. Aunque deje de ser, me parece, un «Mittler» digno de ese nombre (la palabra «Mittler» significa «mediador»), «los que son supersticiosos con los nombres», dicen, «mantienen que el nombre Mittler es lo que le ha obligado a perseverar en esta extraña vocación». De ser así, mi nombre excusaría quizás mis innumerables defectos (en alemán «Mängel»), porque «Mangelhaftigkeit» o «incompetencia» es lo que me toca. La etimología inglesa (¡aunque mi nombre es austriaco!) es menos dura, y lo asocia con «entre» o «uno entre muchos» — en otras palabras, uno de los «lectores corrientes» del Dr. Johnson.

SABADO, 9 DE ENERO

Goethe parece estar siempre pensando; vayas donde vayas en su escritura nunca hay pura narración, siempre hay pensamiento consciente, articulado, que llena todas las habitaciones como el olor a cebolla frita. Me gusta esta terquedad: un personaje no puede hacer ni un gesto sin que éste se refleje, después de haber sido atrapado en el ojo que lo

ve todo de este dios menor. El omnisciente Goethe: esto me recuerda un cartel escrito a mano en el dormitorio de un compañero cuando teníamos nueve o diez años, en Buenos Aires:

Mira que te mira Dios,

Mira que te está mirando.

Mira que vas a morir,

Mira que no sabes cuando.

Ambos, observador y observado, están presentes en la breve escena (y reflexión intelectual) en la que Eduard, que está leyendo en voz alta, se queja malhumorado de que Charlotte lea por encima de su hombro. «¿Si le leo algo a alguien, no es lo mismo que si se lo estuviera explicando oralmente? Las palabras escritas o impresas sustituyen a mis sentimientos o intenciones, y ¿crees que me tomaría la molestia de hablar inteligentemente si tuviera una ventana en la frente o en el pecho de manera que la persona a la que quiero dar cuenta de mis pensamientos y sentimientos los pudiera saber por adelantado? Cuando alguien lee por encima de mi hombro siempre tengo la sensación de estar partido en dos.»

Aquí habla un lector auténtico, consciente de los ritos del leer y celoso de su espacio de lectura que debe ser uno de estos tres: o absolutamente privado, silencioso y sosegado; o compartido, también en silencio, como la lectura de Paolo y Francesca; o compartido a través de la lectura en voz alta, cuando la página es posesión exclusiva del lector, nunca del oyente. La duplicidad que siente Eduard — «partido en dos» — es la propia de formas *simultáneas* de leer que se contradicen una a otra.

También aquí la cuestión es la de la puesta en acto de la ficción. El acto narrativo debe existir en el tiempo asignado para su narración y el lector-cómplice (en este caso, el oyente-cómplice) no debe saltar hacia adelante, hacia la conclusión del texto, ya que esto acortaría, por así decirlo, la vida del relato. (Esta conclusión es la

última página prohibida del libro mágico de los cuentos de hadas.)

EL MISMO DIA, MAS TARDE

Me gusta la idea de que la conversación sea una ventana hacia el propio corazón o la mente.

Del diario de Otilie: «Cada palabra hablada despierta a su contraria».

DOMINGO, 10 DE ENERO

He consultado dos traducciones de *Las afinidades electivas* al inglés, una de David Carradine publicada en Oxford University Press, la otra de Judith Ryan, publicada por Princeton. Ninguna es completamente satisfactoria pero las dos «se laissent lire». Goethe sugería, en una de sus muchas cartas a Wilhelm von Humbolt, que las lenguas nacionales reflejan el carácter nacional y que los escritores ingleses comparten con los alemanes el mismo modo de pensar y el mismo sentido de lo que es apreciable. Esto explicaría por qué Shakespeare forma parte de la tradición alemana; pero no explica por

qué Goethe nunca formó parte de la inglesa. En cierto modo, «Gouty» (por utilizar el epíteto irreverente utilizado por Joyce para el autor de *Fausto*), en sus sucesivas encarnaciones, no ha encontrado sitio en el canon de lectura inglés. Aunque la primera gran biografía completa de Goethe a *cualquier* idioma la escribió el multitalentoso George Henry Lewes en 1855, y a pesar de la influencia de escritores como George Eliot (¿recuerdan el final parecido en lo que a afinidades electivas se refiere de *El molino junto al Floss*?) tiene pocos lectores ingleses.

En Buenos Aires, entre los exilados judío alemanes, Goethe y Schiller eran eslabones convencionales de la antigua *Kultur* alemana omnicomprendiva que los inmigrantes llevaron en maletas de cartón y hatillos. En Alemania, Schiller (y Goethe) hace mucho que perdieron su espantoso acento local; en la diáspora, Goethe (y Schiller) adquirieron el tono y el humor de la *schtetl*. Cuando surgía una discusión entre los padres alemanes de mis amigos, el que iba perdiendo la discusión gritaba, «“O aza nar”, sagt Goethe» («¡Oh, que tonto eres!” dice Goethe»), a lo que el otro contestaba: «“Nebisch”, sagt Schiller» («“Y tú, un imbécil”, dice Schiller») y la batalla terminaba con una reconfortante carcajada.

En inglés, quizás exista el vacío porque a Goethe hay que entrarle cul-

profesor del Pestalozzi Schule (el colegio alemán de Buenos Aires al que sólo asistí un año) el primer día de clase, y nos hizo aprender de memoria «Erlkönig», «*Es war ein König in Thule*» y «*Gingo Biloba*».

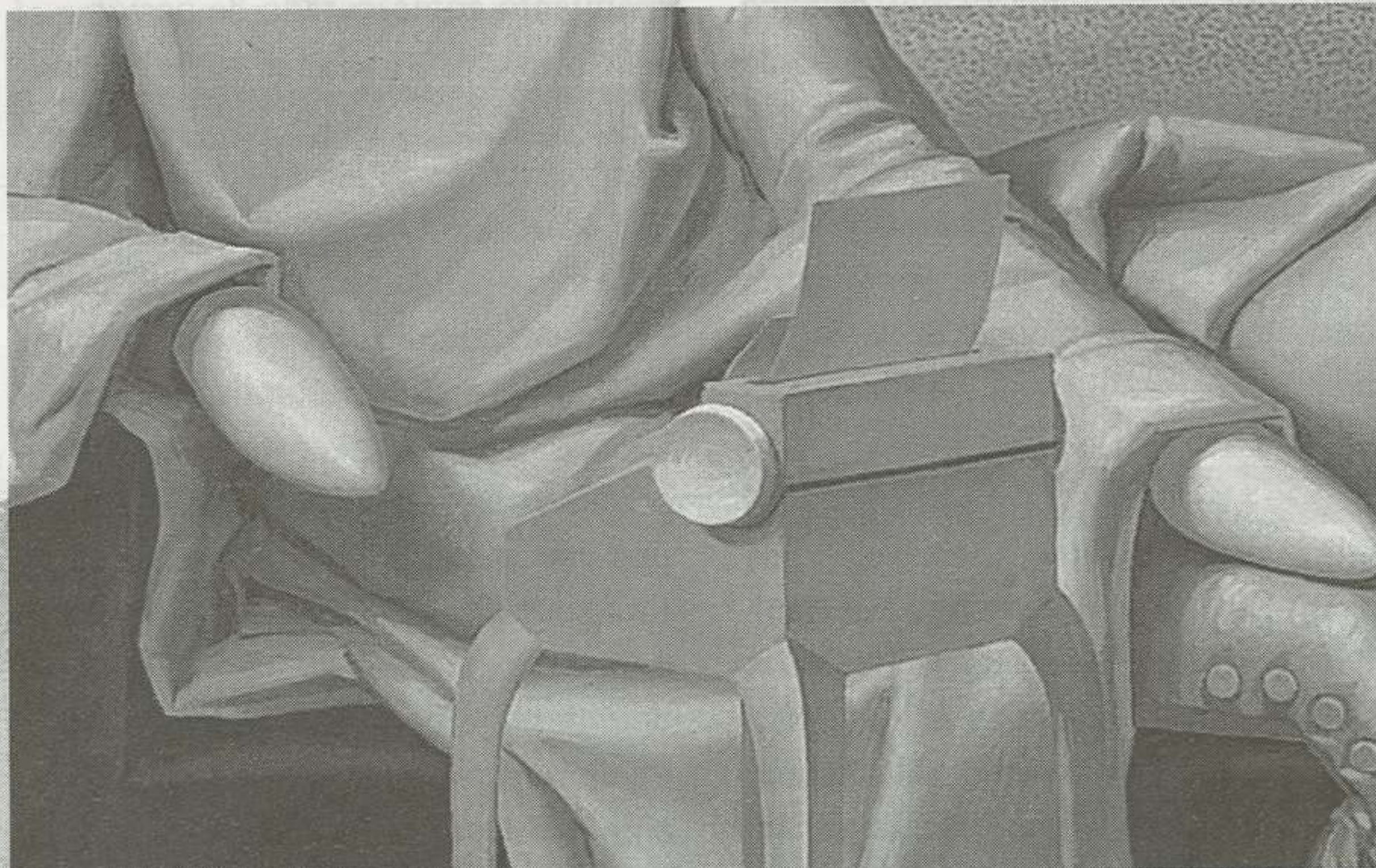
Nietzsche, nunca generoso en sus elogios, veía a Goethe muy por encima de nacionalidades y literaturas nacionales. «Goethe» —escribió en *Humano, demasiado humano*— «no sólo es un gran ser humano sino una civilización en sí mismo». Si esto es así, entonces *Las afinidades electivas*, escrito en los últimos días de su vida, puede leerse como una especie de tratado de buenas maneras de la civilización goetheana.

POR LA NOCHE

Las formulaciones pseudo-matemáticas para resumir la conducta humana que pone Goethe en boca de Eduard al final del capítulo cinco («¡Amigo mío, sólo tienes que fijarte en D! ¿Qué hará B cuando le quiten a C? [...] ¡Volverá a su A, su alfa y omega!»), se repiten en los *tests* publicados en nuestras revistas de estilo. ¿Es usted un buen amante? ¿Es usted un ciudadano consciente de sus deberes? ¿Es usted una persona feliz? Marque las casillas y busque la fórmula que le sea aplicable. Supongo que éstas son formas de consolación que nos proporcionan la ilusión de que no vivimos en la ambigüedad.

LUNES, 11 DE ENERO

En la primera parte, capítulo seis, Eduard y el Capitán, aficionados al urbanismo, discuten la creación de un pueblo que seguirá, no el estilo suizo de arquitectura, sino su «estilo de esmero y limpieza». Se les acerca un mendigo pidiendo limosna. Eduard, molesto por haber sido interrumpido, lo aparta muy enfadado. El hombre se retira «con pequeños pasos», defendiendo «el derecho de los mendigos», «a los que se les puede negar una limosna pero no se les debe insultar



qué Goethe nunca formó parte de la inglesa. En cierto modo, «Gouty» (por utilizar el epíteto irreverente utilizado por Joyce para el autor de *Fausto*), en sus sucesivas encarnaciones, no ha encontrado sitio en el canon de lectura inglés. Aunque la primera gran biografía

turalmente: no libro a libro, probando la temperatura de sus escritos, sino más bien lanzándose a su mar, a su vasta influencia, su alcance oceánico, sus resonantes olas, sus vistas del mundo que llegan al horizonte. «Vais a tener Goethe para rato», nos dijo el

porque están bajo la protección de Dios y del rey igual que cualquier otra persona».

La solución del Capitán al problema de la mendicidad —sistematizando la limosna al dar una cantidad a un par de viejos que pagaría a los mendigos a la salida (no a la entrada) del pueblo— me recordó de nuevo las ciudades en las que había vivido: Calgary, Toronto, Buenos Aires, París, Londres. Es como la fórmula matemática propuesta para justificar emociones, un método para no reconocer la humanidad de los necesitados. Debo recordarlo: no es Goethe, es el Capitán el que habla.

Una vez, en el metro de París, un mendigo que soltaba la letanía habitual de «*Medames et messieurs*, disculpen que les moleste, etcétera, etcétera...» de coche en coche, tiró de pronto los periódicos que justificaban su mendicidad y nos gritó: «¡Mírenme! ¡Sólo quiero que me miren! ¡Maldita sea, yo también soy un ser humano! ¡Mírenme, bastardos, debajo de los abrigos sois iguales que yo!».

Eduard y Charlotte, Otilie y el Capitán, se sienten fuera del círculo habitual de la sociedad, al igual que el lector se siente fuera de la realidad de la ficción, poco dispuesto incluso a imaginar que también nosotros somos el sueño del Rey de Corazones.

MARTES, 12 DE ENERO

Una reflexión sobre el medallón que Otilie confía a Eduard: podría escribirse una autobiografía haciendo una lista de los objetos que nos han regalado. Por ejemplo, en mi mesa de trabajo:

Una estatuilla de bronce de Ganesh, dios del origen con cabeza de elefante que me dio un amigo del que hace tiempo que no sé cuando tuve mi primer ordenador en 1984.

Una pera de cristal que perteneció a la abuela de Craig, y que me dio cuando nos conocimos, hace siete años.

Un bote para lápices de *papier-mâché*, regalo de Rohinton y Freny.

Una caja de piedra vietnamita con signos grabados que no sé leer, que me regaló Isabel Huggan, por mi cincuenta cumpleaños.

Una pirámide de papel pintado de cielo, de una serie diseñada por Michael Levine para *Frühlings Erwachen*.

Dos plumas —una de ave, la otra de mojar— regalo de mis dos hijas.

Un posavasos de piedra que me trajo Lenny Fagin de la India.

Un plato de incienso hecho por Bodge Hall, que me regaló cuando murió Rob Read, y que ahora tiene piedras de la cueva de la Sibila cerca de Nápoles, del Tasselated Pavement de Tasmania, de la Coalport Bay de Ontario, de un camino de los Vosgos, de la carretera que pasaba por mi casa de Calgary, y un abalorio de cerámica que me dio Katherine Ashenburg.

Un pequeño brazo de ébano, que se dice formó parte del modelo que sirvió para tallar uno de los gigantescos moros que sujetan antorchas en el interior de la iglesia de san Zacarías de Venecia.

Una caja con postales, pintada a mano por el propietario del estanco que había enfrente de nuestro piso de Selestat.

Al mirar todo esto me siento afortunado: satisfacción privada dividida en trozos. Como dice Charlotte: «para disfrutar de las minucias de la felicidad.»

EL MISMO DÍA, MAS TARDE

«Todo parecía seguir su curso normal. Ya que incluso en las más terribles situaciones, cuando todo está en juego, la gente sigue con sus vidas, como si eso no tuviera importancia.» Esta mansedumbre es siempre sorprendente. Auden observaba, en su poema sobre el «Icaro» de Breughel, que los viejos maestros nunca se equivocaban respecto al sufrimiento, «cómo tiene lugar/Mientras los demás están comiendo o abriendo una ventana o simplemente caminando aburridamen-

te.» Pienso en cómo continuaba la vida en Argentina durante la dictadura militar; la gente seguía con su vida cotidiana mientras secuestraban y torturaban a sus vecinos, o los metían en un avión y los tiraban esposados al río —seguían haciendo sus compras, su vida social, preocupados por los precios y el tiempo—, aunque de vez en cuando se hablara de desapariciones misteriosas o detenciones de madrugada, junto con excusas creídas sólo a medias de que tal vez los vecinos estuvieran de vacaciones, o quizás estuvieran implicados en actividades delictivas, o quizá se hubieran mudado; y todo parecía aparentemente normal, su rutina diaria no se interrumpía, ni siquiera cuando, como dice Auden, «tenían que haber visto/Algo asombroso, un chico que cae del cielo,/Tenían algún sitio al que ir y seguían su curso tranquilamente».

Goethe dice sobre Eduard, al final de la primera parte: «En secreto se había entregado completamente al sentimiento de su pasión». Esto es, en cierto modo, el equivalente emocional de esta pasividad política —ensimismamiento enmascarado de pasión.

MIÉRCOLES, 13 DE ENERO

Del diario de Otilie:

«Vivir sin amor, sin la presencia física del amado, no es más que una «*comédie à tiroir*», una mala farsa». Y más adelante: «cortesía del corazón»: un concepto extraordinario, y por eso inmediatamente reconocible. Es lo que Chateaubriand llama la emoción en la que el amor ha dejado de ser un éxtasis y todavía no se ha convertido en «apasionada amistad».

«Nadie pasea bajo las palmeras con impunidad, y la conducta de uno debe variar en un sitio donde los elefantes y los tigres están en su casa.» O lo contrario, por supuesto. Esta frase tan citada es para mí, vagabundo, profundamente irónica ya que debajo de palmeras decidí ser fiel a mí mismo y aceptar mi vida como lector-escritor.

Ovidio llora por estar en una tierra extraña; Cortázar disfruta en su exilio. Y en ambos casos la imaginación se alimenta de novedad o contraste.

«Uno siempre se imagina a sí mismo viendo. Creo que soñamos simplemente para protegernos del dejar de ver.» Esta precisa descripción de la conciencia humana, de su terrible parecido con la vigilia de Argos da a toda la novela su *pathos*: los cuatro personajes, el autor, y por extensión el lector, son constantemente conscientes de sus acciones y se observan a sí mismos precipitándose hacia su fin sin ser capaces de engañarse o de mirar hacia otro lado.

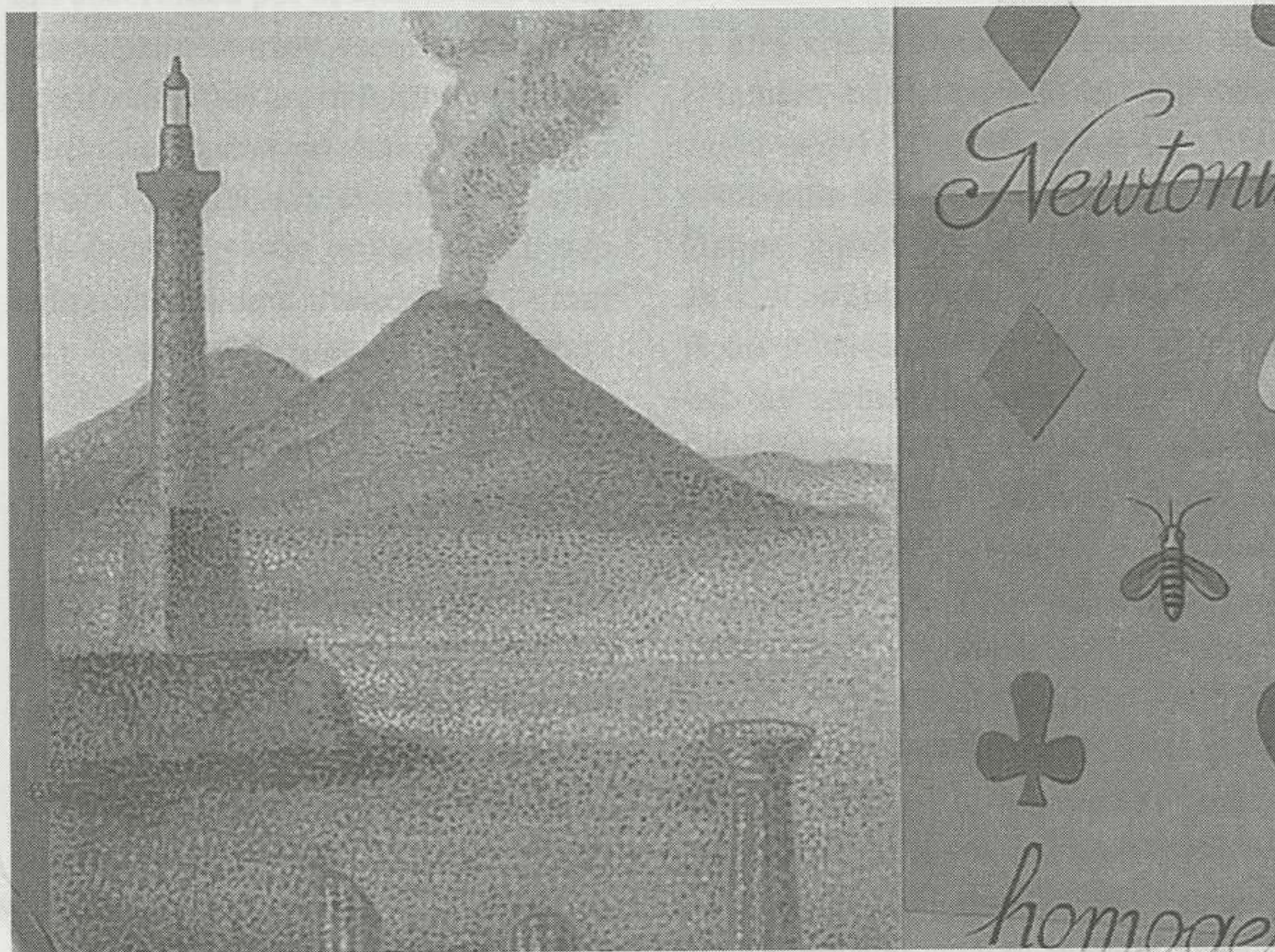
VIERNES, 15 DE ENERO

¿Es toda lectura una lectura asociativa?

Recorro las páginas finales de *Las afinidades electivas* de nuevo, mientras la nieve cae persistente en la calle y en el árbol de fuera, cubriendo todos los espacios de color, ocultando cualquier defecto. Goethe también ha estado aquí, claro, viendo caer la nieve en la provincia de Alberta. En una de sus antologías de máximas escribió: «La nieve tiene una limpieza ficticia». Así es. Ayer por la tarde, en el centro de la ciudad, encontraron a un nativo que había muerto de frío: el alcohol que tenía en la sangre había aumentado la hipotermia y estaba allí tirado, y la nieve no caía lo bastante deprisa como para ocultarlo de nuestra vista. Se supone que todos hacemos lo que debemos, que interpretamos nuestro papel. ¿Y cuál sería ese papel?

¿Es *Las afinidades electivas* una representación del *bon mot* de Cándido? ¿Puede leerse como una cínica apoteosis del arte de la jardinería, el arte que floreció en el siglo XVIII y se convirtió en ecología corrompida, lo que incluso se podría llamar una visión suprematista de la naturaleza, reflejada, casi siglo y medio después, en la preocupación de Hitler por «el modelo de la naturale-

za»? «Debemos hacer sitio para pastos» —explicaba Hitler a Martin Bormann mientras cenaban el 29 de septiembre de 1941. «La naturaleza ha hecho las diferentes regiones de la tierra de manera que se asegure una cierta autarquía para cada una.» La tierra, para los jugadores del juego de



las afinidades electivas, es un marco para sus propias ambiciones: son como un pequeño Adán encargado del funcionamiento del Edén, y en consecuencia pueden juzgar cada región de la Tierra, y sin embargo estar ciegos al juicio del Autor. Rediseñando sus jardines y cuidando sus árboles, descuidan sus propias vidas.

Para mí, la conclusión de *Las afinidades electivas* reside no en la última página del libro, sino en el lecho de muerte de Joseph Roth, en París, el 22 de mayo de 1939. Exhausto y desconcertado, Roth escucha historias susurradas sobre los crímenes de Buchenwald y le viene una imagen: allí, en lo que una vez se llamó Ettersberg, está el roble de Goethe, bajo cuya generosa sombra el Maestro solía encontrarse con su amada Frau von Stein. Ahora, proyectando la misma sombra sobre la lavandería y la cocina del recién construido campo de

concentración, el roble continúa en pie, salvaguardado por la así llamada Acta de Protección de la Naturaleza del Tercer Reich. Y Roth, con su último aliento, hace este comentario, más allá de la rabia y la ironía:

«Todos los días, los presos del campo de concentración pasean junto

al roble; es decir, les hacen pasear por ahí. ¡En efecto! Se ha dado información errónea sobre el campo de concentración de Buchenwald; historias de horror, se podría decir. Me parece que ha llegado el momento de dar a las cosas la perspectiva correcta. Hasta ahora, ni a un solo preso del campo de concentración le han atado al roble bajo el que se sentaban Goethe y Frau von Stein, y que todavía está vivo gracias al “Acta de Protección de la Naturaleza”. Claro que no: los ataron a otros robles, de los que no hay escasez en este bosque [*anden es in diesem Wald nicht mangelt*].»

De repente me di cuenta, debido a una fortuita etimología, de que yo, un futuro lector entre incontables lectores, estaba incluido en las últimas palabras que había escrito.

Joseph Roth murió con esta visión, esta broma, esta demoledora observación. □

Organizados para no leer

Gabriel Zaid

La esencia de la vida literaria está en leer, que es una actividad mental y solitaria, aunque puede vivirse como un diálogo, hasta con cierta animación corporal. Por esto, como señaló Vasconcelos, hay libros que se leen de pie; libros que nos mueven a hacer cosas, tomar notas, consultar un diccionario, ver el jardín con otros ojos.

Por esto, también, una extensión normal de la vida literaria es compartir esa animación hablando de la experiencia de leer, de lo que dice el libro y cómo lo dice, de lo que gusta o decepciona. Ese diálogo estimulante puede extenderse a la actividad de escribir, también mental y solitaria, dialogal, animada, ambulatoria.

Hay muchas extensiones de la vida literaria. Algunas tan indirectas que no requieren la lectura. Algunas tan ajetreadas que no dan tiempo de leer. Paradójicamente, las actividades que pueden prosperar sin necesidad de leer han llegado a ser vistas como «la vida literaria».

1 Conocer nombres de autores y de libros en cápsulas informativas y valorativas de enciclopedias, solapas de libros, cubiertas de discos, letreros de museos, programas de espectáculos, anuncios, noticias, entrevistas, frases o juicios escuchados. Información valiosa para alternar en la conversación, orientarse y elegir, porque no hay tiempo de leer todo, y las noticias pueden funcionar como lectura previa, en muchos casos más que suficiente.

2 Conocer libros por la encuadernación, la tipografía, las ilustraciones. Mejor aún, tenerlos en opu-

lentas bibliotecas, para sentirse acompañado y enseñarlos, así como fotos, bustos, ediciones firmadas y otras reliquias de autores eminentes. Objetos que dan calor (no sólo prestigio) cultural, que decoran, ambientan, embellecen, y que no hace falta leer.

3 Conocer autores por la encuadernación social. Estar al día de chismes literarios, artísticos, culturales, con todas sus ramificaciones sociales, sexuales, conflictivas, de fama, de poder, de fortuna. Mejor aún, tratarlos personalmente y de tú, en reuniones que pueden conducir a una familiaridad de muchos años, aunque no necesariamente a la lectura.

No faltan los tímidos que se avergüenzan de estar en una cena de homenaje a un autor, por su reciente libro, sin haberlo leído. Pero la gente más mundana sabe que lo importante es el brindis, la alegría, el sentirse parte de una comunidad culta, las sabrosas ocurrencias y chismes de la celebración: lo que dice la fiesta, no lo que dice el libro.

Tampoco faltan inocentes que dan excusas por lo caro que están los libros, lo difícil que es conseguirlos (no lo tuvieron en cuatro librerías) y la falta de tiempo para leer; aunque el libro cueste menos que la cena, y leerlo tome menos horas que reunirse, celebrarlo y volver a casa.

Lo importante de las reuniones son las reuniones, no los libros, aunque se hagan con el pretexto de los libros. Lo importante de tratar a los autores es tratarlos, no leerlos. Convivir con el *establishment*. Dejar caer, como no queriendo, la alusión que provoca la sorpresa: Pero... ¿lo conoces?

4 Organizar actos públicos de presentación de autores y libros. Suelen ser menos divertidos que las cenas privadas, pero más democráticos: la entrada libre es una oportunidad para los no invitados a las cenas. Ahí está, lo pueden ver, quizás hasta dirigirle una pregunta. Pueden sentir que forman parte de la vida literaria. Quizás (aunque el porcentaje no es muy alto) animarse a comprar sus libros, sobre todo si los firma con amables dedicatorias. Pero si fuera posible saber cuántos leyeron el libro, antes o después del acto, y no sólo del público (escaso, pero admirable, frente a las peripecias de llegar a tiempo), sino de los mismos organizadores y presentadores, quedaría claro para qué es el acto.

Lo importante de la presentación de libros es la presentación, no la lectura. Lo importante es el montaje teatral de un acto que sirve para adquirir presencia en la vida social, pagando anuncios y generando noticias en los periódicos, la radio y la televisión, para lo cual es innecesario que los participantes hayan leído el libro o piensen leerlo. Basta con que se difunda la manifestación de que el libro existe, el autor existe, la editorial existe, los distinguidos oficiantes del acto y la institución que lo cobija existen, en beneficio de todos ellos. Lo importante es lo que dice el acto, no lo que dice el libro.

5 Promover el periodismo cultural. Los diarios de la Ciudad de México publican en conjunto más páginas culturales que los de Nueva York o París. Se trata de un fenómeno relativamente reciente, que en el primer momento pareció un avan-

ce, y lo es: para todo lo organizado en función de no leer. Las páginas culturales hacen resonar los nombres de los autores, libros, instituciones; para lo cual bastan los encabezados y las fotos, sin necesidad de leer, ya no digamos los libros, sino los artículos de las páginas culturales, por lo general sin interés. Lo importante es el tamaño de los encabezados, la asignación de espacio, de lugar, de color: lo que dice el editor, destacando o relegando; no lo que dicen los textos, muchos de los cuales son simples glosas de anuncios, invitaciones, solapas y boletines de relaciones públicas. En las páginas culturales no abundan los artículos inteligentes y bien escritos de un autor que ha leído a otros, que sabe de lo que está hablando y opina con sinceridad.

Cuando no había decenas de páginas culturales diarias, sino unos cuantos suplementos semanales, las mejores plumas hacían comentarios de libros, y los jóvenes talentosos se disputaban el privilegio de alternar con los consagrados, escribiendo reseñas mal pagadas en dinero, pero bien pagadas con abundantes libros que les permitían leer, leer, leer. Desgraciadamente, las mejores plumas consagradas y juveniles no se multiplicaron por

veinte o treinta. Para llenar tantas páginas, llegaron los universitarios que estudiaron comunicación, tan atiborrados de clases sobre cine, televisión, radio, periódicos y revistas; tan conscientes de que los nuevos medios son un avance sobre el libro, y está en curso una mutación hacia la imagen; tan absorbidos por el ajetreo del acontecer, que no tienen tiempo de leer.

¿Cómo pueden jerarquizar los acontecimientos literarios aquellos que no leen? Dando por supuesto que el verdadero acontecimiento no sucede en el texto milagroso, sino en los actos sociales que lo celebran. Jerarquizando socialmente, como se jerarquizan las bodas, las solemnidades oficiales, el lanzamiento de nuevos productos; no literariamente, como se jerarquizan los textos maravillosos o decepcionantes. Si el texto maravilloso se publica sin ningún ruido social, no es noticia para la prensa, aunque la noticia corra de boca en boca entre los que sí leen. Por el contrario, un texto decepcionante, pero firmado, publicado, presentado por personas e instituciones con poder de convocatoria social, sale en los periódicos y en la televisión, aunque la decepción corra de boca en boca entre los que sí leen.

Es posible que el ruido en los medios sea la extensión de lo que corre de boca en boca, pero no es

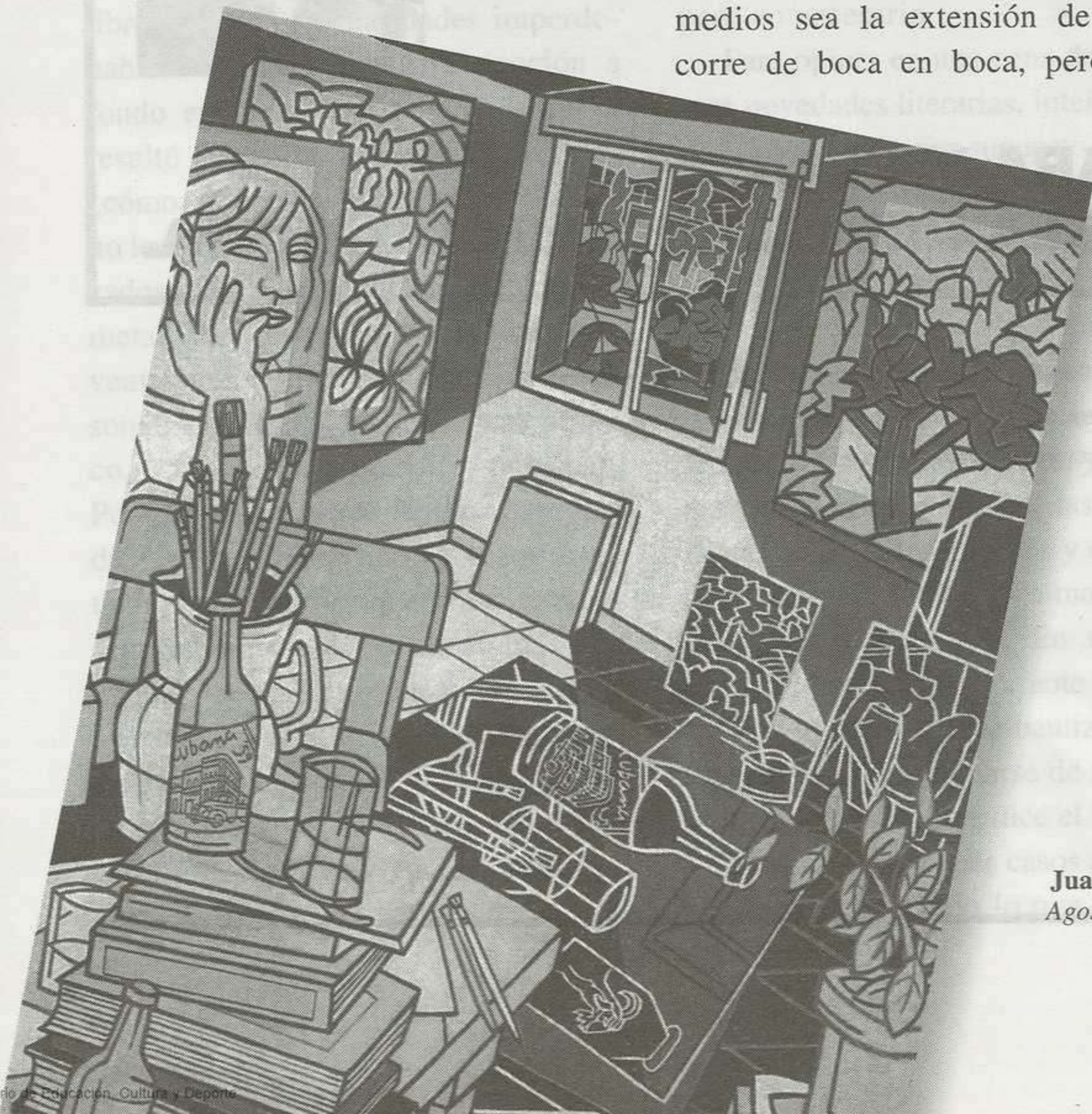
necesario. En primer lugar, porque el ruido suele ser positivo. El aparato cultural no hace ruido para decir que se equivocó. Pero, sobre todo, porque el ruido no necesita la lectura. Puede empezar de cualquier manera (por la amistad, el accidente, la promoción de los interesados) y, a partir de ahí, reverberar de unos medios a otros. ¿Cómo jerarquizan los periódicos a los autores? Por el espacio que les dedican los otros periódicos. Por su presencia en la radio y la televisión. Por los puestos que tienen, sobre todo en el aparato cultural. Por las solapas de los libros y los boletines de prensa. En los cielos de la buena prensa, lo que hace ruido sonará más; y lo que suena poco será silenciado.

Pero, ¿dónde acontece la vida literaria sino en la página leída? De ese acontecimiento, casi no hay nada en las páginas culturales. No es noticia, no es chisme, no es imagen fotografiable. Además, toma tiempo. Es más rápido entrevistar a un escritor que leer sus libros. En cierta forma, es como haberlo leído un rato y amablemente, en vez de pasarse horas, días y semanas leyéndolo. Es como invitar al público a las cenas íntimas del *establishment*. Más aún, si el entrevistador logra colarse hasta las recámaras de lo inédito, con el periodismo Mata Hari: fingirle amor al entrevistado, hasta sacarle una declaración que lo hunda.

El periodismo cultural se ha vuelto una extensión del periodismo de espectáculos. Lo importante son los titulares, las fotos, las entrevistas y los chismes de las estrellas, para estar al día y tener de qué hablar como persona culta, sin necesidad de leer.

6 Dar premios y distinciones. La gente con experiencia en juntas de trabajo sabe qué fácilmente se puede participar sin haber hecho la tarea, qué peligroso es suponer que todos leyeron y estudiaron la documentación necesaria para votar y decidir. Lo mismo sucede en las sesiones para elegir nuevos miembros de doc-

Juan Calonje:
Agosto. (1996.)



tas academias, conceder honores, distinciones y premios, sin leer.

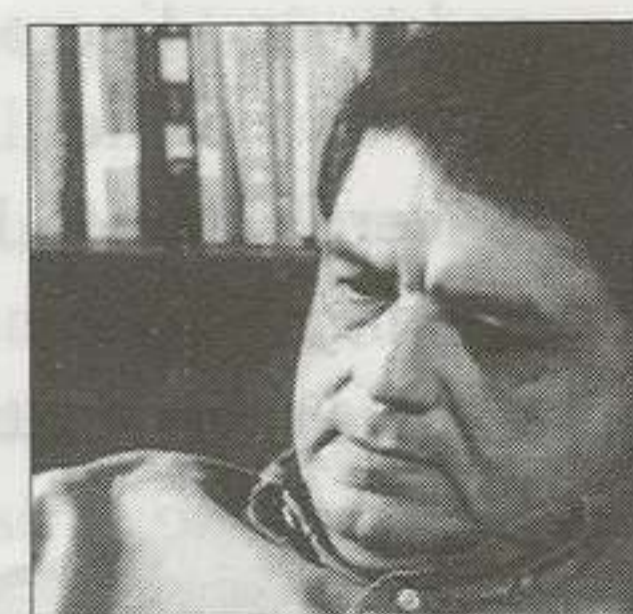
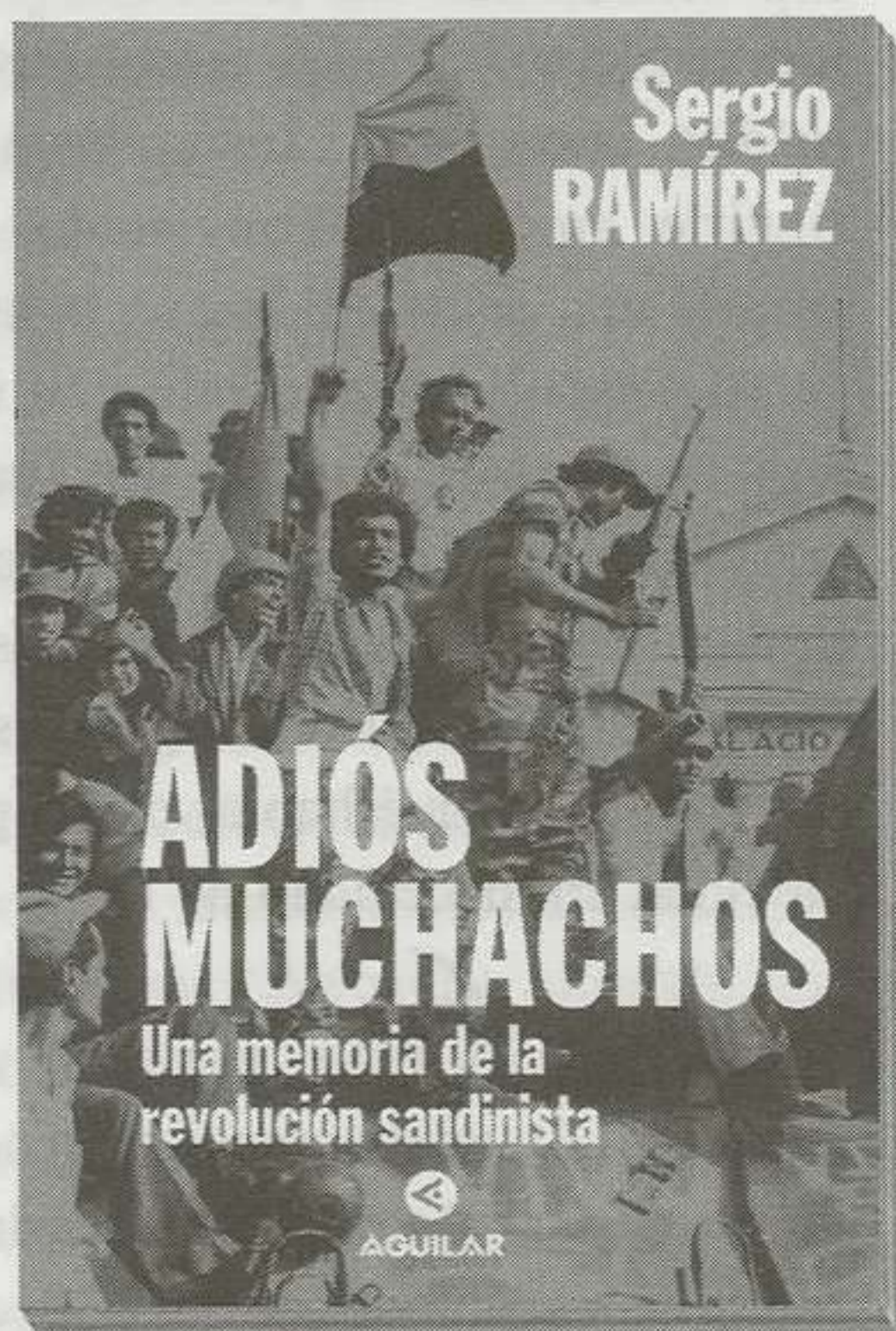
Para simplificar, ignoremos los casos donde pesan mucho los intereses extraliterarios, porque entonces, por definición, sale sobrando leer la obra. Son más significativos los casos inocentes: aquellos donde, sin presión alguna, los jurados se enfrentan a responsabilidades inhumanas. Si la persona es un encanto en las cenas, si sale en los periódicos y la televisión, si tiene buen currículum (es decir, si los jurados anteriores hicieron su tarea y dieron su aprobación), si me han hablado de sus muchas cualidades, es absurdo que, en este mal momento, deje todas mis tareas pendientes para ponerme a leer sus libros y los de todos los demás candidatos. Así se vota de oídas, ateniéndose al trabajo de los que hicieron su tarea. Claro que si nadie la hizo, y los jurados anteriores tampoco, los resultados pueden ser vergonzosos: ignorar obras valiosas que no fueron leídas;

encumbrar a mediocres que no han sido leídos; multiplicar los intereses creados a favor del ruido, no la lectura.

Para corregir estos errores y omisiones del canon, hacen falta lectores denodados, con talento, valor civil y muy buena suerte, porque, una vez consagrada una obra mediocre, una vez que la avalan personas e instituciones de peso, no es razonable esperar que se desdigan; lo razonable es suponer que el contradictor lee torcidamente, por ineptitud o motivos inconfesables. En 1918, ¿quién se hubiera atrevido a pensar, ya no digamos a decir, que un poeta celebrado por José Vasconcelos y Carlos Pellicer, prologado por Rafael López y Antonio Castro Leal, comentado en *The Saturday Evening Post* y *The New York Times Review*, no tenía importancia por sus textos, sino por el ruido que lo acompañaba? Para ganar esa batalla absurda, hubiera tenido que ponerse a leerlo en serio, estar dispuesto a refutar

el consenso favorable, tomarse todos los trabajos del caso y encontrar apoyo para sus opiniones. Algo tan pesado, improbable y sospechoso como conseguir presupuesto, ayudantes, laboratorios, para refutar los experimentos científicos de un premio Nobel. Hoy ya no se habla de Pedro Requena Legarreta, menos aún hay quien lo lea. Pasó de ser famoso, sin ser leído, a quedar descartado, sin ser leído.

7 Estudiar letras. Alguna vez, Huberto Batis relató una experiencia deprimente. Dando clase en el último año de Letras, tuvo una sospecha que lo obligó a preguntar: ¿Cuántos de ustedes han leído a López Velarde? Silencio general y una sola mano que se alza, con explicaciones desoladoras: vínculos familiares en la tierra natal del poeta... En otras disciplinas y países se cuentan cosas semejantes. Una notable (porque revela cómo el mundo académico se ha vuelto burocrático, y tiende a



Sergio Ramírez

CARA Y CRUZ DE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA.

Sergio Ramírez rememora cómo se llevó a cabo la revolución sandinista. Una revolución que no consiguió sus fines de igualdad y justicia social, pero dejó instaurada la democracia en Nicaragua.

modelarse en la figura del ejecutivo, no del lector) empieza con la extrañeza de un director de tesis ante cierta afirmación: ¿Cómo puede usted decir tal cosa, si su bibliografía incluye tal libro? ¿Lo ha leído realmente? Breve respuesta ejecutiva: No personalmente.

La mala prosa en las ciencias sociales se ha vuelto casi un requisito (los historiadores, sociólogos, psicólogos que escriben demasiado bien se vuelven sospechosos de poca profundidad). Pero en los trabajos literarios es una contradicción. La mala prosa sobre las bellas letras demuestra poco entendimiento del juego literario, incapacidad de lectura de los textos propios y ajenos. Demuestra que lo importante es el juego académico, no el literario. El gusto, la malicia, la pasión de leer, son loables, pero no hacen falta para acumular puntos curriculares.

8 Publicar libros. Un excelente editor holandés, Carlos Lohlé, me contó alguna vez cómo ascendió de alto ejecutivo de una editorial europea a editor marginal en Buenos Aires. La transnacional se metió en problemas publicando un libro que traía barbaridades imperdonables. Se hizo una investigación a fondo en todos los departamentos y resultó que nadie lo había leído. Pero, ¿cómo podemos publicar libros que no leemos? Porque no estamos organizados para leer, sino para alcanzar metas de crecimiento, producción, ventas, rentabilidad. Si yo leyera personalmente todos los libros que publico, ¿cuántos podría publicar? Poquísimos, porque tengo que leer diez para publicar uno; y, si no tengo tiempo de leer más que dos o tres por semana, no puedo publicar más que uno al mes. Admirablemente, Lohlé aceptó sus conclusiones y renunció, para poner una editorial donde pudiera responder de cada libro como lector, no como ejecutivo que confiesa: ¿Lo leíste? No personalmente.

No hace falta decir que sus cuentas valen para todo el mundo del libro: lectores, libreros, bibliotecarios, promotores, distribuidores, editores, periodistas, críticos, profesores, investigadores, autores. Y que todas las aberraciones derivan de esa realidad aplastante: no se puede leer tanto. Para que la máquina siga andando, tiene que organizarse en función de que leer es bonito, y muy recomendable, pero no necesario.

Para opinar en una cena de las últimas novedades literarias, intelectuales, artísticas, dando por supuesto y ya leído todo lo anterior, desde los clásicos, hay que tener noticias, no lecturas. Para leer todo lo que publican las personas que conocemos, hay que dejar todo, y dedicarse nada más a eso; o romper con la sociedad y vivir en el desierto; o no leer, sino tratar a los autores, y conocer sus libros por los títulos, las solapas, las entrevistas, los premios y distinciones. No lo pueden tomar a mal, porque ellos hacen lo mismo. En el mutuo envío de libros, lo importante es la participación de boda o de bautizo: lo que dice el gesto de acordarse de un amigo o conocido, no lo que dice el libro.

Hasta llega a haber casos en que ni los autores han leído lo que publican.

Sucede con algunos personajes ocupadísimos, pero deseosos de firmar libros. Sucede con los libros de ponencias que no escucharon ni los otros ponentes y nadie leerá, porque se imprimen para aumentar el capital curricular de los participantes y las instituciones. O por el ancho mundo del *non-book*, organizado y producido (dirigiendo el trabajo de ayudantes), más que escrito. O con algunos autores prolíficos que escriben sin parar y sin leerse, algunos nada mal. Cuando aparecieron las computadoras personales, le regalaron una a

Isaac Asimov (autor de cientos de libros), pensando que lo celebraría mucho. Los decepcionó: está bien para los que reescriben. Yo prácticamente no corrijo. Y como mi tecleo en computadora no es más rápido que en máquina de escribir, produce lo mismo.

Cuando Brézhnev presidió el Soviet Supremo, publicó un libro traducido a decenas de idiomas, presentado en una multitud de mesas redondas y reseñado elogiosamente por todo el planeta, aunque es posible que no lo haya leído ni él, ni sus editores, ni sus presentadores y comentaristas. Muchos libros costosísimos que publican las grandes empresas para celebrarse a sí mismas, o como regalo de Navidad, siguen el mismo camino: de la celulosa convertida en papel impreso al papel impreso convertido en celulosa. Pero no importa. En los circuitos del aparato resonador, lo importante es que la celulosa reciclada una y otra vez genere resonancia, no lectura.

Algunos monjes creen que la oración sostiene el mundo. Que si todo no revierte a la nada es porque nunca faltan almas piadosas que rezan desde el fondo de su corazón.

Creamos, inocentemente, que si el mundo del libro no se reduce a la circulación de celulosa, es porque nunca faltan lectores de verdad. □



Juan Calonje:
Mesa roja. (1997.)

De antología

Félix Grande

Ana María Torres y Juan Luis Villaseñor. Calle de Todos los Perros Callejeros del Avapiés. Madrid. Segundo Año Triunfal. Amigos míos: En efecto, José Hierro publicó su *Libro de las alucinaciones* en el año 1964 (lo recuerdo muy bien: por entonces Lázaro de Tormes arrancaba las uvas de una en una). Su libro siguiente, *Agenda*, se editó en 1991 y fue escrito muy poco antes: veintisiete años de secano. ¿A qué se puede atribuir tan larga temporada en el silencio? Bien oiréis lo que dirá, que él suele decirlo a menudo: «Cuando no tengo nada que decir, no lo digo; y cuando tengo algo que decir y no sé cómo decirlo, tampoco lo digo». Lección deontológica se llama esa figura. ¡Cuántos la ignoran y qué pocos la aprenden! Echamos un vistazo a la fabricación de libros de poesía en estos tiempos de furiosa prisa y de patética codicia: ¿y qué vemos? La fábrica produce sin reposo ni clemencia, con tres turnos de operarios, sin dar descanso a las poleas. Jornada lírica de ocho horas. Altos Hornos Líricos S.A.. A razón de tres mil libros de poesía al año. Habéis leído correctamente: tres mil. Cada año. Que manera tan insolente de producir, cuánta depravación en los estros de hogaño. La maquinaria está recalentada, los engranajes echan humo, las poleas crujen. Si le pedimos su opinión a un diccionario de sinónimos (por ejemplo, al de Joaquim Horta Massanes, Editorial Paraninfo, Madrid) nos damos un coscorrón con el divertido suceso de que uno de los sinónimos de la palabra *producción* es la palabra *engendro*. Ya sé que en el lenguaje poético no hay sinónimos:

cada palabra es un orbe expresivo y sólo la ignorancia, la pereza o la elección del predominio del ritmo sobre la precisión nos convidan a intercambiarlas: ¿pero cómo resistir a la tentación de bautizar como engendros a la mayoría de esos tres mil cuadernos anuales? Más grave aún: retiremos los dos mil quinientos títulos de autores que no son poetas, que no tienen con la palabra poética ni el más mínimo comercio sensual; son criaturas que ignoran que hay una distancia irreparable entre su adolescencia testaruda y trivializada y la maravillosa longevidad del lenguaje («Las palabras, como las emociones, nacen en una fuente remota del sentir colectivo»: Luis Rosales); echando la cuenta de la vieja, con los dedos autodidactas, nos quedarían quinientos libros de poesía por año, compuestos por autores que sí son poetas; menores o medianos, pero que cumplen con el requisito de sentir un profundo y heterodoxo respeto por los enigmas viejos y siempre renovados del lenguaje. Pues bien: la mayoría de esos quinientos libros rescatados del naufragio *también* son engendros: productos. Y muy a menudo esos productos han sido redactados por poetas de postín, mandarines del parnaso, cancerberos del poder literario, testas señeras propagadas por la inercia universitaria y emperadores de la potestad que parla en plural mayestático, ¡y hasta en singular mayestático! Un ejemplo del plural mayestático: «Nosotros somos los únicos, los indiscutibles, los pioneros de la poesía del siglo XXI, como terminantemente lo prueba esta antología (o esta otra, o la de más allá)». Y un ejemplo de modestia singular mayestática: «Yo

soy el único que transita por el pasadizo que conduce a la Inmortalidad». Como suena, sobrinos.

¿Inmortalidad? Con su pan se lo coman. Altivos Teseos, se reconocen en el laberinto, con disimulado horror al Minotauro (ese monstruo mitad hombre y mitad toro que se alimenta de carne de hombre y de carne de mujer, en igual proporción: es una buena metáfora de nuestra finitud, del resoplido milenario que establece nuestra insignificancia), se aferran a una cuerdecita que concluye en Ariadna, y sin querer asumir que cuando finalmente emerjan de la edificación de Dédalo (el arquitecto del Laberinto: el arquitecto de la Fatalidad), Ariadna ya no será otra cosa que dos húmeros cruzados en forma de aspa y una calavera que sonríe de manera a la vez irónica y siniestra: la Inmortalidad, la verdadera, la única. Una broma pesada elaborada en la retorta del Tiempo imperturbable, cuyos ingredientes son la tierra, el silencio y las leyes que descomponen a los fosfatos para servirlos como manjar a las pobrecitas lombrices, que también tienen derecho a comer. La inmortalidad. Yo, Yo, Yo: mi Fama, mi Gloria, mi Altivez, mi Genio, mi Superioridad... Pues no: así no es previsible alcanzar a escribir un buen cuaderno de poesía. No, Juan Luis, esa no es la mejor disposición espiritual para llegar hasta el poema; y tú, Ana, que lees esta carta por encima del hombro de ese afortunado que toca las tetas, créelo: así no sale un libro duradero. En la historia de la poesía no hay noticia de que nadie encarcelado en ese fuste haya logrado componer una cuarteta decorosa. ¿Y por qué no,

sobrinos? Pues porque *dicen* cuando no tienen nada que decir (el narcisismo recalentado *no* es un tema); y cuando tienen algo que decir y no lo saben *decir*, van y lo dicen: con toda desfachatez, con todo descaro. Pero, claro, luego se nota, porque esas cosas se notan. Uno abre un libro de *esa* poesía: y no, no tenía nada que decir («¡Oh vieja maldición de los poetas, que se lamentan cuando deben decir!»: Rilke); o bien: tenía algo que decir, pero en ese momento de su vida el autor no supo decirlo. Y así sucede lo que tiene que suceder: páginas muy aseadas y con una correcta acentuación: pero no tienen la lujosa turbulencia de la poesía, carecen de la suprema elegancia del Abismo, no emparentan con el Dolor, no llevan Tiempo dentro. ¡El Tiempo, sobrinos, el Tiempo! El Tiempo sepia que lame las emociones en las páginas de Machado y que Juan Ramón supo nombrar con esta precisión inquietante: «¡Qué tiempo el tiempo!». ¿Y ahora, hogaño?: decidores recalcitrantes que no dicen cuando dicen y que son buenos artesanos del no decir diciendo generalmente de manera redicha: suelen servirse de un escondite inútil: muestran a los espectadores su marca de fábrica: ¿su estilo? No: es sólo su retórica. Para alcanzar a disponer de estilo les falta tono de voz: ese sonido que remite instantáneamente al mundo emocional y verbal del poeta y que a la vez es una propiedad que *también* pertenece a la solemnidad de la historia del lenguaje poético; es decir: un misterioso sonido dactilar y suavemente tumultuoso en donde se reúnen el paciente desasosiego de

quien se sabe miembro de una especie formada por «animales inconsolables», sin otra inmortalidad que una viejísima y hereditaria pena, y el rumor subterráneo de la fuente remota del sentir colectivo. («Los hombres somos animales inconsolables»: síntesis que nos obsequió, con una sigilosa piedad, el poeta José Saramago). ¿Estilo? No es sencillo. Nunca lo fue. Y ahora, sobrinos, la pregunta: ¿tres mil libros de poesía al año? ¡Anda ya! ¿Quinientos libros de poesía al año? ¡Anda ya! Prescindiendo



de los Altivos, de los Emperadores que se inclinan hacia nosotros en plural mayestático, de los Cancerberos de los portones del Parnaso... nos quedan unos escasos centenares de jóvenes poetas que se van hospedando en una u otra antología. ¡Ay Gerardo, Gerardo, la marimorena que armaste en 1932! Pero aguardad, sobrinos, que la justicia me invita a matizar: lo malo de esta moda de las antologías de poetas jóvenes, y aun de poetas jovencísimos, no es que hallen hospedaje; al contrario: eso es bueno para ellos, y

también para el conocimiento del estado general de la tensión poética del idioma en una etapa de su larga marcha. Lo malo no es tampoco que las antologías se hayan puesto de moda, pues contribuyen a que la poesía sea un poco más leída que si nadie agrupase a los desconocidos o poco conocidos. No: lo perverso es que casi todas las antologías se confeccionan

Ignacio Tovar:
Sin título. (1999.)

para refutar a todas las demás. No son hospederías de jóvenes poetas: son bom-

barderos con la barriga llena de paracaidistas desprevenidos. Aparece la antología y los pobrecitos poetas caen en la noche al territorio del combate oscilando colgados de sus paracaídas. Cuando llegan a tierra ya les espera el fuego graneado del Enemigo. Se desembarazan de su paracaídas y corren como soldados respondiendo al fuego con sus rifles de repetición, y sin dejar de disparar se arrojan de cabeza a la trinchera. Guerra sin cuartel. «Operación Exterminio llamando a Central, cambio. Aquí Central, fuego a discreción, no dejéis ni uno vivo, cambio. Tenemos sueño, cambio. ¡Ni sueño ni leches! ¡Exterminio total, ni un solo prisionero, cambio y corto!». Creedme, sobrinos, así de insensato se manifiesta el Parnasillo. Apuntad a la barriga, cambio y corto.

Es desesperante, porque he aquí que el nivel medio de calidad de la joven poesía española actual es aproximadamente muy alto. El paisaje lírico general que se reúne con las obras de *todos* los jóvenes poetas es de una variedad estética, de una intensidad emocional, de una riqueza cromática y de un talante libertario verdaderamente interesante. Un lector inocente —un lector sabio— que se limitase a leer toda la joven poesía española y no las opiniones, las descalificaciones, los insultos y los berridos de los atrincherados, quedaría sorprendido y agradecido. (Hablo, claro, de nivel medio, no de geniali-

dad. Hablar del nivel medio para arriba requeriría hacerse cómplice del tiempo y, como sabemos, el tiempo es muy celoso de sus disposiciones). Creo que hace muchos años que en el panorama literario español no había un joven paisaje poético articulado con tanta calidad, libertad y diversidad. Reúne una tensión expresiva y una variedad tonal cuya energía se despliega sobre la palpación del idioma como una bandada de halcones en un excelente ejercicio de cetrería. Lo penoso de todo esto es que muchos jóvenes se comportan con sus colegas como si fuesen nacionalistas. Es decir, con odios africanos (y odios europeos, americanos, australianos y asiáticos, ya que en Europa, Asia, América y Oceanía los odios son africanos, como es bien sabido). Son, en fin, irracionales y rencorosos como nacionalistas. Son paleonarcisistas y vanidosos como nacionalistas. Son cejijuntos y gregarios como nacionalistas. ¡Con lo a gusto que vivirían prescindiendo de sus bucles melancólicos y enviándose sus producciones con amables dedicatorias! Pues nada: se obstinan en comportarse como nacionalistas, naturalmente, hasta que no caigan en la cuenta de que esa soberbia descomunally irrisoria, ese nacionalismo, es la cosa más ridícula que puede ensañarse con cualquier bípedo implume condenado a durar poco, envejecer, desaparecer y ser olvidado, hasta que no asuman ese conjunto de leyes tan viejas, no empezarán a tener lo que la gente bien educada llama *ser*; y por tanto no alcanzarán a disponer de su tono de voz, no gozarán del bienestar de sentirse solos y por lo tanto juntos en la formidable aventura común de ir conquistando la palabra poética. Y ahí es donde está el cascabel del gato: ¿cómo se conquista la palabra poética? Juan Luis, Ana, sobrinos: os confieso que no lo sé. Y como no lo sé, no lo digo.

Ignacio Tovar:
Sin título. (1998.)

Tengo algunas sospechas, sin embargo. A mi edad, uno ya tiene sospechas, puesto que sobre los enigmas que forman lo que pomposamente llamamos experiencia los años no son siempre completamente inútiles. Una de esas sospechas invita a prestar atención a un endecasílabo famoso. Quien quiera que fuese su autor, supo no sólo que las esperanzas cortesanas son desasosiegos muy apropiados para el arte de encanecer, sino también que toda criatura prudente «igual con la vida el pensamiento». ¿Habéis oído?

ya ni siquiera pueden leer de corrido: les pones delante una página de Machado y les bailan las líneas, y entonces parpadean sin tino ni medida, como si tuvieran legañas. Un artista no es nunca un legañoso. Un artista ve tanta pena fuera como dentro de sí.) «Iguala con la vida el pensamiento»: no es demasiado consejo. Sólo que esa moral no está de moda. Aunque no hay que desesperar: las modas no son asunto duradero. Un cálculo apacible nos informa de la existencia de tres o cuatro modas cada década. En las cua-



¡«Iguala con la vida el pensamiento»! Ya sé: no vivimos tiempos de impregnación estoica, ni ese reposo de verlas venir ha sido nunca costumbre generalizada en los jóvenes ni en los artistas. (Dicho sea de paso: mucho cuidado con la palabra *artista*, que hay individuos que se encaraman hasta lo alto de ese vocablo como quien sube solitario a un *podium* y se olvidan del oficio de ser persona; hay gentes que se acorazan dentro de la palabra *artista* y poco a poco se van haciendo invulnerables y se quedan pesados de movimientos y homogéneos con su cota de malla: lo que solemos llamar insolidarios. Hay que tener cuidado con la palabra *artista*: deslumbra tanto que puede ocasionar presbicia moral. Yo conozco poetas con una presbicia tan enorme que

tro décadas que llevo yo siendo testigo de la conturbación del parnaso he visto ascender con urgencia y descender vertiginosamente, y hasta desmoronarse, a muchos nombres propios, a varios grupos de lírica prefabricada y a unas cuantas «escuelas» promovidas hasta la carcajada por centros de poder editorial. Verbigracia, sobrinos: ¿tenéis idea de una cosa que tuvo mucho fuste y que venía de Francia y se denominaba «escuela de la mirada»? Pues bien: os regalo fotocopia de una partitura casi desconocida de Santiago de Murcia si, además del nombre de Alain Robbe-Grillet, notable ingeniero según las aceradas lenguas, sois capaces de recordar los nombres de otros tres o cuatro oftalmólogos de aquella genial escuela que

en su día fue cansina y hoy ha alcanzado ya el rango de antediluviana. Y es que, claro, no igualaban con su vida el pensamiento, o no lo bastante, y así pasa lo que tiene que pasar: la moda. (Por cierto: acabo de consultar el *Pequeño Larousse*, con «sesenta mil artículos, siete mil ilustraciones e innumerables mapas», en su edición española de 1980, que reproduce la edición francesa de 1972, época de impetuosa gloria de aquella remota «escuela de la mirada», y resulta que monsieur Robbe-Grillet... *no viene*. Es asombroso: no aparece. Para que luego acusemos a los franceses de ser muy suyos.)

«Iguala con la vida el pensamiento»: aunque esa deontología no abarrote los escaparates de las librerías ni la recomienden de forma testaruda los profesores de literatura (que ahora andan muy ocupados con una variedad de autopsia a la que llaman deconstrucción; penélopes extenuadas que reciben la mirada misericordiosa de Polimnia y de Erato, y me parece que también de Melpómene y de Calíope), no parece ni ocioso ni caduco igualar con la vida el pensamiento. Lo malo, en esto como en todo, es la dificultad de reunir al gato con el cascabel. No es nada sencillo, no lo fue nunca y los futurólogos no ven muy claro que alguna vez vaya a ser fácil. Por ejemplo: ¿quién es el valiente que se atreve a ser profesor de instituto en capitales de provincia, a quedarse viudo en plena juventud, a disiparse tranquilamente en la tertulia de la rebotica, a irse de putas sin que lo sepa nadie, sin presumir, a viajar en tercera, a vivir en la calle de los Desamparados, a ser republicano de verdad y no obstante atreverse a llamarle «la sombra de Caín» a la codicia popular, a escribir sobre las moscas, a enamorarse de una señora casada y depravadamente púdica y sin embargo llamarla «diosa mía», a perder una guerra y, finalmente, a morirse, tan viejo como su madre, en un lugar que se llama Collioure? ¿Quién se atreve a vivir una vida como esa a

cambio de unas pocas soledades y unas cuantas galerías y algunas canciones y un par de heterónimos y un poco de ceniza en las solapas de la chaqueta? ¿Quién? Escudriña uno con la linterna de Diógenes los corredores del parnaso buscando esa variedad de antonios y no encuentra ni uno. Lógico. Pero es que ni uno, oiga. Ni la sombra de uno. Ni la sospecha de uno. Ni el proyecto de uno. Joder, cómo es posible. Pues tal como lo estás oyendo: ¡ni uno, leche! (Hay, sí, admiradores de ese antonismo: Dios se lo pague. Que se lo paga: suelen ser los mejores poetas de las últimas tres generaciones.) Y entonces, a causa de un mecanismo de compensación que no se omite en el *Catón* de la psicología, aparecen algunos escritores de versos de quinta o sexta fila, abomban el pecho como palomos, doblan su brazo derecho para sacar bíceps, miran con desdén a la concurrencia, abren su boquita lírica y pronuncian con todo desparpajo: «A mí es que Antonio Machado me aburre». Toma del frasco. Otros, más cosmopolitas, se conforman con expresar que la poesía de César Vallejo les produce un poco de asco. Continúa tomando del frasco. Otros, más modestos, por así decir, se conforman con despreciar a Miguel Hernández. ¡Pero bueno, qué es lo que ocurre aquí! ¿Qué ictericia deontológica se inmiscuye en la célula hepática de tanto vatecillo inflado de transaminasas, de atrevimiento y menosprecio, alguien sabe, me hace el favor, suplico? «Es que Miguel Hernández murió tan joven que el pobre no tuvo tiempo de...», ¡y si les das en la cabeza con una estrofa de Miguel Hernández se desmoronan como sacos! Don Pío Baroja lo expresó con su precisión habitual: «La estupidez humana no tiene remedio». Así dijo. Y un sacerdote llamado Osvaldo Lira, tal vez previniendo que los melindrosos contra la poesía que lleva Tiempo dentro habrían de engordar con unos curiosos nutrientes que exhala la posmodernidad, reflexionó

con la preocupación propia de su piadoso oficio: «Estoy persuadido de que el número de imbéciles es infinito ¡y aumenta progresivamente!». Lo que traducido a lenguaje poético, como nos lo recomendaba Juan de Mairena, vendría a significar que algunos escritores son sordos como tapias: no les llega el sonido machado, ni el sonido hernández, ni el sonido vallejo, no tienen las orejas sánchez, ni les gusta besarle sus dos carrillos a la vida, se cogen la poesía con papel de fumar, examinan con mucha atención el aspecto de las palabras de la calle, no vaya a ser que las palabras de la calle tengan gonococos, ponen enormes mastines de exquisitez a la puerta de sus artilugios líricos para evitar que se acerquen las emociones... y en consecuencia, en lugar de igualar con la vida el pensamiento, se encaraman hacia el Olimpo mayestático, petrifican sobre sus comisuras una mueca de desdén para que se les note bien notado que son los albañiles de la modernidad, y establecen la dirección por donde tiene la obligación de caminar la palabra poética. Y así, con mucho fuste, desde su autoproclamación de albañiles de lo moderno, arremeten contra los aparejadores de la permanencia y, en vista de que no reciben de premio una sagrada hostia del padre Lira, al otro día se atreven a volverles la espalda a los arquitectos de la poesía que ya ha alcanzado a ser intemporal: y en vez de sospecharse disminuidos emocionales se suponen iconoclastas, ¡encima! Pero todo esto, sobrinos, en realidad no es alarmante. Ridículo sí, no lo niego, pero alarmante no: porque la mayoría de los poetas jóvenes intuyen o incluso saben bien sabido que esas ocurrencias de quienes coquetean con la poesía no son de recibo, y sospechan o saben bien sabido que lo que corresponde no es coquetear con la poesía: hay que acostarse con ella. Con esto no se juega, nene: que no se pasaron la vida entera haciendo oído como expertísimos cazadores de sonido poético señores como Juan Ramón

Jiménez o Rainer María Rilke para que ahora vengan ustedes con sus estrépitos de codiciosos de la fama, con su bullicio de afán de poder, con su alboroto de narcisismo mal rumiado, y dejen el Parnaso engorriado de soberbia, y confundan ustedes el nombre propio de la palabra poética con el eventual apellido que ni siquiera es suyo, pues lo heredaron de su señor padre. Y por cierto, y como ya dije: el lenguaje también es una herencia, y si os creéis dueños de esa maravillosa donación y no sus servidores, ya podéis dedicar la vida entera, la única que tenéis, a echarle angustioso carbón a la locomotora que rueda hacia Estocolmo, pero habréis renunciado a entrar, «cuando en la tarde fría brille un balcón en la desierta plaza», a la desierta plaza en donde os aguardaban el alivio y el resplandor de lo misterioso. ¡Lo que os habéis perdido! ¡Y todo por correr despendolados tras un oasis que se llama La Fama, un oasis que está dibujado en la arena con lápices de arena, y que se derrama como la arena por entre los dedos de vuestros atónitos biznietos!

Amigos míos: os imagino leyendo esta carta y mirándoos uno a otro con cara de: ¿Adónde quiere ir a parar el lírico con todas estas divagaciones? Sois desagradecidos: divago por pudor. ¿Imagináis lo que le cuesta a un impudoroso someterse a las horrendas leyes del recato? Pero, además, estas páginas no son divagaciones: han sido el prólogo de un ofrecimiento que quiero y debo hacerlos para ayudarlos a resolver un problema que he sospechado que tenéis. Ese problema podría ser, dicho sea con una delicadeza impropia de mí, una presunta anemia en el análisis clínico de vuestras finanzas, que al fin y al cabo no sois rentistas, notarios, consejeros de banca, traficantes de cocaína, lavaderos de dinero negro... sino meros mendigos disfrazados de vendedora de bragas en los subterráneos del *Metro* y disfrazados de verdugo de Juan Sebastián Bach en el mismo teatro de operacio-

nes. Puestos a lo peor, hasta pudiera ser que durante la cuesta de enero se os haga cuesta arriba pagar el alquiler de vuestra residencia. Recordaréis que el día en que fui por primera vez a vuestra chabola ya os avisé de que lo pertinente en dos jóvenes que se aman de forma tan impudicamente maravillosa como os amáis vosotros no es pernoctar en una casita homeopática, por muchos cojines que Ana ponga en el suelo para disimular, sino que lo adecuado era que emuláseis al señor Boyer y a la señora Preysler. Vuelo ahora a recomendaros lo mismo, pero esta vez lo haré con datos. No sin antes señalar una precisión: creo recordar que os dije que la caseta del perro de los señores de Boyer tiene calefacción. Si os lo dije fue una injusticia. Pero: fue una murmuración. No me consta que esa casa canina haya sido construida con calefacción incorporada: me he pasado una hora revisando información sobre la casa de Isabel Preysler y Miguel Boyer y no he encontrado ni un indicio de que su perro no esté sujeto a los rigores de la calor y las inclemencias de los cierzos de enero. Posiblemente repetí como un papagayo una de esas malevolencias que propaga la envidia. Lo que sí he podido comprobar en el número 2517 de la revista *¡Hola!*, con fecha 5 de noviembre de 1992, 210 pesetas IVA incluido, 225 pesetas en Canarias, es que la mansión de los señores de Boyer es más postinera que la vuestra. Sin demorarme en demasiados detalles, e incluso sin ordenar los detalles de menor a mayor ni viceversa, ya que lo que pretendo es ir al grano, os informo de que esa mansión tiene, a saber: fachada con detalles de granito, lucernario «de grandes dimensiones», alfombra persa, un cuadro de Sotomayor, biblioteca «en roble oscurecido», chimenea francesa de mármol negro con vetas claras, un *puff* grande «realizado de una alfombra turca», una mesa de trabajo Luis XVI, un espejo del siglo XVIII, un Tàpies, una mesa inglesa para catorce comensales,

una lámpara de cristal de La Granja, una colección de porcelana china, candelabros de plata, un reloj de pared Luis XIV, acá y allá luces halógenas, un tapiz del siglo XVII de tema mitológico, un bonsai, una piscina de invierno, un jardín, un suelo de granito «con detalles de ladrillo en sardinel», una casita de juegos de madera cuyo interior «parece traspasar el umbral de lo real para convertirse en el más mágico de los cuentos», sótano, sala de máquinas, platos y sopera de la dinastía Ming, un grabado de Picasso, cuatro cuadros de Vicente Rojo, dormitorios, cuartos de baño, caseta para perro, pista de *paddle*, muchísimos libros y, en fin, y para no ensañarme con vosotros a causa de vuestra incalificable indigencia, todo cuanto el buen gusto y el buen pasar pueden introducir en una superficie edificada de 1370 metros cuadrados, superficie cuarenta y seis veces más grande que la de vuestro vergonzoso tugurio. «Es un poco grande, sí (admite la señora de Boyer), pero he intentado que sea, por encima de todo eso, muy acogedora. Ni mi marido ni mis hijos podrían vivir en una casa fría, sin un ambiente acogedor», declaración que no desmienten las treinta páginas interiores a cuatricomía y la portada del *¡Hola!* que tanta inexplicable envidia disfrazada de indignación motivó en muchos socialistas en el invierno de hace cuatro años. La palabra clave, sobrinos, es «acogedor». Ambiente acogedor. «Por encima de todo eso», una casa tiene que ser acogedora. Sinceramente, Ana: vuestra casa, por muchos cojines con que pretendas distraer la perspicacia de vuestros invitados, no es tan acogedora como la mencionada. No lo es, Juan Luis, las cosas como son. Y os diré más: vendiendo abalorios y tocando la guitarra en los subterráneos del *Metro*, no lo será nunca. De modo que se impone un golpe de timón. Tenéis que montar un negocio rentable. Y yo sé cuál es: editar y vender antologías de la joven poesía española.

Aguardad, no os tronchéis de risa, que la cosa no va de coña. El éxito es inexorable si se apoya en los siguientes requisitos: a) reúnanse ciento cincuenta páginas de una docena de poetas menores de equis años; b) antepóngase un prólogo inconcebiblemente elogioso que pruebe, sin argumentos, pero con generalizaciones bien redactadas, que sobre esa docena de apóstoles descansa el milagro de la poesía española del siglo XXI (me ofrezco a perpretar ese engañabobos, a condición de firmar con un nombre exótico); c) se edita el volumen providencial en la imprenta de un amigo mío que, además de ser discreto, nos haría precio de costo; d) se consulta el ISBN del año pasado para confeccionar un listado de los tres mil mame-lucos y treinta poetas que publicaron libro en el dicho año; e) se consigue — con dificultad, que las grandes empresas requieren esfuerzo— el mayor número posible de direcciones de los incontinentes líricos; f) se tiene muy en cuenta la naturaleza de nuestra especie en general y la de nosotros los escritores en particular, una de cuyas leyes es aquella que establece la progresión emocional envidia-odio-resentimiento, trinidad evidente para quien no tenga telarañas en la mirada de su entendimiento, y yo no las tengo, que a mi edad no puedo consentirme silbar haciéndome el distraído ante el espectáculo abyecto de la raza humana; y g) se redacta una carta circular para estimular en sus destinatarios la envidia, el odio y el resentimiento arriba consignados, a ser posible en proporciones colosales, y sin omitir un halago al ciclópeo narcisismo de nuestro gremio; aquí incluyo modelo provisional, que puede y *debe* ser mejorado en cuanto a su rastro cinismo: «Admirado poeta: un despreciable antólogo que ha tenido la precaución de no manifestarse con su nombre acaba de editar una antología nauseabunda en la que unos despreciables plumíferos se proponen como

Ignacio Tovar:
Sin título. (1998.)

ejemplo exclusivo de la lírica moderna y futura en nuestro país. El volumen reúne tanta bajeza, así en su prólogo como en las páginas irrisorias de los antologados, que he resuelto comprar la edición, para que ni un solo ejemplar pueda insultar la buena fe de los lectores desprevenidos, y porque todos esos libracos sean, primero, conocidos por los poetas auténticos y, después, arrojados por ellos a los estercoleros. Como ya habrá imaginado, usted —¡usted!— no figura en esa antología, lo que añade un nuevo sarcasmo a la provocación en



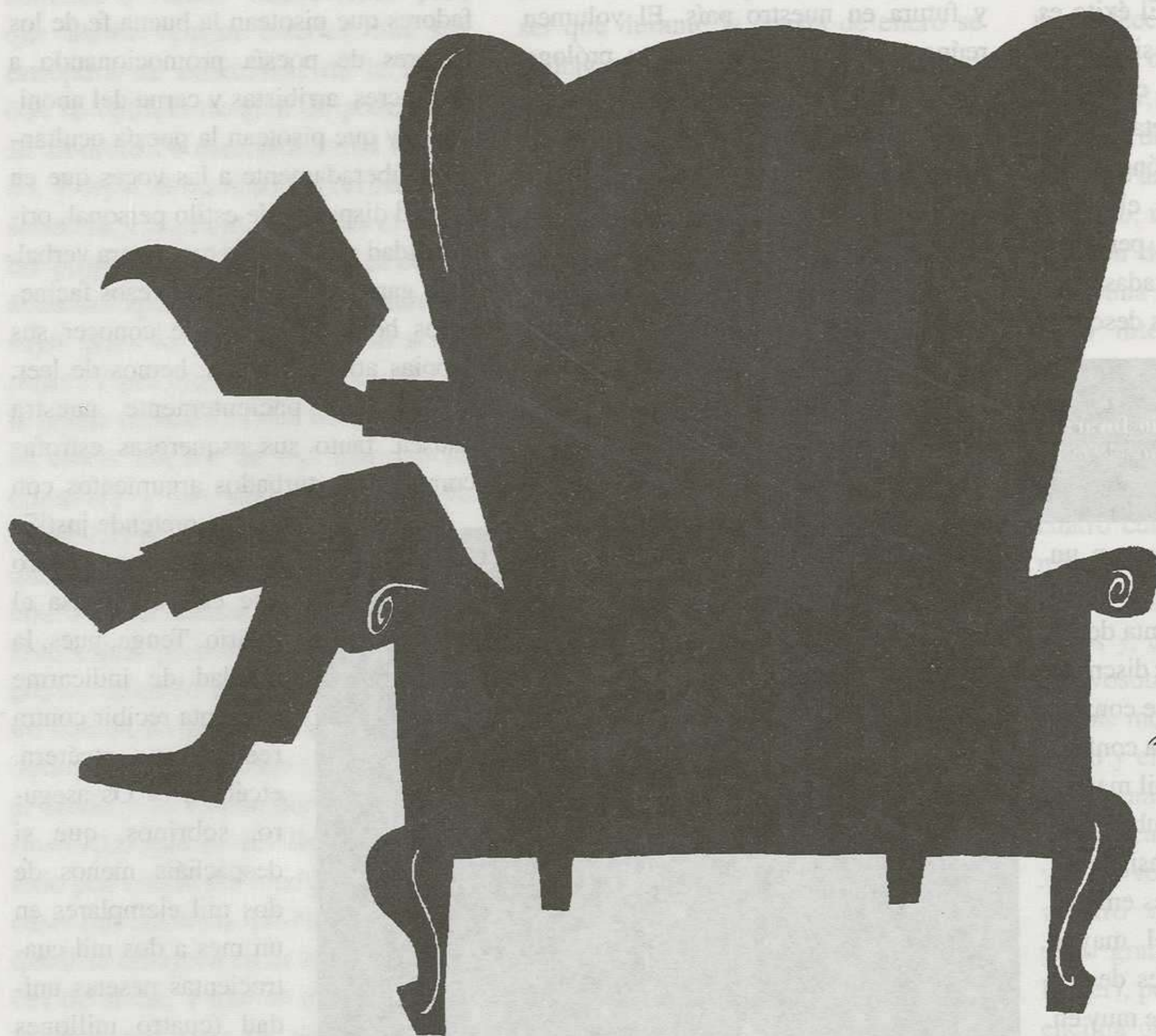
que dicho libro consiste, y hasta, si no he olvidado el arte de leer entre líneas, en el prólogo se contiene algún párrafo que parece señalarle a usted con cierta mofa, lo que ya pasa de ser una inmundicia y alcanza la naturaleza del escándalo. Desearía compartir con usted la pesadumbre y la indignación que me sofocan ante esa reunión de advenedizos apadrinados por un delincuente. Hemos de combatir la injusticia que se comete contra la verdadera poesía y

hemos de destruir a esos antólogos estafadores que pisotean la buena fe de los lectores de poesía promocionando a mediocres, arribistas y carne del anonimato, y que pisotean la poesía ocultando deliberadamente a las voces que en verdad disponen de estilo personal, originalidad y altísima temperatura verbal. Para ganarles esta guerra a esos facinerosos hemos primero de conocer sus propias armas, esto es, hemos de leer, conteniendo pacientemente nuestra náusea, tanto sus asquerosas estrofas como los perturbados argumentos con

que se pretende justificarlas con un descaro que casi sobrepasa al delirio. Tenga, pues, la bondad de indicarme si acepta recibir contra reembolso, etcétera, etcétera...» Os aseguro, sobrinos, que si despacháis menos de dos mil ejemplares en un mes a dos mil cuatrocientas pesetas unidad (cuatro millones de pesetas limpios, después de pagar la factura del impresor: los gastos de correo se cargan al reembolso) es que no merecéis ser comerciantes, ni casi haber nacido, como hubiera rezongado Ciorán si hubiera tenido el infortunio de cruzarse con vosotros en un túnel del *Metro*. En

fin, Juan Luis: ya que Ana y tú estáis metidos hasta las cejas en la economía sumergida, ¿por qué no aprovechar la horrible vanidad de mi casta para convertirnos en millonarios? Ya que así lo dudáis, probadlo al menos. □

La cultura pasa por aquí



AV Monografías

Ábaco

Academia

ADE-Teatro

Afers Internacionals

África América Latina

Ajoblanco

Álbum

Archigula

Archipiélago

Archivos de la
Filmoteca

Arquitectura Viva

Arte y parte

Astrágalo

Atlántica Internacional

L'Avenç

La Balsa de la Medusa

Bitzoc

La Caña

CD Compact

El Ciervo

Cinevideo 20

Clarín

Claves de Razón Práctica

CLIJ

Con eñe

El Croquis

Cuadernos de la
Academia

Cuadernos de Alzate

Cuadernos
Hispanoamericanos

Cuadernos de Jazz

Cuadernos del Lazarillo

Debats

Delibros

Dirigido

Ecología Política

Er, Revista de Filosofía

Éxodo

Experimenta

FotoVideo

Gaia

Goldberg

Grial

Guadalimar

Guaraguao

Hélice,
revista de poesía

Historia, Antropología y
Fuentes Orales

Historia Social

Ínsula

Intramuros

Jakin

Lápiz

Lateral

Leer, el magazine
literario

Leer en primavera,
verano, otoño, invierno

Letra Internacional

Leviatán

Litoral

Matador

Melómano

Nickel Odeon

Nueva Revista

Ópera Actual

La Página

Papeles de la FIM

El Paseante

Política Exterior

Por la Danza

Primer Acto

Quaderns
d'Arquitectura

Quimera

Raíces

Reales Sitios

Reseña

Revista HispanoCubana

Revista de Libros

Revista de Occidente

Revista Atlántica de Poesía

Ritmo

Scherzo

El Siglo que viene

Síntesis

Sistema

Temas para el Debate

A Trabe de Ouro

Turia

Utopías/Nuestra
Bandera

Veintiuno

El Viejo Topo

Visual

Voice

Zona Abierta



Asociación de
Revistas Culturales
de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infor.net.es



LA GUERRA DE LAS **CIENCIAS**

Aunque siempre haya existido una tensión entre las ciencias de la naturaleza, frecuentemente denominadas «ciencias duras», y las ciencias sociales, correlativamente llamadas «ciencias blandas», nunca se había llegado a una situación de conflicto verbal tan encendido como el que se ha producido durante los últimos cuatro años. Alan Sokal, profesor de Física de la Universidad de Nueva York, y Andrew Ross, profesor de Estudios Americanos en la misma universidad, han sido los iniciadores de un conflicto que crecía a combustión lenta desde años anteriores. Una polémica desatada en torno a la ciencia, a la idea que se tiene de ella y a lo que se puede decir de sus relaciones con la sociedad que ha arrastrado a terciar en ella a físicos, sociológicos, antropólogos e historiadores de ambos lados del Atlántico. La comunidad filosófica francesa se ha sentido tocada en su pundonor intelectual y ha tenido su jefe de filas en Bruno Latour, un genuino heterodoxo hasta para los más radicales estudiosos de los estudios culturales de las ciencias. Se representan en el cuaderno central algunos aspectos de la polémica, aunque para conocerla de forma más precisa haya que acudir a la abundante bibliografía disponible en Internet.

Javier Ordóñez

Sin novedad en el frente

Parece ser que hacia abril de 1996 estalló una guerra que todavía continúa, un conflicto del que es tan difícil saber cual fue el momento de su inicio como el perfil de los contendientes. Para describirlo quizá sirva la imagen de la justa entre caballeros, ya que esa contienda se ha personalizado tanto que aparece generalmente ligada a nombres propios tales como Sokal y Latour; estandartes para las filas de dos ejércitos de contornos tan borrosos que habitualmente se designan con dos simples palabras: «los científicos» y «los posmodernos». Cualquiera que se asome a Internet puede ver los efectos mediáticos de esa disputa. Multitud de direcciones en la red dan cuenta de los incidentes que han tenido lugar desde 1996, los *web* se multiplican en todos los idiomas y se mantienen actualizados con extraordinaria diligencia. Todo parece indicar que esta guerra goza de una excepcional buena salud. Periódicamente, los jefes de filas ajustan sus argumentos y bien publican un artículo o un libro, bien conceden una entrevista o dan una conferencia para mantener caldeado el ambiente. Sin embargo, hoy en día resulta tan sorprendente que una polémica intelectual genere tamañas pasiones que conviene observarla con detenimiento sin dejarse llevar por los rumores que acompañan a este tipo de acontecimientos.

En apariencia, y desde un punto de vista formal, todo lo desencadenó un artículo escrito por un profesor de Física de la New York University para una revista llamada *Social Text*, titulado «*Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity*» («Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica»). El número de la revista mencionada estaba a cargo del profesor Andrew Ross y era un volumen especial que debía aparecer bajo la rúbrica de *La guerra de las ciencias*. El editor pretendía hacerse eco de una polémica que se había engendrado en la década de los ochenta cuando se comenzó a hablar de la *guerra entre culturas* y que tuvo su mayor exponente en los noventa en un libro escrito por un biólogo, Paul R. Gross, y un

matemático, Norman Levitt, titulado *Higher Superstition* («Alta superstición») aparecido en 1994, donde se atacaba la frivolidad que a su juicio subyacía en muchos análisis de la ciencia hechos por posmodernistas americanos. Su publicación ponía de manifiesto la existencia de una *guerra soterrada de la ciencia* entre los «conservadores» de la ciencia y sus flageladores, de forma que el volumen de *Social Text* pretendía dar una oportunidad a los flageladores para explicar sus ideas y proporcionaba un espacio editorial donde expandir sus argumentos y poder mostrar una nueva forma de percibir y concebir la crítica a la ciencia tradicional. El conocimiento científico se halla, a juicio de Ross, demasiado comprometido con el desarrollo excesivo de las investigaciones nucleares, biotecnológicas y químicas. Así, según él se había producido una reacción social contra la ciencia que oscilaba entre el escepticismo y la fobia. En *La guerra de las ciencias* se proporcionaba una oportunidad a las nuevas alternativas emergentes, comprometidas con la sociedad, para que explicaran sus puntos de vista frente a las perspectivas de las «élites» científicas tradicionales.

En *Social Text*, tanto Alan Ross, editor del volumen especial, como Stanley Aronowitz, editor de la revista, y los autores que publicaban en dicho volumen especial cultivaban un nuevo tipo de estudios que había recibido el nombre de *cultural studies* (estudios culturales) y *science studies* (estudios o investigaciones sobre la ciencia) y que se habían expandido por numerosas universidades americanas y anglosajonas a partir de la década de los ochenta, con suficiente éxito entre el alumnado como para adquirir una notable visibilidad. Debajo de todos estos estudios bullían ideas filosóficas muy diversas, desde el constructivismo del programa sociológico fuerte que defendía que las teorías científicas no era otra cosa que construcciones sociales, hasta las posiciones curiosamente más disolventes y por lo



tanto menos constructivas de los filósofos franceses más en boga como Lyotard, Derrida, Baudrillard y Latour. El hecho es que esos autores franceses contemporáneos habían alcanzado una notable influencia entre los estudiantes americanos de las últimas décadas.

En ese contexto de renovación y de «subversión» era muy importante conseguir que se implicaran gentes «del otro lado» de la guerra, es decir científicos duros, cuyos representantes más conspicuos podían ser los físicos, que se atrevieran a entrar en el juego de la renovación y mostraran el carácter cultural de sus herramientas conceptuales. Por eso fue tan importante el artículo de Alan Sokal, quien tenía por una parte pedigrí de buen científico por sus publicaciones especializadas reconocidas por su comunidad, y a la vez un estimable marchamo de progresista por haber enseñado en la Universidad Autónoma de Nicaragua durante el gobierno sandinista. Aparentemente, su artículo era muy comprometido con la renovación científica y se solidarizaba con la nueva subversión del orden científico establecido. El aparato crítico usado era tan impresionante que difícilmente pudieron dudar los editores de la fe del nuevo converso.

Efectivamente, se publicó el número de *Social Text* pero dos meses más tarde apareció otro artículo de Alan Sokal en *Lingua Franca* con el título *A Physicist's Experiment with Cultural Studies* («El experimento de un físico con los estudios culturales»). En este texto explicaba cómo a lo largo del artículo publicado en *Social Text* había introducido una serie de proposiciones e ideas científicamente absurdas, totalmente gratuitas y absolutamente carentes de interés. Llamaba la atención sobre la falta de criterio de la revista que había admitido y publicado su artículo sin percibir el engaño, lo que a su juicio mostraba la absoluta ignorancia de sus editores acerca de una ciencia, la física, de la que frecuentemente se erigían en inquisidores. ¿Cómo tomar en serio una comunidad intelectual con este perfil? Fácilmente se concluía, siguiendo a Sokal, que las posiciones intelectuales de los defensores de los *cultural studies* eran



tan irrelevantes y gratuitas que no podían ser tomadas en serio por ninguna persona que dedicara su tiempo a la ciencia. Parecía deducirse de las consideraciones de Sokal que las guerras de culturas o la guerra entre las ciencias eran sin duda contiendas más bien parecidas a las guerras de religión. Al final de su artículo en *Lingua Franca* aseguraba Sokal: «Estoy del mismo lado que los editores de *Social Text*. Pero soy izquierdista debido a la evidencia y la lógica y no a pesar de ella». Esta afirmación no obstante no le ahorró a Sokal ser considerado enemigo por aquellos a los que había ridiculizado.

Todo este asunto provocó un gran revuelo en las universidades de Nueva York y en el mundo académico norteamericano. Finalmente la polémica llegó al continente europeo, especialmente a Francia. Pero la marea llegó con una sospecha. ¿El engaño de Sokal era simplemente una broma de mal gusto? ¿Realmente ponía en entredicho los trabajos que llevaban a cabo los defensores de los *cultural studies*?

No fue fácil dar una respuesta entonces, pero llama la atención que un periódico como *The New York Times* abriera sus páginas a la polémica. Ese hecho es un indicio de las dimensiones que llegaría a tomar el *affaire Sokal*, como se comenzó a llamar. Y como siempre ocurre en estos casos, se buscaron los antecedentes de esta guerra. En realidad, el conflicto que mencionaba Ross había tenido sus escaramuzas antes de 1996. Efectivamente, Bruno Latour y Steve Woolgar ya habían entrado en contacto con los científicos «buenos», con los laboriosos protagonistas de la labor experimental de la ciencia, para dar su versión acerca de cómo se construía la ciencia. El resultado fue una obra publicada en 1979: *Laboratory Life. The Social Construction of Scientific Facts* (*La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, publicado en castellano en Alianza en 1995) que tuvo una notable repercusión entre los científicos sociales. En este ensayo sus autores intentaron «desmitificar» la vida de los científicos en un

LLAMA LA ATENCIÓN QUE EL «AFFAIRE SOKAL» HAYA COBRADO TAN NOTABLE VIRULENCIA EN EL MUNDO ACADÉMICO Y MEDIÁTICO.

laboratorio, relativizar su modo de actuar, bajo la suposición de que los grupos de gente que forman parte de un laboratorio pueden ser descritos con las mismas técnicas antropológicas con las que se analiza una tribu. ¿No se podía ver la broma de Sokal como una respuesta a esa intromisión? La acción de Sokal se podría interpretar como un intento de aplicar los métodos de la física a los *cultural studies* con el mismo derecho que permitió a Latour o Woolgar aplicar los métodos de la antropología a la ciencia experimental. Pero si era legítimo preguntarse si habían dado Latour y Woolgar con el modo secreto de actuar de los científicos en los laboratorios, también era razonable cuestionar el poder falsador de la trampa de Sokal. Pero el desarrollo posterior de la historia no pasó por debates metodológicos sino que se convirtió en un asunto de prestigio entre las diversas comunidades implicadas.

Así, lo que llama la atención del *affaire Sokal* es la virulencia que ha llegado adquirir y la serie de descalificaciones que ha generado. Pero si se supera esta primera impresión se tiene la certeza de no estar ante un asunto banal ni ante una pelea de patio de vecinos. Lo discutido afecta seriamente a la concepción que se tenga de la ciencia, tanto desde un punto de vista estructural como dinámico o social. Las opiniones vertidas desde junio de 1996 se encuentran hoy profusamente reproducidas en libros, artículos, entrevistas, réplicas que aparecen en revistas convencionales y electrónicas. Tanto, que es difícil aventurar opiniones matizadas sobre todo el proceso y que tales opiniones no provoquen reacciones encendidas y hasta cierto punto bastante viscerales. ¿Pero en qué guerra no se sacrifican a los mensajeros?

Efectivamente, ya hemos insistido en que la polvareda de discusiones se ha levantado bajo el nombre de guerra. La metáfora bélica parece tener un atractivo indudable para los contendientes porque se habla de bandos, *casus belli*, estrategias de com-

bate, vencedores y vencidos, batallas que no ganan la guerra, victorias pírricas, guerra de posiciones y armisticios. También propicia la aparición de traidores, agentes dobles, exigencias de fidelidad y desprecio de las posiciones tibias que son castigadas con la exclusión y el destierro, en el mejor de los casos. No hay bandos neutrales, una especie de Suiza epistemológica donde esconder los valores. Todo parece ser frente de batalla, al menos entre los que están involucrados. Afortunadamente, hasta ahora todo ha quedado en una pura contienda verbal. Pero no hay que confiarse ya que las palabras pueden llegar a ser verdaderas armas.

Semejante retórica belicista se ha desarrollado a pesar de que en principio todos interpretaran la actitud de Sokal como una burla. Unos la consideraron un chiste de mal gusto, como lo denominó Stanley Fish en *The New York Times* del 21 de mayo de 1996, «*Professor Sokal's Bad Joke*» («La broma pesada del profesor Sokal»), mientras que para otros era un asunto divertido que no obstante merecía la pena tomar en serio. Este fue el caso del pronunciamiento de Steven Weinberg en *The New York Review of Books* del 8 de agosto de 1996 en su artículo «*Sokal's Hoax*» («La burla de Sokal»).

Indudablemente, con su entrada en escena, Weinberg, con su indudable prestigio en el mundo científico y académico, acudía en ayuda de Sokal y convertía la «broma» en un asunto mayor. El método de este último podía haber sido satírico pero la intención, no. En este caso, un físico de gran prestigio acudía en ayuda de otro físico que había tenido el valor de tender un ardid para poner de manifiesto la incapacidad de los editores de *Social Text* para distinguir entre la pura charlatanería y un discurso científico. La intervención de Weinberg tuvo un efecto multiplicador de la crítica de Sokal al hacerse eco de ella como un representante de la denostada élite. De este modo, la contienda alineó a los físicos contra los nuevos filósofos.

El siguiente paso de Sokal fue coherente con el planteamiento bélico en la mejor tradición estratégica, es decir, persiguió el aprove-



Alan Sokal

La física y sus metáforas

chamiento del éxito. En realidad con su actuación no había refutado las tesis de los constructivistas ni había dado ningún argumento a favor de la «objetividad científica». Más bien se había limitado a mostrar que sus adversarios eran incompetentes cuando hablaban de ciencia. Hasta entonces se había comportado como un científico perteneciente a una antigua aristocracia intelectual, la de los físicos, que desacredita a un adversario a quien en principio no siente la necesidad de refutar y hasta entonces su análisis se había reducido a un solo caso. Por lo tanto, a continuación debía mostrar que el desconocimiento sobre la ciencia mostrado por Ross no era una excepción sino algo habitual entre los nuevos filósofos. Y si había atacado con crueldad la filosofía francesa irresponsable que se había instalado en el campo de la ciencia era el momento de acudir a su terreno, buscar allí aliados y exponer sus argumentos delante de sus enemigos. Así, Sokal se alió con otro físico de la Universidad de Lovaina llamado Jean Bricmont y publicaron en francés *Impostures intellectuelles* (*Imposturas intelectuales*, publicado en 1999 en castellano por Paidós a partir de la edición inglesa aparecida en 1998). A lo largo de sus páginas los autores iban desgranando ejemplos de textos de filósofos como Julia Kristeva, Bruno Latour, o Guilles Deleuze con el fin de mostrar la falta de sentido científico de sus autores.

Para cuando apareció el libro ya se habían publicado artículos de Natalie Levisalles y Bruno Latour en los periódicos *Libération* y *Le Monde* que fueron contestados por Sokal. Después de la salida a la calle de *Impostures intellectuelles* arreció la polémica y se publicaron artículos en diversos medios británicos, franceses y norteamericanos que mediaron en ella. Llama la atención una vez más el tipo de argumentos esgrimidos por Latour contra el libro de Sokal y Bricmont. Según su interpretación, todo era producto del fin de la guerra fría. Un resultado del temor secreto de los físicos a quedarse sin trabajo en el nuevo orden mundial. Sin duda, a muchos les produjo un gran regocijo esta *boutade* del impenitente niño terrible Bruno Latour que esgrime un hecho cierto, la merma de influencia los físicos en el concierto global de la ciencia norteamericana, para la defensa de su propio descrédito. Pero los que no pertenecemos a ninguno de los dos imperios, ni al norteamericano ni al francés, o bien nos

Narrativas hispánicas

MARCOS GIRALT TORRENTE



© Luis Asín

XVII Premio Heralde de Novela

MARCOS GIRALT TORRENTE

París

Premio Heralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ANAGRAMA
30 AÑOS 1969•1999

sentimos en la periferia de ambos, podríamos interpretar los arranques de ingenio de Latour como una manifestación del poder gaullista, de su *force de frappe*. Bien mirado, la simpatía que levantó Bruno Latour con sus comentarios maliciosos era sin duda semejante a la que suscitó Sokal entre los físicos, incluso entre los más dispuestos a aceptar una discusión sobre el papel social de la ciencia, cansados de tanta verborrea posmoderna.

Pero el siguiente paso significativo fue la respuesta que prepararon historiadores, filósofos y científicos franceses, británicos, belgas y americanos en un nuevo libro aparecido en otoño de 1998 bajo el título *Impostures scientifiques. Les malentendus de l'affaire Sokal* («Imposturas científicas. Los malentendidos del *affaire Sokal*») en la editorial La Decouverte de París. Editado por Baudouin Jurdant, pretendía aportar un conjunto de reflexiones que permitiera serenar el ambiente. Finalmente, la respuesta de Bruno Latour ha llegado en forma de un ensayo recientemente publicado de título *Politiques de la nature: comme faire entrer les sciences en démocratie* («Políticas de la naturaleza: cómo hacer entrar las ciencias en la democracia») (La Decouverte, París, 1999).

Básicamente estas han sido las etapas más relevantes de un conflicto que posiblemente se prolongará en el tiempo y que, sin duda, caracterizará este final de siglo. Se reforzará así la idea de que la ciencia ha sido uno de los problemas centrales de nuestra centuria. No sólo porque haya conocido un desarrollo extraordinario, sino además debido a su capacidad para atraer la atención de filósofos y pensadores, provocando tanto amor como odio. No es exagerado por lo tanto decir que además de hacer ciencia se ha hablado, pensado y discutido sobre ella de forma que los discursos que la toman como objeto han transformado a sus actores y a sus interlocutores.

Véase si no el ejemplo de Sokal. Por muy prestigioso que fuera en su trabajo como físico era una persona prácticamente desconocida. El conflicto lo ha convertido en un hombre famoso, y no por sus trabajos como científico, sino por su capacidad de polemizar con los filósofos a los que desprecia. Su misma actitud lo ha convertido en un intelectual que no hace ciencia sino que habla de ella, piensa *sobre* ella. Probablemente sin pretenderlo se ha convertido en un filósofo. Se supone que sus opi-

niones resumen las de muchos hombres de ciencia pero su formulación corresponde a una determinada concepción del mundo, del mundo del que habla la ciencia. Un paso más le hará hablar de la posición de los científicos acerca del conocimiento y del universo de valores en que se mueven. Sin duda llegará a adquirir el gusto por una actividad tan posmoderna como el de la polémica.

Precisamente la reivindicación del interés de las controversias es lo que hace especialmente interesantes los libros de Baudouin Jurdant y Latour. En el primero se replantean cuestiones que no afectan directa y salvajemente a las cuestiones metodológicas tal y como las entienden Sokal y Bricmont. Independientemente de la opinión que le pueda merecer las afirmaciones que los nuevos filósofos tengan sobre la ciencia, lo cierto es que los análisis de los dos físicos pueden afectar al tratamiento de cuestiones relativas a la acción de la ciencia que requieren una gran sutileza de planteamiento. La ciencia no termina en la producción de conocimiento sino que su responsabilidad se extiende a sus aplicaciones a sus usos y a la imagen que proyecta del mundo. Así reclama Baudouin Jurdant «que no se rompan las negociaciones que relacionan las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre, las ciencias “duras” y las humanidades, el conocimiento científico y el ideológico». Por otra parte, en su libro, Latour se plantea cómo llenar el abismo que separa la ciencia, que debe comprender la naturaleza, y la política, que intenta entender la vida social. Se trata de plantear, según su autor, las condiciones de la redefinición tanto de la actividad científica como de la actividad política dentro de una sociedad interesada por la nueva forma de concebir la naturaleza y por las controversias científicas que ponen de manifiesto la preocupación social por la ciencia.

Por todo ello llama la atención la importancia que atribuyen ambos a la necesidad de tender un puente entre el sentido común, el lenguaje común, y el lenguaje de la ciencia. Sería necesario no renunciar a establecer relaciones entre las diferentes formas de cultura. Ciertamente una forma menos arrogante de dirigirse a los físicos, los más orgullosos de todos los científicos de nuestro tiempo, y una manera de solicitar si no la paz al menos un armisticio que permita restaurar un debate. Sobre todo después de conocer la fuerza del enemigo. □

Alan Sokal

La física y sus metáforas

En varios artículos críticos que se escribieron acerca de *Imposturas intelectuales*, se les ha llamado «reduccionistas», es decir, con la pretensión de «reducir» las ciencias sociales o humanas a la física. Admitiendo que el término «reduccionismo» puede significar muchas cosas, ¿tiene algo que comentar al respecto?

—En el libro no expresamos casi nada a propósito del reduccionismo. Cuando aconsejamos a los científicos sociales no imitar a los físicos o a los biólogos, enunciamos algo que equivale a: «Aun si alguien sostuviera un reduccionismo filosófico, esto no implicaría, necesariamente, que deba utilizar un reduccionismo metodológico». Con esto queremos significar que, aun en el caso de que hubiera una relación de implicación lógica entre física de partículas elementales y sociología, aunque fuera posible deducir la sociología a partir de la física, esto no quiere decir que la física sea el método más eficaz para estudiar la sociología. Más todavía, aun dentro de la física, no siempre es lo más eficaz estudiar el nivel más elemental para explicar el nivel más complejo. En mis apuntes de fenómenos críticos para los estudiantes, que espero publicar algún día, comienzo citando a Michael Fisher, uno de los grandes físicos de fenómenos críticos, donde afirma que en esta parte de la física, aunque algunos suponen que la meta sería explicar el ferromagnetismo en términos de la física de las partículas elementales, esto sin embargo no es lo más fructífero metodológicamente —aunque toda la física del ferromagnetismo depende, en última instancia, de la de partículas elementales—. Como programa de investigación, en ocasiones la reducción de un campo a otro es útil, pero en otras no lo es.

En el capítulo 3 del libro de Steven Weinberg, *Dreams of a Final Theory*, él afirma que lo realmente importante no es la posibilidad de «reducir», en el sentido de llevar a cabo todos los cálculos que nos permiten deducir un nivel complejo a partir de otro más básico, como reducimos ciertos sectores de la física a la mecánica cuántica. Lo importante es que sabemos (o casi, pues no está demostrado pero hay buenas razones para creerlo) que en bioquímica o biología no existen nuevas leyes de la naturaleza que no están ya presen-

tes en la física. Sostener que la física de partículas es más «fundamental» que otros campos, no significa que sea matemáticamente más profunda o que sea más importante para el progreso en dichos campos, sino sólo que se encuentra más cerca del punto de convergencia de todas las flechas de explicación. Es decir, que todas las explicaciones físicas se orientan hacia ella, como explica Weinberg en el primer capítulo del libro mencionado.

El hecho de que no existan principios autónomos de química o biología o sociología, aunque no estemos interesados en reducir la química a la física, de todos modos nos permite excluir algunas teorías de química, de biología o sociología; sencillamente porque tal reducción se nos aparece como inverosímil. Weinberg cita el ejemplo de la teoría del «toque real», es decir, la creencia medieval que la escrófula podría curarse si la lesión era tocada por el rey. El saber que en este caso la reducción es inverosímil (pues, ¿cómo puede saber la bacteria de la tuberculosis si es tocada por una mano real o una plebeya?) nos ayuda a descartar la teoría.

—En un artículo aparecido en *The New York Review of Books* con ocasión del artículo que publicó en *Social Text*, Weinberg hace afirmaciones muy polémicas respecto de las relaciones entre física y cultura...

—Efectivamente. Refiriéndose únicamente a la física (y excluyendo todas aquellas partes de la ciencia que hacen alusión directa a los seres humanos, como la biología, la psicología, etcétera) afirma que la ciencia no tiene implicaciones culturales o filosóficas válidas, no se puede deducir de ella ninguna conclusión cultural o filosófica, excepto una: el hecho de que existen leyes físicas en el universo. Yo estoy de acuerdo en cuanto a las implicaciones culturales. Pero no lo estoy en cuanto a las implicaciones filosóficas. Creo que desde el punto de vista filosófico es importante saber, por ejemplo, si las leyes fundamentales son deterministas o estocásticas. Sin embargo, considero que, en general, Weinberg tiene razón. Con frecuencia, lo que se considera implicaciones o efectos culturales de la física proviene de malentendidos, que no son consecuencias lógicas de la física.



Por ejemplo, en *Imposturas intelectuales* dedicamos un capítulo a criticar un trabajo de Bruno Latour, el cual consiste en un análisis semiótico de la relatividad «*A Relativistic Account of Einstein's Relativity*» («Una interpretación relativista de la relatividad de Einstein»), *Social Studies of Science*, 18: 3-44, 1988). David Mermin publicó un artículo en *Physics Today* «*What's Wrong with this Reading?*» («¿Qué tiene de malo esta lectura?»), octubre 11-12, 1997), en donde crítica nuestra crítica y defiende, en parte, la interpretación de Latour. En la versión inglesa de nuestro libro hemos añadido una réplica a Mermin. Si Latour está tratando de extraer consecuencias sociológicas de la relatividad que pueden ser consideradas implicaciones lógicas, creemos que simplemente se equivoca. Afirmamos que la relatividad no tiene ninguna implicación lógica para la sociología y la demostración sería; imagínense que mañana un experimento demuestra, sin lugar a dudas, que la relación entre la energía y la velocidad de un electrón difiere ligeramente de la prevista por Einstein. Esto causaría una revolución en la física, ¿no? Sin embargo, ¿debería este sorprendente (imaginario) hallazgo inducir a los sociólogos a modificar sus teorías sobre el comportamiento humano? Evidentemente, no. Pero si una eventual falsedad de la relatividad no puede desmentir las teorías sociológicas, entonces la verdadera relatividad no tiene por qué poder sustentarlas. Entre relatividad y sociología no hay relación lógica.

—Está bien. Pero se podría decir que, por ejemplo, la física tiene implicaciones culturales en el sentido de que, si se consideran las relaciones entre física y literatura a lo largo de un tiempo, hay una gran cantidad de obras literarias que han recogido e in-

terpretado temas de la física...

—Claro, y Weinberg no lo negaría tampoco. Además, él introduce otra restricción a su opinión acerca de la falta de implicaciones filosóficas y culturales de la ciencia, cuando expresa: «No estoy hablando de los efectos sociales de la tecnología». Es evidente que cualquier conocimiento que se difunde en la sociedad puede inspirar otras cosas y es posible que la indeterminación cuántica, para tomar un ejemplo, haya inspirado cierto estilo caótico en la literatura. Tal vez si o tal vez no. Hay muchas especulaciones de ese tipo y no las rechazo. Pero se debe reconocer que es difícil demostrar algo por el estilo. Si consideramos, por ejemplo, el impacto de la segunda ley de la termodinámica en la literatura de la segunda mitad del siglo pasado,

Weinberg sólo está enunciando que aquí no se trata de consecuencias lógicas de la termodinámica, sino de consecuencias de la analogía o de la inspiración metafórica que algunas personas emplearon en sus obras.

—Se ha criticado que incluyen al sociólogo de la ciencia Bruno Latour entre los impostores, cuando en realidad analizan sólo uno de sus artículos.

—Sí, ya nos referimos a nuestra crítica de su análisis semiótico de la relatividad. Ahora, es cierto que de todos los capítulos del libro en los que analizamos las obras de autores con nombre y apellido, el capítulo más débil es el dedicado a Latour, porque se refiere a un sólo artículo que no fue muy citado y está casi olvidado. Pero en la versión en inglés de nuestro libro hemos añadido una crítica a un artículo que escribió en *La Recherche* (marzo de 1998), en el cual se refiere a un descubrimiento por parte de arqueólogos forenses, en 1976, que estudiaron la momia del faraón Ramsés II (siglo XIII a.C.). Los arqueólogos hicieron

«LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD, ¿DEBE INDUCIR A LOS SOCIÓLOGOS A CAMBIAR SUS TEORÍAS SOBRE EL COMPORTAMIENTO HUMANO?»

una autopsia de la momia y descubrieron que murió de tuberculosis. Entonces Latour se pregunta: ¿cómo es posible que se muriera de una bacteria descubierta por Robert Koch en 1882? Y señala, correctamente, que sería un anacronismo decir que el faraón murió de una ráfaga de ametralladora o de un infarto provocado por estrés. Luego, sigue razonando, afirmar que murió por el bacilo de Koch *también* es un anacronismo. Ahora bien, Latour admite que, con el sentido común, es posible afirmar que Koch descubrió una bacteria que existía antes, pero él rechaza esta explicación que, según él, sólo tiene *la apariencia* del sentido común —aunque en el resto del artículo no da ningún argumento para sostener su posición y, en realidad, no ofrece ningún punto de vista claro—. Latour podría sostener o proponer la idea radical de que nada de lo que descubrimos existía antes del momento del descubrimiento. Ello querría decir que ningún asesino es un asesino en el sentido de haber matado a alguien antes de que la policía lo atrape. Pero no lo dice así. Y si no lo dice así, entonces debería explicarnos cuál es la diferencia entre bacterias y asesinos. Sin embargo, no lo hace, y entonces nosotros creemos que Latour no dice nada claro y que el artículo oscila entre banalidades extremas y falsedades manifiestas. Es un ejemplo magnífico de lo que deseamos criticar, y le agradezco que haya publicado este artículo.

—¿Por qué en su libro no se ocuparon de la *new age*?

—Dejamos de lado la *new age* y sólo nos referimos a ella en ocasionales alusiones. Es lo que Gross y Levitt, en su libro *Higher Superstition*, llaman «bajas supersticiones» (en oposición a las «altas supersticiones», las cuales son las que nosotros hemos criti-

cado). Hay algo en la parodia de *Social Text* sobre la *new age*, porque evidentemente existen lazos entre las «bajas supersticiones» y las «altas supersticiones». En efecto, fui llevado a incluir la así llamada «teoría del campo morfogénico» —que aparece en la parodia— porque Andrew Ross, uno de los editores de *Social Text*, se refiere a ella en su libro. En los medios posmodernos, se da la combinación de relativismo más rechazo a la ciencia tradicional y la inclinación por la ciencia alternativa, por razones que ellos consideran de reivindicación social. Ross no afirma estar abiertamente a favor de estas teorías «locas», pero tampoco es muy crítico de ellas.

—Casi no hacen alusión al influyente autor francés Michel Foucault...

—No tengo nada en contra de Foucault, no conozco su trabajo. Pero me parece que, si él es relativista, se está refiriendo a las ciencias sociales, no a las ciencias naturales y nosotros nos restringimos a analizar, en el capítulo filosófico, el relativismo que concierne a las ciencias naturales.

—Cuando en el libro dan cuenta de por qué se llegó a este estado de cosas o recomiendan caminos para cruzar la brecha entre «las dos culturas», ¿están haciendo ciencias sociales o escribiendo un artículo de opinión informada?

—Hay tres partes del libro. A las dos secciones que hemos comentado hasta ahora (las críticas a las imposturas y la sección sobre el relativismo) hay que agregar la tercera parte, el epílogo, en el cual discutimos de manera muy conjetural, tímida, muy humilde, cuestiones que son de historia intelectual. Nosotros no somos expertos en dichos campos y sólo ofrecemos algunas conjeturas. El epílogo podría ser una contribución a las ciencias sociales, pero de manera muy conjetural. □



Bruno Latour, Alan Sokal, Jacques Derrida, Jean Bricmont

Cartas cruzadas

Bruno Latour

¿Hay ciencia después de la guerra fría?

Al pretender explicar el «verdadero significado del *affaire Sokal*». Jean Bricmont reduce demasiado sus alcances. Lo convierte en mera bulla de estudiantes, en la que los pasantes de la sección C se indignan ante el director por las chanzas que les hacen los vagos superdotados de la sección A. Me parece que el asunto es mucho más interesante que una simple cuestión de política académica. Unos cuantos físicos teóricos, privados de los abultados presupuestos de la guerra fría, buscan una nueva amenaza, a la cual opondrán heroicamente las fortificaciones de su espíritu. Ya no se trata de la guerra contra los soviéticos, sino de la guerra contra los intelectuales «posmodernos» venidos del extranjero.

A sus ojos, Francia se ha convertido en otro Colombia, un país de narcotraficantes que producen drogas duras como el *derridium* o el *lacanium*... ante las cuales los estudiantes estadounidenses de posgrado son tan vulnerables como ante el *crack*. Al desviarse del camino recto de la vida sana y feliz del campus, olvidándose incluso de tomar su dosis diaria de filosofía analítica, clara como el agua pura, ¡éstos se debilitarían inmersos en el relativismo! De esta parodia de la Ilustración, mezcla de Voltaire y de McCarthy, es mejor no decir nada. Pero no podemos negarlo: se trata de una farsa y, como todas las farsas, ha desbordado a su autor.

¿Qué es lo que efectivamente prueba la broma del amigo Sokal? Supongamos que un socialista de convicciones sólidas envía a una revista fascista un artículo delirante sobre las pruebas científicas de la desigualdad entre las razas y acto seguido confiesa, en una revista de izquierda, que no cree ni una palabra de lo que ha dicho. No nos reiríamos. Todos aprendimos con Michel Foucault que los textos desbordan a sus autores. Desaparecido el autor, las monstruosidades permanecen, Sokal no tiene nada interesante que decir en su propio artículo, evaluado por él mismo. El petardo ardió durante largo rato.

¿Qué se puede decir de un artículo publicado en una revista que no tiene comité de lectura? Pues que es típico del galimatías posmoderno que provoca bostezos por adelantado a quien lo lee. ¿Sokal quiere desembarazarnos de esta clase de literatura? ¡Magnífico! Los investigadores aplaudirán entusiasmados. Que nos liberen de las revistas complacientes, de los artículos repetitivos, de los comités de aplausos y de los clanes. ¡Que no haya sino artículos audaces, precisos, arriesgados, bien escritos, innovadores! Pero, ¡ay!, un programa tan espléndido no distinguiría entre las ciencias y las humanidades, entre los modernos y los posmodernos, como sabe cualquier científico. Habría que ponerlo en práctica por doquier, y aplicarlo a toda la literatura académica, tanto en economía como en química, en física teórica como en literatura comparada. Que la buena investigación expulse por fin a la mala. ¡Espléndido! ¿por qué entonces fue aceptado este artículo ramplón en una revista complaciente?

Sencillamente porque es una mala revista, como desafortunadamente hay tantas en todas las disciplinas. Bien lo dijo Roger Guillemin, premio Nobel de Medicina 1977: «La ciencia no es un horno que se limpie solo...».

Pero sobre todo, y eso es lo más grave, los literatos que dirigen esta revista se dejaron impresionar por los títulos de Sokal y resolvieron ser condescendientes con él.

Piénsenlo: a un físico que ha leído a Lacan y que cita a Virilio, hay que permitirle que diga bestialidades, el pobre. He ahí el error fatal. El tiempo de la condescendencia ya pasó, como pasó el tiempo del complejo de inferioridad. Ya no estamos en el liceo. Las disciplinas están demasiado mezcladas, demasiado amenazadas, demasiado asediadas por la incertidumbre como para no darse las unas a las otras un tratamiento igualitario. Si la revista es tan mala como el artículo que aceptó,



LATOUR: «LAS CIENCIAS SON DEMASIADO FRÁGILES PARA PRESCINDIR DE SUS ALIADOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES».

¿por qué, se preguntará alguno, armar tanto escándalo? Pues es en este punto donde la historia se vuelve interesante. Somos testigos de los últimos estertores de una ciencia de la guerra fría movilizada contra la religión, contra los rojos, contra la irracionalidad de las masas.

La civilización entera, como es evidente en el asunto de las «vacas locas», está virando de una cultura de la Ciencia, con C mayúscula, hacia una cultura de la investigación. En lugar de una ciencia autónoma y sin apegos en la que el saber absoluto permitiría apagar el incendio de las pasiones políticas y de la subjetividad, nos encaminamos hacia una nueva época en la que las controversias políticas se añaden a las controversias científicas. En lugar de definir una ciencia por su autonomía, se la define por sus ataduras en lugar de reconocer a una ciencia por la exactitud absoluta de su saber, se la reconoce por la calidad de la experiencia colectiva que comparte con otras, por los mezquinos argumentos que arrastra en su estela.

Evidentemente, con este cambio algunos investigadores quedarán tendidos en la lona: aquellos que todavía creen en una ciencia de boca cerrada, que permita correr un tupido velo sobre la vida pública y política de los investigadores. Son ellos los que deben reciclarse, en vez de obligar a los otros a marcar nuevamente el paso. Después de todo, el relativismo es una cualidad, no un defecto. Es la capacidad de cambiar de punto de vista, de establecer relaciones entre mundos inconmensurables. Esta virtud no tiene sino un antónimo: el absolutismo.

Pero, objetarán, este asunto no habría llegado tan lejos si los farsantes no hubieran sido de izquierda. También se les considera feministas y radicales (en el sentido inglés del término), Como si bastara con que alguien fuera de izquierda para que no hubiera dudas sobre sus intenciones. ¿Es que acaso el socialismo de los sokalistas es suficiente para purificar sus intenciones y sus procedimientos? Es verdad que la izquierda arrancó del brazo de una cierta idea de la ciencia esa hermosa idea de emancipación y de progreso que le sirvió durante tanto tiempo, pero que también es la idea, cada vez menos llamativa, de una información que permitiría, sencillamente porque es justa, ahorrarse todos los riesgos de la vida política, es decir, de

la composición progresiva de una voluntad común de resistir al destino.

Si los investigadores deben hacer esfuerzos para pasar, detrás de todo el mundo, de una cultura de la ciencia a una cultura de la investigación, la izquierda también debe hacer más que un esfuerzo para redescubrir el gusto de la exploración común del mundo que la rodea. Las dos concepciones están demasiado ligadas entre sí para no desmoronarse simultáneamente. En todo caso, no se debería apelar a una noción anticuada de la izquierda para salvar una concepción cada vez más desfasada de la ciencia.

Para terminar, un último punto: ¿Qué hace en este barco la sociología o la historia social de las ciencias? Porque en última instancia estamos ante una disciplina prácticamente desconocida que propone una visión realista, en todo el sentido de la palabra, de la actividad científica. Esta disciplina arroja claridad sobre los grupos de investigadores, los instrumentos, los laboratorios, las prácticas y los conceptos. Esta disciplina siente una gran pasión por los innumerables nexos entre los objetos de la ciencia y aquellos de la cultura y de la historia. Lee y explica, de una forma diferente y bajo otro ángulo, los textos de los grandes científicos. Ha aprendido a admirar de una forma diferente la inteligencia ilustrada. Explora los lazos maravillosos o aplastantes que se tejen entre el cosmos y la vida pública. Estos investigadores atentos al mundo de la investigación, a su historia y a sus crisis no son los enemigos a quienes hay que combatir. Hay que acostumbrarse a otras realidades de la vida: a los hechos no los trae la cigüeña. Seamos serios. Las ciencias son demasiado frágiles para prescindir de los escasos aliados que han encontrado en el medio de las humanidades y de las ciencias sociales. Todos, investigadores en ciencias exactas y dúctiles, los políticos y los usuarios, estamos interesados en lograr la visión más realista posible de lo que las ciencias pueden o no hacer. Estamos todos en el mismo barco, embarcados en las mismas controversias. La guerra fría terminó. Trataremos de no parodiar otra.

Le Monde,
15 de enero de 1997.

Alan Sokal

Las
misticaciones
filosóficas
del profesor
Latour

El debate sobre la objetividad y el relativismo, la ciencia y el posmodernismo que agria desde hace ocho meses los medios académicos estadounidenses, en particular los de la izquierda, llegó por fin a Francia. Y con bombo y platillo. Pisándole los talones a Denis Duclos (*Le Monde*, 3 de enero), he aquí al eminente sociólogo Bruno Latour ofreciendo su interpretación del llamado «affaire Sokal» (18 de enero). Su artículo, cómo no, es increíblemente audaz e increíblemente modesto a la vez.

Increíblemente audaz porque pretende, sin aportar la menor prueba, que «unos cuantos físicos teóricos, privados de los abultados presupuestos de la guerra fría buscan una nueva amenaza» y por eso la emprenden contra los intelectuales posmodernos. Ay, si las cosas fueran así de simples. ¿Cómo explicar entonces a los numerosos sociólogos, historiadores, literatos y filósofos que se han unido a la crítica del relativismo posmoderno? De ninguna manera pretendo adivinar las motivaciones de otros, pero estoy más que dispuesto a explicar las mías: escribí mi parodia no para defender la ciencia contra las presuntas hordas bárbaras de la sociología, sino para defender la izquierda universitaria estadounidense de las tendencias irracionales —que no por estar de moda, son menos suicidas.

Con todavía mayor audacia, el señor Latour me acusa de organizar una cruzada contra Francia, «convertida en otra Colombia, un país de narcotraficantes que producen drogas duras como el *derridium* o el *lacanium*... ante las cuales los estudiantes estadounidense de posgrado son tan vulnerables como ante el *crack*». La imagen es espléndida, pero ¿cuál es la realidad? Lejos del nacionalismo imaginado por Latour, soy un internacionalista convencido (no por azar enseñé matemáticas en la Nicaragua sandinista). Lo que cuenta nunca es el origen de una idea sino su contenido: es necesario denunciar la pereza y la impostura intelectuales, vengan de donde vengan. Y si la jeringonza posmodernista/posestructuralista que en la actualidad reina hegemónica en ciertos sectores de la universidad estadounidense es parcialmente de inspiración francesa, no es menos cierto que mis compatriotas le han dado desde hace tiempo un sa-



bor autóctono que refleja fielmente nuestras propias obsesiones nacionales. Es por ello que el blanco de mi parodia son intelectuales franceses y estadounidenses eminentes, sin preferencias nacionales.

En contraste, el señor Latour se muestra increíblemente modesto cuando trata de minimizar las lecciones del *affaire* al afirmar que *Social Text* es sencillamente una «mala revista». Para empezar, eso no es cierto:

su número reciente sobre la crisis del trabajo académico está bien escrito y es muy interesante. Pero este razonamiento elude sobre todo el verdadero motivo de escándalo, que no reside en el simple hecho de que mi parodia haya sido publicada, sino en su contenido. Y he aquí el secreto de por qué resulta tan divertida, secreto que Latour prefirió ocultar; yo no escribí las partes más cómicas: son citas directas de los Maestros (a quienes adulé sin vergüenza). Y entre ellos encontramos, desde luego, a Derrida y a Lacan, a Aronowitz, y a Haraway, pero también a nuestro muy modesto amigo... Bruno Latour.

El profesor Latour sin duda hizo acopio de una generosa dosis de desfachatez para afirmar que, «la broma estuvo graciosa, fue una intervención astuta. Le da una buena golpiza a quienes se la merecen. (Pero no a) los investigadores que, como yo, forman parte de las *science studies*» y «tienen una formación científica» (*Libération*, del 3 de diciembre de 1996). No voy a aburrir a los lectores de *Le Monde* explayándome sobre la formación científica de la que hizo gala Latour en su ensayo sobre la teoría einsteiniana de la relatividad, presentada como «una contribución a la sociología de la delegación» (*Social Studies of Science* 18, págs. 3-44, 1988). Los detalles aparecerán en el libro que Jean Bricmont y yo estamos escribiendo sobre las imposturas científicas de los filósofos posmodernos. Digamos tan sólo que ciertos colegas sospecharon que el artículo de Latour era, como el mío, una parodia.

Acto seguido, Latour pretende ocuparse de la sociología de las ciencias, pero su argumento es confuso: mezcla alegremente la ontología y la epistemología y se agarra a

DERRE SOKAL: «ESCRIBÍ MI ARTÍCULO PARA DEFENDER A LA IZQUIERDA UNIVERSITARIA DE LAS TENDENCIAS IRRACIONALES».

tesis que nadie sostendría. «En lugar de reconocer una ciencia por la exactitud absoluta de su saber, se la reconoce por la calidad de la experiencia colectiva que comparte», nos dice: ¿pero quién en nuestros días se empeñaría en que la ciencia debe suministrarnos «exactitudes absolutas»? La mecánica newtoniana describe el movimiento de los planetas (y muchas otras cosas) con una precisión extraordinaria —y éste es un hecho objetivo—, no obstante lo cual es incorrecta. La mecánica cuántica y la relatividad general se aproximan más a la verdad —y éste es igualmente un hecho objetivo—, pero también ellas, al ser incompatibles, serán sin duda reemplazadas un día por una teoría (aún inexistente) de la gravitación cuántica. Cualquier científico sabe bien que nuestros conocimientos son siempre parciales y revisables, lo que no les impide ser objetivos. Asimismo, Latour reduce el relativismo a una banal «capacidad de cambiar de punto de vista», como si ésta no fuera desde hace mucho tiempo una de las características por excelencia de la actitud científica.

Pero la táctica principal de Latour al presentar su visión de la sociología de las ciencias consiste en vaciarla de contenido, para después replegarse tras lugares comunes que nadie ha puesto en duda. La historia social de las ciencias «plantea una visión por fin realista de la actividad científica» y «siente una gran pasión por los innumerables nexos entre los objetos de la ciencia y aquellos de la cultura y de la historia». No podemos menos que aplaudir. ¿Pero dónde está la tan cacareada ruptura con la sociología tradicional de las ciencias, a la manera de Merton? Esta táctica oculta todo lo que es radical, original y, sobre todo, falso en la «nueva» sociología de las ciencias: a saber, que se puede (y se debe) explicar la historia de las ciencias sin tener en cuenta la veracidad o la falsedad de las teorías científicas. Lo cual quiere decir, si se es honesto, que es necesario explicar la aceptación de las teorías de Newton o de Darwin sin jamás invocar las pruebas empíricas a favor de estas teorías. Pasar de esta actitud a la idea de que los argumentos empíricos no existen, o de que éstos carecen de importancia, supone franquear un umbral que se ha atravesado demasiadas veces (Feyerabend lo ha hecho, por ejemplo) y que conduce directamente a lo irracional.

La relectura de la tercera Regla del Método que Latour enuncia en su libro *La science en action* nos per-

mitirá apreciar mejor la ambigüedad de sus tesis: «Partiendo de la base de que la resolución de una controversia es la causa de la representación de la naturaleza y no su consecuencia, no se debe recurrir jamás al resultado final —la naturaleza— para explicar cómo y por qué ha sido resuelta una controversia». Evidentemente, se trata de una profunda confusión entre la representación de la naturaleza y la naturaleza, es decir, entre nuestras teorías sobre el mundo y el mundo mismo. Dependiendo de la forma como se resuelva la ambigüedad (ya sea que se utilice dos veces la expresión «representación de la naturaleza» o dos veces la expresión «naturaleza»), podemos concluir con la tautología de que nuestras teorías científicas nacen de un proceso social (como la sociología llamada tradicional ha demostrado suficientemente); o bien con la afirmación, radicalmente idealista, de que el mundo exterior es *creado* por las negociaciones entre científicos; o también con la tautología de que la resolución de una controversia científica no puede explicarse únicamente por la situación del mundo; o bien con la afirmación radicalmente constructivista de que la situación del mundo no puede desempeñar ningún papel en la explicación de cómo y por qué se pone fin a una controversia científica.

Latour se presenta a menudo como un filósofo, y ésta es una de las siete Reglas del Método. Pero nos cuesta trabajo creer que su ambigüedad se deba únicamente a la distracción del autor. De hecho, este tipo de ambigüedad resulta muy cómoda en los debates: se puede recurrir a la interpretación radical para atraer el interés de los lectores menos experimentados en temas filosóficos, y la interpretación inofensiva se puede utilizar como posición de retirada cuando se pone de manifiesto su falsedad («pero yo nunca dije eso...»).

Los problemas de la filosofía de las ciencias, y de las ciencias humanas en general, son demasiado importantes para ser tratados tan a la ligera. Muy por el contrario, exigen un gran rigor intelectual. Las ciencias exactas y las «dúctiles» se encuentran efectivamente en el mismo barco. Pero coquetear con el relativismo y con la irracionalidad no nos llevará a parte alguna.

Le Monde,
31 de enero de 1997.

Jacques Derrida**Sokal
y Bricmont
no son
serios**

Le Monde me ha pedido un comentario sobre el libro de Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, tomando aún así en consideración que yo me he visto mucho menos atacado allí que otros

pensadores franceses. Mi reacción es la siguiente: ¿no les parece que todo esto es muy triste? Triste para el pobre Sokal, para empezar. Su nombre ha quedado adherido al de una superchería («Sokal's Hoax», «La burla de Sokal», como dicen en Estados Unidos) y no a trabajos científicos. Triste también porque la posibilidad de una reflexión seria aparentemente se ha echado a perder, al menos en este espacio ampliamente público que se merecía algo mejor.

Hubiera sido interesante estudiar escrupulosamente las llamadas metáforas científicas, su papel, el estatuto que las rige y sus efectos en los textos incriminados. ¡Y no solamente entre «los franceses»! ¡Y no solamente entre *estos* franceses! Pero para ello hubiera exigido una lectura seria, en su disposición como en sus estrategias teóricas, de tantos discursos difíciles. Eso no se hizo.

En lo que se refiere a mi modesto «caso», es aún más ridículo, por no decir extravagante. Al comienzo de la impostura, después del envío del texto de Sokal a *Social Text*, yo me convertí en Estados Unidos, como era de esperarse, en uno de los blancos preferidos, particularmente de los periódicos (tendría mucho que decir al respecto). Porque había que desacreditar, a cualquier precio, la «reputación» y el encumbramiento al parecer exorbitantes de un profesor extranjero. Ahora bien, toda la operación se basaba en las pocas palabras de una respuesta improvisada, en un coloquio que tuvo lugar hace más de treinta años (en 1966), en la cual yo retomaba los términos de una pregunta de Jean Hyppolite. No fue más, ¡absolutamente nada más! Por añadidura, mi respuesta no era tan fácilmente atacable.

Muchos científicos se lo han recordado al farsante en publicaciones disponibles en Estados Unidos, como aparentemente reconocen Sokal y Bricmont, si bien entre contorsiones, en la edición francesa de su libro. Si mi breve afirmación era discutible —cosa que yo habría enfrentado sin problema alguno—, habría sido necesario demostrarlo y discutir las consecuencias dentro de mi discurso. Eso tampoco se hizo.

Suelo ser prudente y poco derrochador en el uso de referencias científicas y más de una vez me he ocupado de este problema. Explícitamente. Los numerosos lugares en los que hablo precisamente sobre lo indemostrable, por ejemplo, e incluso el teorema de Gödel, no fueron ubicados ni visitados por los censores. Todo parece indicar que ellos no leyeron lo que tenían que leer para hacerse una idea de las dificultades. Sin duda, no pudieron hacerlo. En todo caso, no lo hicieron.

Una de las falsificaciones que más me ha molestado ha sido su afirmación de que ellos jamás me han atacado. (*Libération*, 19 de octubre: «Fleury y Limet nos reprochan un ataque injusto contra Derrida. Pero dicho ataque es inexistente»). Además, me incluyen con cierta precipitación en la lista de los autores perdonados («Los pensadores famosos como Althusser, Barthes, Derrida y Foucault están básicamente ausentes de nuestro libro»). Ahora bien, este artículo de *Libération* traducía un artículo del *Times Literary Supplement* en el que mi nombre, y sólo mi nombre, había sido oportunamente excluido de la misma lista. Esta es en realidad la única diferencia entre las dos versiones. En el último momento, Sokal y Bricmont añadieron mi nombre a la lista de filósofos honorables en Francia para hacer frente a varias objeciones embarazosas. ¡Cosas del contexto y de la táctica, por no hablar del oportunismo! Esta gente no es seria.

En lo que se refiere al «relativismo» que según ellos tanto les inquieta, no hay rastro de esta palabra, tomada en su sentido filosófico estricto, en mi obra. Ni de una crítica a la Razón y a las



DERRIDA: «ES TRISTE QUE EL NOMBRE DE SOKAL SE RELACIONE CON UNA SUPERCHERÍA Y NO CON TRABAJOS CIENTÍFICOS»

círculo

Lucas. Muy por el contrario. No hay nada que me tome más en serio, en cambio, que el contexto más amplio —el americano y el político, problemas teóricos que por lo demás son los que han salido peor librados—, pero me es imposible abordarlo aquí, con estas limitaciones.

Estos debates tienen una historia compleja: ¡las bibliotecas están llenas de trabajos epistemológicos! Antes que oponer a los «sabios» y a los otros, dividen a los propios miembros del campo científico. Y del pensamiento filosófico. Mucho de eso me divierte, aunque no puedo dejar de tomar en serio los síntomas de una campaña —de una cacería, en realidad— en la que jinetes mal entrenados tienen problemas para identificar a la presa. Y también el terreno.

¿Qué intereses mueven a los responsables que iniciaron esta campaña en un determinado ámbito universitario y, a la zaga, en el campo editorial o en la prensa? Un semanario publicó dos imágenes más para ilustrar todo un «informe» en el que mi nombre no aparecía ni una sola vez. ¿Es eso serio? ¿Es eso honesto? ¿Quiénes estarían interesados en participar en una farsa y no en el trabajo que tristemente la originó? Este trabajo se inició hace mucho tiempo y seguirá adelante en otra parte y de otra manera más digna, espero: a la altura de lo que está en juego.

Le Monde,
20 de noviembre de 1997.

Jean Bricmont
Las críticas
de Derrida
no dan
en el blanco

No hay necesidad alguna de responder a las críticas de Jacques Derrida contra nuestro libro, *Imposturas intelectuales*, pues en realidad no formula ninguna (*Le Monde*, 20 de noviembre). Se contenta con echarnos en cara expresiones peyorativas —«la posibilidad de una reflexión seria aparentemente se ha echado a perder», «esta gente no es seria», «jinetes mal entrenados», «censores»—, sin resaltar un solo error en nuestro libro ni criticar uno solo de nuestros análisis. Por lo demás, el mismo escenario se repite después de la publicación del libro: nuestros detractores no hacen ninguna crítica con-

creta; admiten implícitamente que lo que decimos es verdad, pero explican que, por toda clase de razones, no está bien decirlo.

Dado que Derrida consagra casi todo su artículo a defenderse de un ataque inexistente en lo que a nosotros respecta, tal vez valga la pena aclarar la (tenue) relación que existe entre Derrida y nuestro libro. En efecto, en la parodia de Sokal se cita un viejo comentario de Derrida a propósito de la relatividad de Einstein. Ahora bien, el objeto de esa parodia era, entre otros, burlarse del tipo de discurso, tan frecuente en el posmodernismo estadounidense, que consiste en citar las obras de los «maestros» como si con ello se reemplazara el argumento racional. Y dado que los textos de Derrida y de Lacan, al igual que los enunciados más subjetivistas de Bohr y de Heisenberg sobre la interpretación de la mecánica cuántica, forman parte de las referencias preferidas de esta microcultura, resultaba un caballo de Troya ideal para penetrar en su ciudadela.

Pero nuestro libro, a diferencia de la parodia, tiene un blanco estrictamente limitado —el abuso sistemático de conceptos y de términos provenientes de las ciencias físico-matemáticas— y Derrida no entra en esta categoría. En la introducción escribimos que «aunque la cita de Derrida retomada en la parodia de Sokal es muy divertida, parece ser un caso aislado en su obra; por lo tanto, no hemos incluido un capítulo sobre Derrida en este libro». Por otra parte, prevenimos al lector contra



la «amalgama de las muy diferentes andaduras de sus autores», que discutimos; lo mismo se aplica, por fuerza, a los autores que no discutimos, tales como Derrida. Por lo tanto, tiene razón cuando se queja de que los medios, al dar cuenta de nuestro libro, hayan impreso su foto; pero el reproche se lo debe hacer a los periodistas y no a nosotros, que hemos sido tan claros como es posible.

Deploramos las amalgamas de las que Derrida ha sido víctima tanto como deploramos las amalgamas que se han armado entre nuestros críticos, entre los que se atienen a la claridad y al rigor —cualidades que no tienen ningún color político—, y corrientes políticamente reaccionarias a las que somos totalmente extraños y, de hecho, decididamente opuestos. Criticar la invocación abusiva del axioma de elección no es lo mismo que atacar a la seguridad social.

Derrida nos hace un solo reproche concreto: destaca ciertas diferencias, en particular una que le concierne, entre los artículos que publicamos en *Libération* y en el *Times Literary Supplement* (17 de octubre) y concluye que se trata de un oportunismo deshonesto que nos lleva a decir una cosa en francés y otra en inglés. Desafortunadamente, la verdad es mucho más banal. En *Libération* habíamos escrito: «De ninguna manera criticamos toda la filosofía francesa contemporánea. No nos ocupamos más que del abuso de conceptos tomados de la física y de las matemáticas. Los pensadores famosos como Althusser, Barthes, Derrida y Foucault están básicamente ausentes de nuestro libro». Pero el editor del *TLS* nos pidió que

formuláramos esta frase de forma afirmativa y nosotros la reemplazamos de la siguiente manera: «Pensadores famosos como Althusser, Barthes y Foucault aparecen en nuestro libro sólo en un papel menor, como admiradores de los textos que criticamos». Si omitimos a Derrida de esta última lista es porque en nuestro libro no aparece ni siquiera con este papel secundario. Vale la pena añadir de paso que la lista de los «excluidos» podía haber sido mucho más larga: Sartre, Ricoeur, Levinas, Canguilhem, Cavanilles, Granger y muchos otros están igualmente ausentes de nuestro libro. Nosotros criticamos una forma de argumentación (o de intimidación) que abusa de los

conceptos científicos, y no una forma de pensar.

Para terminar, repetimos por enésima vez que no nos oponemos en absoluto al uso de metáforas: no le reprochamos a nadie la utilización de términos corrientes como «río» o «caverna», ni tampoco términos que tienen significados diversos, como «energía» o «caos»; criticamos la utilización de términos demasiado técnicos, como «conjunto compacto» o «hipótesis de lo continuo», fuera de su contexto y sin explicación alguna sobre su pertinencia. Después de haberlo subrayado tantas veces —en el libro y en los numerosos debates que le siguieron—, resulta triste oír a nuestros detractores repetir las mismas generalidades sobre el derecho a la metáfora sin tomarse la molestia de defender uno solo de los textos que criticamos. □

DIRECCIONES EN INTERNET

Sokal

<http://www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/index.html>
<http://www.drizzli.com/~jwalsh/sokal/>

Social Text-

<http://www.nyu.edu/pubs/socialtext/>

Debates

<http://www.liberation.fr/sokal/index.html>
<http://www.liberation.fr/forums/sokal/rrl59.html>

Sobre Imposturas Científicas

<http://www.monde-diplomatique.fr/1998/12/DOLHEM/11422.html>

Colecciones de artículos

<http://members.tripod.com/~ScienceWars/>



entra en el círculo

PUERTAS ABIERTAS A LA CULTURA VIVA



**CIRCULO
DE BELLAS ARTES**

Marqués de Casa Riera, 2.
28014 Madrid. Tel: 531 77 00

El Círculo de Bellas Artes es una entidad cultural privada no lucrativa, declarada de utilidad pública. Sus actividades son posibles gracias al apoyo económico que le brinda el consorcio del mismo nombre, integrado por:

MINISTERIO DE CULTURA Comunidad de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

IBERIA
LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

El descubrimiento de la Argentina

Marcos-Ricardo Barnatán

Tu grandeza está en que no llegarás nunca.

GOETHE

UNO. En mi último viaje a Buenos Aires pregunté vanamente por una buena antología de la nueva poesía argentina. Mi amigo el poeta Héctor Yánover me dió poco más tarde, en una mesa de un famoso café de la Recoleta, la hasta entonces misteriosa clave de esa clamorosa ausencia: las supuestas enemistades, celos y recelos entre los poetas impiden que un antólogo valiente se atreva a meter en un mismo libro a diez o quince poetas de respetable calidad. Ante semejante obstáculo no he tenido más remedio que invertir una cuantiosa suma de euros en la compra de unos cuantos libros de poetas de mi generación y de la siguiente, hábilmente asesorado por un justiciero triunvirato de expertos: el gran maestro cordobés Yánover, mi primo el poeta Daniel Samoilovich, verdadero mandarín de la lírica argentina, y un poeta muy joven, Sandro Barrella, que redondea su vida trabajando en librería Norte, la que se precia de tener la mejor oferta de poesía del país.

Me he llevado ese puñado de libros al Arcabucero, y frente a la verde paz del monte Abantos, dedico unas horas al día a descifrar el verso de mis antiguos compatriotas, a muchos de los cuales leo por primera vez. Mis preferidos habían sido hasta ahora mis mayores. Tras los clásicos Banchs, Molinari, Borges, o el bueno de Mastronardi,

JORGE RICARDO AULICINO

MAGNIFICAT

El ojo blanco de la tormenta reconforta.
Blandengue, el día se iba sin dejar gloria.
Entonces vino el trueno y el cielo se abrió.
La tormenta recortó un gran ojo silbante
entre nubes esparcidas, verdes, hinchadas.
Miro el ojo de la tormenta desde
el interior oscuro de un departamento.
Hay la huella de un vaso en la madera de la mesa.
Hasta tarde, las luces estarán titilando
en las alcobas de los edificios cercanos.
Yo no encenderé la luz ni pensaré ni tendré ánimo.
Hay agua, golpes de agua, olor de agua.
Y un gran día se acaba.

siempre tuve debilidad por el eléctrico Enrique Molina, por Olga Orozco, por Madariaga, por Girri, Raúl Gustavo Aguirre y por supuesto, por Alejandra Pizarnik. Ahora creo que debo agregar algún nombre más a la lista de relecturas recomendadas, y que además merece la pena que escriba sobre esa experiencia para colaborar un ápice a su difusión fuera de la Argentina y por supuesto para mayor gloria de los poetas. Mi orden de lectura es ahora alfabético y no indica ninguna otra clase de prioridad, aunque siempre leo y releo la poesía de forma desordenada y azarosa.

DOS. El primer poeta se llama Jorge Ricardo Aulicino y sólo sé de él que nació en Buenos Aires en 1949, que es periodista y que publicó su primer libro a la temprana edad de veinte años, —yo cometí ese pecado a los diecisiete—, y que hasta 1989 había publicado cinco más. De Aulicino he conseguido leer apenas dos «plaquetes»: la más antigua y misteriosa se titula «La caída de los cuerpos», publicada en Rosario de Santa Fé en 1983, la otra es un anticipo de su libro *Magnificat*, tiene un osito de peluche en la portada, y lo editó diez años después el enigmático sello Mickey Mickeranno.

Aulicino narra con el verso, cuenta visiones, enumera sueños y pensamientos, nos tiende trampas amables, se pregunta todo el tiempo y nos interroga a nosotros sus lectores. No sabemos si habla a veces en serio o si nos está invitando a sonreír. Puedo decir de su técnica que es efectiva, que no nos deja de interesar, que queremos llegar al final del poema para encontrarnos con el cierre desconcertante, que queremos seguir leyéndole más. Sus poemas aparentan ser simples, pequeños juguetes de cuerda, pero tienen en su corazón una mecánica sofisticada. Se lleva muy buena nota en el boletín de calificaciones imaginarias.

TRES. Mi información sobre Diana Bellessi es mucho más completa. Me llega en un libro antológico titulado *Colibrí, ¡lanza relámpagos!* (1996), que tiene un estudio preliminar del crítico Jorge Monteleone —autor de un estudio sobre la poesía argentina de los años ochenta— y una entrevista con la poeta. Pese a ello no encuentro ninguno de sus datos biográficos, no sabemos cuándo ni dónde nació aunque confiesa haber viajado mucho por Latinoamérica, donde sintió la paradójica emoción del «extrañamiento y la pertenencia». También anduvo por Estados Unidos, experiencia que plasmó en un largo poema

DIANA BELLESI

ANUNCIACIÓN DE LA PRIMAVERA

Plena madonna de la tierra
 toda la luz preñada, gota
 que enciende en diamante la seca
 madera. Ascenso de Dios vuelto
 brizna de verde si alerta
 ve la pupila y celebra
 los umbrales de agosto, adiós
 desnudez soberbia, vacío
 que deja a la flor del ciruelo
 fluir en su toque de tierra

y de fuego, consagración
 del aire, rocío, ángel de agosto
 que vuelve haciendo del mundo
 Dios para el mundo en el Sur,
 rosa, no el rojo profundo
 invernal ni el suntuoso púrpura
 de enero ni el oro, no, rosa
 Inmersa en el nácar tan suave
 tan frágil y firme, instantes
 gloriosos del anochecer

rosa —soy niña otra vez—
 la sera, buon tempo se espera
 aquí en América, profunda
 del Sur. Una cresta rosada
 corona el aura de verde
 si el ojo consagra de amor
 lo desnudo, días de boda
 en que todo fluye inocente,
 la tierra y el agua en la llama
 del aire —oh chispas— alzada

«Crucero», y fugazmente en Europa, pero el viejo continente no la «horadó», no dejó de ser para ella una mera «tarjeta postal». Diana Bellessi confiesa sus deudas con la poesía china, en la que se refugió durante los peores momentos de la dictadura militar, su admiración por Gabriela Mistral, la voluntad desafiante de una parte de su poesía —por ejemplo su libro *Eroica*—, el cóctel del amor y de la revolución.

Ha escrito una prosa poética comprometida pero de factura moderna, poesía aventuradamente viajera en la que destella la pasión, el deseo y un vitalismo hermoso, pero también asoma el dolor como la «sangre entre los robles». En *Eroica* la expresión poética del erotismo me recuerda a la de Octavio Paz. Es su etapa formal más experimental y también su devorador banquete.

CUATRO. En Buenos Aires todo el mundo dice conocer al poeta Arturo Carrera (1948), es todo lo popular que puede ser un poeta de 50 años. En la década del setenta se dió a conocer con un libro de título extravagante: *Escrito con un nictógrafo*. Luego publicó *La partera canta*, *Arturo y yo*, y *Animaciones suspendidas* (1986), el poemario suyo que acabo de leer con notorio retraso. En la portada un dibujo de Guillermo Kuitca, y en la dedicatoria el nombre querido de Severo Sarduy —un escritor que curiosamente dejó mayor rastro en la Argentina que en España—. Se abre con seis mapas, escritos «para atenuar la precisión de una pulsión incierta, parecida al morir», son heroicos itinerarios, historias del deseo, fiebres. Después aparecen juguetes, perritos payasos, bolitas de oro, una atmósfera de obsesivas memorias infantiles, como en las instalaciones de su compatriota Liliana Porter. Niños, la felicidad como secreto. Voy a pedir a mis amigos que me envíen más libros de Arturo Carrera.

CINCO. En el oneroso paquete de las joyas Sandro Barrella infiltró *Alaska*, un libro diminuto de Horacio Castillo publicado en 1993, cuando este poeta de Ensenada, la tierra de Juan Octavio Prenz, cumplía los 59 años. Es bastante mayor que los anteriores, pero comenzó a publicar tarde, en los setenta. Es, como nuestro Luis Alberto de Cuenca, traductor de los Epigramas de

ARTURO CARRERA

RECUERDO DE MONTE
HERMOSO 27 DE MARZO '84

¿Dejar pasar las olas
 o sólo detenerse,
 un niño en cada mano
 y dejar que en cada uno
 esa locura marina se
 rompa la cresta?

Oleajes,
 penachos de un murmullo
 que se intercepta
 y corta: o balbuceo de la espuma
 con las burbujas de un gran vidrio
 que el misterio
 no suelta.

Quiero volver al mar.
 Pero que sea
 con niños.

Niños en ese vacío
 que sólo nos devuelve
 la felicidad como secreto.

Pequeños virtuosos de la impaciencia
 como un gigantesco violín
 enterrado en la arena. Un fósil de
 la música que sólo al ser exhumado
 nos inculcará
 impaciencias...

Pero sepultado, no escuchado,
 es el poeta-monje, la luna
 tras la estera o acaso aún:

Nada.

Nada que sólo nos distrae
 de la necesidad sublime
 de ir al mar
 con niños.

HORACIO CASTILLO

VISITA AL MAESTRO

Llueve sobre colinas y jardines.
 Allí, junto a la ventana, está el fuego.
 Hablar o callar, ¿qué es lo mejor?
 Preguntar o responder, ¿qué es lo peor?
 Llueve sobre colinas y jardines,
 el agua salmodia en la penumbra.
 ¿También el callar es un hablar?
 ¿También el hablar es un callar?
 Llueve sobre colinas y jardines.
 Un caballo negro viene como volando.
 ¿La respuesta es entonces la pregunta?
 ¿La pregunta es entonces la respuesta?
 Llueve sobre colinas y jardines.
 El silencio del cuarto es el silencio del mundo.

NESTOR PERLONGHER

DANZING

La rutilancia de las lentejuelas
 es un rimmel de tan marmóreo transparente
 el rebote de los ojares
 en las azulejas de pintos níveos y plumosos
 esfinge nítida bajo el implacable velador
 cebaba el puntillero de las pestañas
 con una fijeza de ciempiés,
 sólo mucho después conoce su renguera.

Esfinge de codos revoloteantes y ampulosos, la gorguera
 en la rebaba de la cerveza
 labraba otros potros que los amarrados en el palenque. El palio
 era como intestino, porque las pompas
 tapizaban en la escamación las peceras ventrales, y el dolor
 de la espera, o de la sola sola noche
 sollozaba contra el estaño pegajoso:
 la noche del carnicero
 en la lámina de la hoja el pincho
 pichicho fuera de sí.

Los tatuajes de los azulejos,
 se repetían en los antebrazos,
 pero los abrazos en los anteojos
 los refractaba la luz de plata
 que salpicaba las muñecas
 de la mancha rocío.

Pero la esponja del lavacopas detergía la hialinidad de los guerreros
 que se tumbaban en las puertas de aire
 o de ráfagas de betún
 poniéndole precio (o ala) al cenicero,
 aplastaban las coles en el mosaico pantanoso.
 en balde,
 porque la novia estaba ahogada en el bañito.

Calímaco, pero también de poetas griegos modernos como Elytis o Yannis Ritsos. Su poesía se interna, según Raúl Gustavo Aguirre, en «la noche metafísica». Todo parece indicar que se trata de un navegante solitario, de un navegante que se «aleja de todo». Le gustan las expresiones fuertes: «como aceite hirviendo, como un arpón» o «la leche caliente de la fatalidad». Pero por fortuna hay remansos entre tanto verso bronco y nos encontramos con «el ojo al fin azul del prisionero». Y le gusta, como a mí, el aroma de los eucaliptus y el mareante color del azafrán.

SEIS. Leer los *Poemas completos* de Néstor Perlongher (1949-1992) es un auténtico viaje de largo recorrido. Los ha reunido y prologado Roberto Echavarren para la Seix Barral argentina. Hace unos quince años yo había leído en casa de un amigo porteño el mítico e inquietante *Austria-Hungría*, su primer libro, pero nunca tuve la ocasión de releerlo hasta hora. Es, en efecto, droga dura. De esa que muchos querían escribir en Europa, y algunos lo consiguieron. Recordemos al prosista maldito Tony Duvert que publicaba Editions de Minuit por entregas y que el olvidado Pompidou no dejaba exhibir en los escaparates de las librerías, o aquellos perversos estructuralistas: el Pierre Guyotat de *Eden, eden, eden* o el Jean Demélier de *Le rêve de Job*. Droga dura, sí, pero droga de una gran pureza, de calidad superior. La seducción de lo monstruoso, pero en grandes y derramadas dosis. Es verdad que no resulta fácil digerir esta poesía frenética, asumir ese vértigo relampagueante, sostenerlo, sobrellevarlo, perseguirlo hasta el final. Perlongher es un discípulo posmoderno de Lezama Lima, actualiza con ferocidad al maestro, y nos descubre su intimidad transgresora desprovista de ningún eufemismo. La importancia de ese desnudamiento está en la riqueza de su lenguaje, en sus malabarismos de alta literatura. ¿Poesía de la experiencia? Cuando se sabe enfermo del mal de sí, el mal del fin de siglo, su virulencia no se acalla, y los poemas de la enfermedad, empapados de sudorosa muerte, son canciones infernales «que se dispersan en la noche definitiva e impasible». Antes de morir escribió, como Rudyard Kipling, su peculiar himno al dolor físico, «que hace que el alma olvide sus otros infiernos».

SIETE. Debo consignar que el primer y remoto recuerdo que tengo de mi primo Daniel Samoilovich es una tarde de verano en la azotea de su casa de Villa del Parque. Eramos los dos niños, yo algo mayor que él, y jugábamos debajo de un emparrado. Después lo veo llorando, el día de su cumpleaños, también en su casa suburbial, más allá de Chacarita: la mayoría de los regalos son juguetes, pero entre ellos brillan como gemas amarillas algunos libros juveniles de tapa dura. También recuerdo su cabeza crespa con un gorrito azul y blanco, una de las muchas cenas de Pesaj que compartimos en casa de mi abuelo materno, él recordó en verso el arcoiris que vivía en el techo de ese sólido comedor. Muchos años después lle-

DANIEL SAMOIOVICH

DECEPCIÓN DE LA ALQUIMIA

Cada día, cuando el bote se acerca
a la boca del río, donde vuelca
al lago su corriente helada,
turbia de las cenizas de un volcán
que ardió en el pleistoceno,
mi pensamiento alquímico
espera, no sé, que en la confluencia
pase algo.

Y no no pasa nada;
el bote va solo, siguiendo la línea
que separa lo opaco claro
de la profundidad translúcida
y oscura. Se adivinan, allá abajo,
los juncos que nunca asoman
inclinados por la corriente submarina.
Y hay una oscilación, está el rumor
que hace al rolar el casco chato.
Después, otra vez nada, el silencio
de la orilla, la calma alucinada
en que los patos van y vienen.
Ni siquiera se alejan, si no remo.

gó a Madrid, casado con Gloria Pampillo, eran los años negros del Proceso. Por entonces ya era poeta. Hoy disponemos en España de un intenso libro suyo, *Superficies iluminadas* (1996) editado por Hiperión. Aunque pueda parecerlo, su inclusión aquí no está emparentada con el nepotismo.

OCHO. Héctor Bianciotti nos recuperó con su gran olfato la poesía argentina de un escritor tan raro como interesante, Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978). Sus novelas, traducidas del italiano, son accesibles al público español, pero hasta ahora su poesía era inencontrable. Unas recientes ediciones de *Los hermosos días* nos devuelven su verso preciso y atormentado. Es la otra cara de Néstor Perlonguer. También la serenidad y el silencio son merodeados por el desamor y la muerte, en la noche intensa e indecisa del verano austral de un adolescente.

Pero antes de dejarle la voz a los poetas debo apuntar los nombres de algunos que faltan en esta lista y que deberán estar en el momento que se completen mis lecturas. Son los «seniors»: Hugo Padeletti, Joaquín Giannuzzi, Leónidas Lamborghini, además de Juana Bignozzi, Mirta Rosenberg, y los más jóvenes Daniel García Helder y Martín Gambarotta. Quizá entre todos harían esa antología, aún en estado virtual, pero no imposible de acceder alguna vez a la anacrónica realidad atómica. □

N o v e d a d e s

El libro universitario**ENSAYO**

Steven Weinberg
Los tres primeros minutos del universo

Uta Frith
Autismo

Svend Dahl
Historia del libro

Giovanni Sartori y Leonardo Morlino
La comparación en las ciencias sociales

MATERIALES

V. Hernández Pedrero
La Ética a Nicómaco de Aristóteles

Josephine Bregazzi
Shakespeare y el teatro renacentista inglés

Gonzalo Sampascual, Leandro Navas y Juan Luis Castejón
Funciones del orientador en Primaria y Secundaria

Eduardo Battaner
Introducción a la Astrofísica

Inés Sánchez de Madariaga
Introducción al urbanismo
Conceptos y métodos de la planificación urbana

MANUALES

Jesús Palacios, Álvaro Marchesi y César Coll (comp.)

Desarrollo psicológico y educación
1. Psicología evolutiva

Enric Munar, Jaume Roselló y Antonio Sánchez-Cabaco (coords.)
Atención y percepción

J. Ángel García de Cortázar y José Ángel Sesma Muñoz
Historia de la Edad Media
Una síntesis interpretativa

Rudolf Arnheim
Arte y percepción visual

El libro de bolsillo

François Furet y Ernst Nolte
Fascismo y comunismo

Miguel Ángel Ladero Quesada
La España de los Reyes Católicos

San Agustín
Confesiones

Séneca
Sobre la felicidad
Versión y comentarios de Julián Marías

**Alianza Editorial**

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid

...Algunos, enganchados al **teléfono**,
intentan acercarse a lugares lejanos;...
...otros, sólo ven el mundo enganchados
a **Internet**;...



...tú engánchate a
Libros para el Mundo
para facilitar a los demás la lectura.

HAZTE SOCIO llamando al teléf.: 91 522 62 11

y conéctate a nuestra red... de bibliotecas.

LA CAIXA: 2100-1633-55-0200052000

Libros para el Mundo es una ONG dedicada a crear bibliotecas en lugares donde a la gente le es imposible acceder a la lectura... En los últimos cuatro años hemos creado más de 60 bibliotecas en todo el mundo.

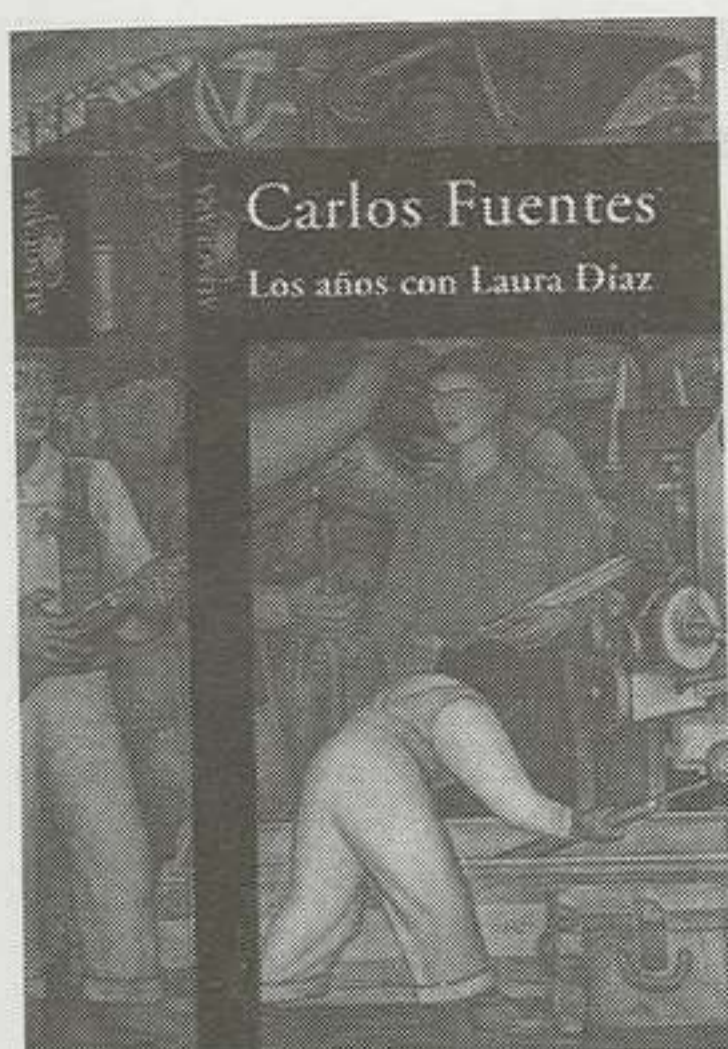


Libros para el Mundo

c/ Carretas 14, 7º D. 28012 - Madrid - Teléf/Fax: 91 522 62 11 - C.I.F.: G-81033623
e-mail: libros.mundo@mad.servicom.es

La edad en sus tiempos

Angeles Mastretta



LOS AÑOS CON LAURA DIAZ

Carlos Fuentes
Alfaguara
Madrid, 1999

Me maravilla Carlos Fuentes. Cada vez más, con cada novela otra vez: vertiginoso y libre, desafiante y apasionado. *Los años con Laura Díaz*, libro extraordinario entre los extraordinarios libros de Fuentes. Libro entrañable, cercano, inteligente, generoso. Libro para dormir abrazándolo. Para llevarlo de un lado a otro y usarlo de talismán, igual que hacíamos, hace ya un cuarto de siglo, las lectoras de Carlos que entonces teníamos veinte años y hoy casi cincuenta. Hubiéramos querido volvernos sus personajes o dar con alguno de ellos a media calle.

¿Cuántos personajes de los creados por la imaginación aventurera y despiadada de Carlos Fuentes se han vuelto parte de la imaginación colectiva en México?

Mientras leía *Los años con Laura Díaz* se me aparecían en sueños sus mujeres desbordadas, sus hombres incandescentes. Al terminar de leerlo supe que me pertenecían para siempre, que el siglo de Laura Díaz era con precisión el de cada uno de nosotros, y que el mundo real puede caber como un vértigo en seiscientas páginas desconcertantes y bellas como los milagros.

Las mujeres y los hombres. El paisaje, las casas, los patios, los caminos, el polvo y los amores de cada una de las historias que hacen este libro prodigioso, se acomodan en nuestro ánimo y nuestra memoria como en el fondo de un acantilado. Pero no sólo el polvo y el aire de México, no sólo muchos de sus hombres y mujeres, no sólo un idioma más ruin, su palabra más suave, son los inolvidables personajes de este libro, sino Fuentes mismo, el narrador como testigo incansable, como el más ávido de los escuchas, como el más vehemente de los que hablan, termina por convertirse en uno de sus mejores personajes.

Sucede con muchos de sus libros, pero con este quizá más que con ninguno. En el fondo mismo de la historia, igual en los detalles y en

los guiños, aparece tramado, sin ambages, con toda claridad, el escritor, el hombre Carlos Fuentes con su voz como una espada, como una alegoría, como un ruego: aquí estoy, este soy yo, esto tengo que decirles porque me duele y me arrebató, de estas urgencias estoy hecho y con estas historias quiero acercarme al mundo para tratar de comprenderlo y mejorarlo. Es una bendición haber dado con Carlos Fuentes. Es una bendición compartir con él este siglo que Laura Díaz supo vivir con la plenitud y el valor de una diosa.

Casi siempre es mejor leer a un escritor que tratarlo, casi siempre es más fácil quererlo por su palabra escrita que por su voz, casi siempre admiramos de lejos a quienes nos cuesta lidiar de cerca. No es el caso de Fuentes. Tratar y querer a Fuentes, son dos cosas en una. Le agradezco a la vida y no se me ocurre cómo explicarle a él los tamaños de la alegría que es verlo ir por el mundo y por la literatura con el valor y la generosidad suyos.

Me he preguntado: ¿qué cualidades y desvaríos, qué pasiones y olvidos convierten al escritor Fuentes en el personaje Fuentes? Y creo que la respuesta no puede generalizarse, que cada quien recibe sus propias claves, cada quien descifra o disfruta el enigma con lo que va encontrando en Carlos.

No puedo olvidar la tarde en que, conversando en torno al tiempo, detuvo el gesto de avidez con que acostumbra mirar el mundo y dijo como si hablara consigo mismo:

—Yo lo que temo del tiempo es que no me alcance para escribir todo lo que me falta.

—¿Pero cuánto te falta? —le pregunté.

—Muchísimo —contestó.

—¿Todavía no te basta con lo que has hecho? —le pregunté pensando en las más de diez mil cuartillas que entonces había puesto por el mundo para contarlos de una manera ferviente, intrépida, inagotable.

Fuentes tiene torcido el dedo índice de la mano derecha porque algo de sí mismo se ha negado a la modernidad implacable de su viajera vida. Así que no sólo ha escrito más de diez mil cuartillas, sino que las ha escrito en una vieja máquina mecánica y con un único dedo.

—Ya no recuerdo lo que he escrito —dijo—. Sólo pienso en lo que me falta escribir.

Yo no imaginaba qué podría faltarle, pero entonces no había escrito ni *El naranjo* ni *Los años con Laura Díaz*, y parecía tener la certeza de que eso y más le faltaba.

Casi siempre los libros de Fuentes invocan su obsesión por el tiempo, pero yo sólo hasta esa tarde me di cuenta de qué manera carga este hombre con un reloj sobre los hombros.

«El talento se mide en cuartillas», decía Jules Renard para torturarse porque no era prolijo. Fuentes no puede hacerse tal crítica ni de chiste; sin embargo, está seguro de que le falta escribir mucho. No sólo no se le han acabado los temas, como les ha sucedido a otros escritores de su generación desde hace unos veinte años, sino que guarda muchos apretando su corazón. Prueba de eso es este libro, catártico, hermoso, rico, lleno de amores y trifulcas brillantes y nuevos. Este libro como escrito por un joven muy joven, por alguien urgido de contar el mundo todo, como si fuera la primera vez que lo cuenta.

Carlos tiene setenta años, se ve como de cincuenta y es dueño de un cuerpo tan incansable como el de un adolescente. Así las cosas escribirá unos treinta años más. Lo que asegura por lo menos otras diez mil cuartillas.

¿Cuál de sus personajes ha sido capaz de una fortaleza comparable? No Artemio Cruz, y eso que fue de piedra; ni Aura, que en su afán por asir el tiempo es capaz de matar lo que más ama; ni siquiera Ixca Cienfuegos, que era eterno. Sí Laura Díaz: incandescente, ávida, luminosa e iluminada por la curiosidad, los amores, la urgencia de rendirle tributos a la vida. Laura Díaz es Carlos Fuentes más que ningún otro de sus personajes.

Los personajes son seres reales o imaginarios que se graban en la esperanza y fecundan

los recuerdos de otros. Para conseguir esto han sabido estar cerca, como están cerca de nosotros los hombres y mujeres que duermen o reviven en los libros.

Yo creo que Carlos Fuentes, junto con Laura Díaz, es el más bravío de sus personajes, creo que su pasión por las palabras es la más intensa de todas las pasiones que ha sabido contarnos Fuentes, creo que ha recorrido con celo y avidez cada círculo de su tiempo, creo que ha logrado quedarse como un lujo en el ímpetu y la memoria de otros.

Fuentes es un hombre que no puede separar su trabajo literario de su intensa aventura personal. Leer, imaginar y revivir *Los años con Laura Díaz* arraigó en mi ánimo la certeza de la ineludible alianza entre el Fuentes creador y el Fuentes ser humano.

Dijo Cortázar, y quiero decir junto con él pensando en Carlos Fuentes:

«Sigo tan sediento de absoluto como cuando tenía veinte años, pero la delicada crispación, la delicia ácida y mordiente del acto creador o de la simple contemplación de la belleza, no me parecen ya un premio, un acceso a una realidad absoluta y satisfactoria. Sólo hay una belleza que todavía puede darme ese acceso: aquella que es un fin y no un medio y que lo es porque su creador ha identificado en sí mismo su sentido de la condición humana con su sentido de la condición de artista.»

El Carlos Fuentes que trabajó y está completo en *Los años con Laura Díaz* nos concede esta belleza, nos regala la realidad absoluta y satisfactoria de un escritor que identifica cabalmente su sentido de la condición humana con su sentido de la condición de artista. Es un premio tenerlo con nosotros. □

Guerreras en dos frentes

Josefina Aldecoa



ROJAS

Mary Nash

Traducción de Irene Cifuentes

Taurus

Madrid, 1999

El libro de Mary Nash *Rojas* tiene un doble valor. Es un espléndido trabajo de investigación en torno a la historia de la mujer en la España contemporánea y un profundo ensayo que analiza e interpreta las causas que mantuvieron a las españolas en un lugar secundario durante un largo tiempo.

La investigación más ambiciosa se centra en una etapa muy concreta: la República y la Guerra Civil y el papel que jugó en esta última la mujer, tanto en el frente como en la retaguardia.

Todos sabemos que fue la República la que encendió la llama del progreso en la apagada realidad de la resignación femenina.

Durante su corta existencia, la República luchó por la educación de hombres y mujeres: ese era el gran reto con que arrancó su primer gobierno. Y en esa breve e intensa revolución educativa, la mujer salió de los estrechos límites de su hogar y demostró al mundo su deseo de incorporarse a la sociedad activa.

La concesión del sufragio a la mujer, la reforma de sus derechos laborales, familiares y educativos, significó un paso adelante que no pudo desarrollarse en toda su extensión debido a la brevedad de la experiencia republicana.

No obstante, cuando el golpe de Estado de la derecha desembocó en una guerra civil, la actuación de la mujer cobra una importancia extraordinaria, y rompiendo la imagen de mujer-madre, mujer-esposa, ángel del hogar y reposo del guerrero, se convirtió ella misma en guerrera.

La imagen de la mujer en los carteles y fotografías de la guerra, recorre el mundo. La miliciana vestida con mono azul, el fusil al hombro, ágil, atractiva y segura de sí misma, se convierte, como apunta Mary Nash, en uno de los símbolos imperecederos de la guerra civil.

Miguel Hernández, en un hermoso poema dedicado a la miliciana Rosario Sánchez y que la autora de *Rojas* cita, inmortaliza su figura.

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarte creyera
que había en tu corazón
esa desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Ahora bien, las milicianas, heroínas populares, luchadoras en el frente, representan sólo un aspecto de la participación de la mujer en la contienda. Hay otras heroínas. Son las mujeres de la retaguardia que luchan por mantener la vida cotidiana y juegan un papel decisivo en la resistencia civil. Madres heroicas representadas también en carteles, en los que aparecen con sus hijos en brazos, heridos o muertos. Madres que ofrecen a sus hijos para que luchen por la libertad. «Nuestros hijos defienden la vida y la felicidad de nuestros nietos», es una de las consignas que repiten, citada por Mary Nash.

Las mujeres no sólo se convirtieron en proveedoras de alimentos para la población civil y ropas para los soldados en los frentes de batalla. No sólo son enfermeras y asistentes sociales sino que se hacen cargo de todo tipo de trabajos abandonados por los hombres. Conducen camiones y transportes públicos, ocupan talleres y fábricas y se preocupan paralelamente de la lucha contra el analfabetismo.

Tanto en el frente como en la retaguardia, las mujeres aprovechan esta situación extraordinaria provocada por la guerra para demostrar a los hombres su valor, que va mucho más allá de la peripecia bélica. Su capacidad de organización y decisión en momentos críticos, su imaginación para resolver situaciones difíciles, su tesón y su constancia, ponen de manifiesto una realidad poco admitida: la capacidad de la mujer como ciu-

dadana de primera clase, su reconocimiento como ser humano infravalorado y sin embargo capaz de marchar al lado del hombre, de ayudarlo en condiciones de igualdad a construir un mundo mejor.

Al terminar la guerra, con la derrota de la República, las mujeres republicanas, lo mismo que los hombres, sufrieron represalias brutales. Fusiladas unas, encarceladas o exiliadas otras, pagaron duramente su apoyo a la República y sus intentos de salir del atraso y la marginación.

Después de la represión política y social de la dictadura, después de retroceder a las fórmulas educativas vigentes en el siglo XIX, hay que esperar a la década de los setenta, casi cuarenta años, para que la mujer recupere su capacidad de lucha, reivindicación y asociacionismo. Con la llegada de la democracia, van regresando lentamente los derechos perdidos. Hoy, las mujeres españolas dan muestras crecientes de su incorporación al estudio, a la investigación, a la creación artística y literaria, al trabajo, en fin, en todas

sus dimensiones. Han recogido la antorcha de aquellas *Rojas* que escribieron un episodio único en nuestra historia.

De todo esto y de muchas cosas más trata el libro deslumbrante de Mary Nash. Un libro de obligada lectura para todos los que quieran comprender los significados profundos de la historia del siglo XX español y muy especialmente para los que ignoren la historia de la mujer a lo largo del siglo que termina.

La historia de su lucha por incorporarse al mundo de los hombres en el trabajo, la responsabilidad y el derecho a decidir por sí misma y conseguir su independencia como ser humano.

Las nuevas generaciones encontrarán en este libro la historia de sus abuelas, las mujeres de la República, heroicas y luchadoras, perseguidas, acalladas y censuradas después de la derrota, a quienes se llamó, a modo de insulto *Rojas*.

Debemos dar las gracias a Mary Nash por este libro suyo, riguroso y brillante, escrito con una lucidez conmovedora. - □

A propósito de «El fin de la esperanza»

Javier Alfaya

Resulta curioso: después de casi un cuarto de siglo de ejercicio de la desmemoria histórica comienzan a surgir aquí y allá voces tan diferentes como las de Javier Tussell, Rosa Regás o Josefina Aldecoa, que aprovechan ocasiones como un seminario sobre historia de la España contemporánea o la presentación de una novela, para hablar de la necesidad de que se cuente a los españoles de hoy lo que fueron realmente los casi cuatro decenios durante los que España sufrió la dictadura del general Franco. No son ellos los primeros ni —esperemos— los únicos en reclamar lo que sencillamente significa decir la verdad sobre un régimen odioso que sometió y degradó al país hasta extremos insoportables. Empiezan a surgir historiadores jóvenes que se han planteado en

serio lo de reconstruir —no deconstruir— el pasado español, para releerlo a la luz de la democracia. Con ello empalman, desde esta década de los noventa, con los trabajos de historiadores como Josep Fontana, Antonio Elorza y otros que en los años de la transición se esforzaron por analizar a fondo la dictadura, con la intención de recuperar la verdad histórica para que las generaciones futuras dispusieran de una base documental y testimonial que les permitiera conocer cómo habían sido los años de la vergüenza. Pero aquella tendencia se frustró en buena medida, víctima, muy posiblemente, del clima político y social creado por la intentona golpista del 23-F, uno de cuyos efectos fue garantizar la impunidad de los principales responsables de la dictadura



EL FIN DE LA ESPERANZA
Juan Hermanos
Tecnos
Madrid, 1998

franquista, no ya para evitar que tuvieran que presentarse ante los tribunales —que en eso casi nadie pensaba habida cuenta de la manera en que se llevó a cabo la reimplantación de la democracia en el país— sino para que ni siquiera sus nombres y sus fechorías aparecieran en los papeles. Es decir, para que se corriera el telón sobre la época franquista y para que ésta pasara a ser sustituida por un gran vacío, una especie de agujero negro de la historia de España, un periodo del que hasta llegó a ser políticamente incorrecto hablar.

Así, las matanzas de los años cuarenta, por ejemplo, se convirtieron en un tema sobre el que se pasaba de puntillas hasta hace poco, cuando historiadores como los que colaboran en la obra *Víctimas de la guerra civil*, coordinada por Santos Juliá, o el libro *Consejo de guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra*, de Mirta Núñez Díaz-Balart y Antonio Rojas Friend, por no citar más que dos trabajos bien recientes, se han ocupado de ellas. Como ha sido encerrada en el cuarto de los trastos viejos la historia del exilio republicano en Europa, incluido el papel de los combatientes españoles en la resistencia antifascista, sobre todo en Francia, o el trágico destino de los millares de compatriotas nuestros exterminados en los campos de concentración del Tercer Reich con la complacencia de Serrano Suñer y compañía. Por no hablar de la destrucción hasta la raíz de la cultura liberal y democrática en el país, orquestada y dirigida por los intelectuales orgánicos del nacional-catolicismo en sus diversas variantes, desde la Asociación Católica Nacional de Propagandistas hasta el Opus Dei, flanqueados por los de la Falange y los de la Comunión Tradicionalista. Por no hablar tampoco de la actividad frenética del tristemente célebre Tribunal de Orden Público, que funcionó, no se olvide, más allá de la muerte del dictador. Con antecedentes semejantes, ¿puede extrañar a nadie que la mayor parte de la derecha parlamentaria española se negara a condenar, hace bien pocas semanas, el intento de golpe de Estado militar del 18 de julio de 1936 que dio origen a la última guerra civil? Hay querencias que nunca se pierden.

Pero aunque dispersos, siguen surgiendo intentos de reconstrucción de la memoria histórica y entre ellos se encuentra la publicación de un libro prácticamente desconocido

en nuestro país, pero que desempeñó un papel notable como testimonio de la resistencia antifranquista: *El fin de la esperanza*, de Juan Hermanos, que, inencontrable, reaparece ahora editado por Tecnos, recogiendo el prólogo de Jean-Paul Sartre a la traducción francesa, y con una introducción de Francisco Caudet.

El fin de la esperanza es un libro al que, si no estuviera desgastada por el mal uso la palabra, se podría calificar de mítico. Muchos que leímos allá a finales de los años cincuenta o principios de los sesenta el ensayo sobre él de Sartre —publicado, si no me equivoco, en la serie *Situaciones*— nos quedamos, sin embargo, sin conocer de primera mano un libro que apareció por primera vez en francés —como sucedió, por cierto, con otro importante testimonio literario de los años cuarenta, la novela *El exilio interior*, de Miguel Salabert— en *Les Temps Modernes* /Juilliard en 1949, y que tuvo dos ediciones en español, una en México (Espartacus, México, 1953) y otra en Buenos Aires (Oberón, 1956), más una reproducción de la primera realizada en 1963 en La Habana con prólogo de Alberto Bayo. Sartre nunca reveló quién le había hecho llegar el manuscrito original, ni quién era su autor —si es que llegó a saberlo. Así, pues, las ediciones en español son traducciones de una traducción lo cual explica los numerosos deslices de lenguaje que hay en el libro.

Escrito en primera persona, *El fin de la esperanza* es un relato acerca de la resistencia en los años más negros de la represión franquista. Posiblemente nunca lleguemos a saber si la organización acerca de la que trata el libro existió realmente o cumple el papel de símbolo en el que el autor quería sintetizar la historia a menudo trágica de quienes, con siglas partidarias o sindicales o sin ellas, quisieron mantener vivo el fuego de la causa republicana y antifascista. Cada vez sabemos menos de esos años porque la mayor parte de quienes podrían hablar con conocimiento de ellos han muerto o han sido sumergidos en un olvido interesado. Que yo sepa, no existe ningún trabajo de historia oral acerca de la resistencia en los años cuarenta, como tampoco lo hay sobre la reconstrucción del movimiento obrero en los años sesenta. Hubo un tiempo en que editoriales del exilio como Ruedo Ibérico o Ebro publicaron una serie de testi-

monios autobiográficos de militantes activos en esos años. Es lamentable tener que decir que la normalización democrática en España se los llevó por delante, como se llevó a unas cuantas novelas, algunas de ellas notables, que se desarrollaban en el ambiente de la lucha y la represión de esos años. Baste con citar títulos como *Otros hombres* y *Los inocentes*, del fallecido Manuel Lamana, publicados en Argentina por Losada, *La otra cara* de José Corrales Egea, que apareció en el parisino Club del Libro Español y luego en Gallimard en francés, *Año tras año* de Armando López Salinas, editado en París por Ruedo Ibérico, *Los vencidos* y *Al regreso del Boiras*, de Antonio Ferres, el primero publicado por Feltrinelli en Italia y el segundo en Venezuela, además del ya mencionado *El exilio interior* de Miguel Salabert. Ninguno de ellos, con la excepción del de Salabert, reeditado por Anthropos, malamente distribuido y —¡cómo no!— ignorado por la crítica al uso, se encuentra hoy en nuestras librerías. Ningún editor ha tenido a bien recuperarlos. Como tantos otros textos que pertenecen a la cultura de la resistencia en España se han convertido en obras malditas, a las que está bien visto criticar despiadadamente, sin haberlas leído, eso sí, incluso desde una izquierda política que lleva años dedicándose al deporte de escarnecer sus señas de identidad. Tal vez un día una generación de lectores desprejuiciados sienta curiosidad por encontrarse con algunos de esos títulos y se pregunte entonces a qué vino tanto olvido y tanto menosprecio.

La historia que se cuenta en *El fin de la esperanza* es la de una inmensa frustración: la de aquellos demócratas españoles que lucharon en la clandestinidad más rigurosa contra la dictadura, con gravísimo riesgo de sus vidas, y que esperaron con una maravillosa ingenuidad que las mismas democracias que habían traicionado a la II República durante la guerra civil se arrepintieran de sus yerros de antaño, y ayudaran a derribar a Franco y a su régimen. No contaban con que los aliados occidentales, capitaneados por los EEUU, no tenían el menor interés en arriesgar absolutamente nada para reinstaurar la democracia en nuestro país. Y en cuanto a la URSS... Stalin podía mostrarse beligerantemente antifran-

quista pero conocía las reglas del juego y sabía lo que significaba la división en áreas de influencia realizada en Yalta. El mismo había sacrificado a los comunistas griegos y estaba dispuesto a hacer lo mismo con los yugoslavos. Gruñó un poco porque eso le daba aun más crédito dentro del movimiento comunista —ese mismo movimiento que iba a masacrar a fondo en los años posteriores, empezando con los veteranos de las Brigadas Internacionales, demasiado proclives a identificar el socialismo con las ideas de democracia y de libertad.

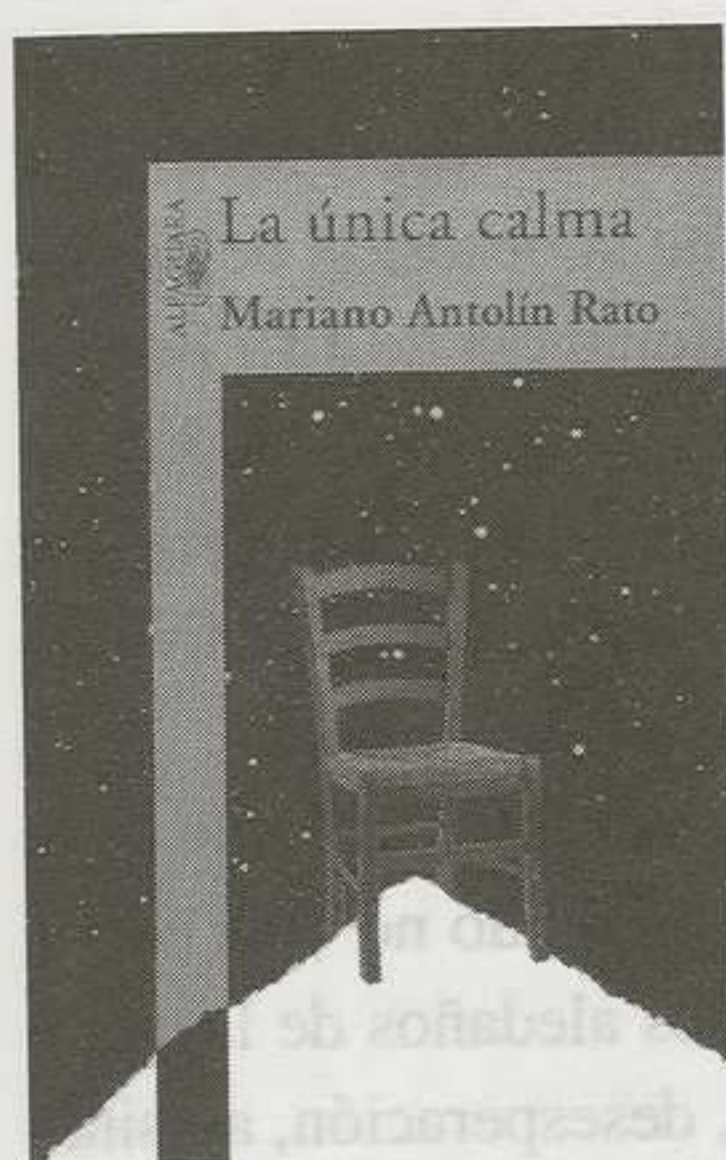
El autor de *El fin de la esperanza* habla de la enorme desilusión de un pueblo que terminó por perder en dos guerras: la suya y la otra, la mundial de 1939-1945. Esos intelectuales, esos estudiantes, esos oficinistas y esos obreros que aparecen en el libro son mucho más reales de lo que puede pensar un lector actual. Algunos de ellos tal vez militaran en la reconstruida Federación Universitaria Escolar (FUE), en la Unión de Intelectuales Libres, en las células del PCE, en los grupos de socialistas o de libertarios. Derrotados definitivamente se dieron cuenta de que su sacrificio había sido inútil: Franco contaba con el beneplácito del Vaticano y de los EE.UU., y aunque provocara reticencias en Europa Occidental, era un aliado seguro en el mundo de la guerra fría, y, sobre todo, un garante de las inversiones económicas multinacionales. ¿Qué más se podía pedir?

El fin de la esperanza es, como su subtítulo proclama, un testimonio. Descarnado y a menudo desgarrador. No oculta nada, no embellece nada. Es el reflejo de unos años desesperados y sin salida. Todavía pesarían unos años antes de que otros hombres y mujeres, muchos de ellos hijos de los vencedores de la guerra civil, que se negaron a aceptar la lógica fraticida de las dos Españas, pusieran en febrero de 1956 en Madrid la primera piedra de una nueva resistencia.

Pero esa es ya otra historia, que precisa de otros narradores. Juan Hermanos, quién quiera que fuera, cumplió su parte contándonos lo esencial de aquellos años terribles, cuando toda parecía consumado y otro telón de acero había caído sobre el escenario español. Es útil —y justo— acercarse a este libro. □

Revelación del límite

Lluís Alvarez



LA UNICA CALMA
Mariano Antolín Rato
Alfaguara
Madrid, 1999

La última novela de Mariano Antolín Rato (Gijón, 1943) comienza como una obra experimental y acaba como una obra experimentada: en ella se alcanza la madurez de un estilo. Estaba bastante claro que Antolín es uno de los escritores más audaces dentro de la lengua castellana, pero después de *La única calma* no cabe duda de que el autor ha ingresado además en el grupo de sus mejores novelistas. Pero vayamos a los antecedentes. *Cuando 900 mil Mach aprox* (1973) y *Campos unificados de conciencia* (1984) exploraban con apreciable dosis de ironía algunos géneros de rompimiento sintáctico y escritura espacial sobre modelos de ficción futurista más o menos anglosajones. (De lo que es bien expresivo el mero enunciado de los títulos. Añádase, entre otros, *De vulgari zyklon B manifestante*, de 1975.) *Botas de cuero español*, en cambio, se centró en el ambiente doméstico —aprovechando para el título el de una canción de Bob Dylan—. En esa novela de 1995 Antolín le hacía los honores a la década socialista y a sus tensiones entre ideología de progreso y oportunismos personales.

Ahora *La única calma* surge cual síntesis de las líneas retóricas probadas antes, pero vertiéndolas en una poderosa historia en cuyo centro se coloca la figura del hombre, del varón, que de repente se ha hecho tan mayor que sus experiencias no pueden ser alimentadas con novedades sentimentales o especulativas. En el mundo de *La única calma* los acontecimientos mínimos remiten al todo de la vida y éste remite a los fragmentos de tal modo que el único avance consistiría en plegarse al deber de mejorarlo todo un poco más. ¿Pero qué pasa si el personaje carece acaso de esa capacidad «burguesa» de seguir adelante para convertir las ilusiones en ética pura? Ese es el síndrome que padece Alonso Vigil, que como viejo *rockero* que es no sólo no muere nunca sino que es muy capaz de matar llegado el caso. Todo depende de la vía rápida de salida que elige, o que le es impuesta por sus pasiones retrospectivas, por su propia confusión

y por el contraste que experimenta con las creencias hedonistas o metafísicas —más o menos budistas, más o menos serias o impostadas— de los otros personajes que le rodean.

En esta historia de Antolín hay ya muy poco de fantástico y sí mucho de empírico. Todos conocemos a chicas fascinantes de la generación de Paloma, que vivieron a tope su libertad y su rebeldía como armas autodestructivas. Y hemos llorado también a amigos nuestros que al igual que Lázaro, el hijo de Paloma, se han ido por los intersticios de una inteligencia malograda en el aislamiento autopunitivo. ¿Malograda? Para el orden político tal vez, o para la respetabilidad profesional o hasta para el conjunto de las ideas dominantes de Occidente... pero ¿merecen todos esos fantasmas el sacrificio de la individualidad? *La única calma*, cuyo título se refiere a cierto mantra de la filosofía Zen, transmite la impresión de que las vías para la individualidad quedan siempre abiertas aun al borde del abismo, aun en medio de la ensoñación de que, en efecto, el siglo concluye, el milenio se acaba y la presente edad del cosmos, acaso, se dispone a consumirse. Hay muchos apocalipsis sueltos por las calles de la ciudad, dice Antolín, y son una cuestión de hecho porque hay mucha gente dispuesta a esperarlos y aun a provocarlos. Eso nos mantiene siempre en la tensión entre la paz y la violencia (las nuestras y las de los otros).

En uno de sus momentos de autoencierro, que prefiguran/preparan la ascensión final a la Montaña Fría, Alonso Vigil evoca lo siguiente: «Los hechos no eran sólo meros hechos, recordaba que dijo Lázaro Blay: y que la reconquista de la unidad no equivalía a una supresión de los opuestos. Dependía de la propia relación, no de las cosas relacionadas», (pág. 291). Es cierto que esas prédicas orientales fastidian un tanto a nuestro protagonista (menos intelectual y de más edad que su solitario amigo) hasta el punto de parecerle más propias de una rechazable «actitud petulante», una suerte de otra «solución final». Pero por otro lado Lázaro, ya muerto,

muestra a Vigil —a través de la peripecia de la misteriosa bolsa de viaje llena de apuntes y cintas magnetofónicas— un pasado, una historia abyecta (pero de las muchas que hay) que va a ser en adelante el único presente del ex músico. Vigil sobrevive... ¿en la medida en que Lázaro ha resucitado/se ha reencarnado en él mismo? Ese *topos* narrativo es muy penetrante: Vigil, el joven-ya-maduro cuya captación de los detalles de la vida y de sus concomitancias de sentido se ha disparado al infinito, prolonga la existencia de Lázaro-casi-adolescente invirtiendo la dirección de sus fantasías de autoaniquilación. En vez de caminar sencillamente hacia el nirvana o algo semejante, Vigil acumula las dos grandes tradiciones clásicas del Oeste y del Este: amor y muerte. Primero se enamora trágicamente de Paloma, a la que nunca conoció, y después vengará la desgraciada memoria de la mujer en la persona de su ex amante (ese magistral Chicago, listo de barrio, *motero* tierno y cruel). Sólo al final (el «final del final» que es evocado, pág. 254, como suicidio de combate) Alonso Vigil se convierte en *kamikaze* contra sí mismo iniciando la andadura hacia «la única calma»: en la frágil región de la Montaña Fría, un poco al norte de Madrid.

Sólo hay dos formas de valorar la novela última de Mariano Antolín: o uno la ve como un relato más de gente desorientada y decepcionada que absorbe su desorientación y su decepción a base de filosofía Zen, cocaína, heroína, whisky y otros específicos, o la contempla como una de las mejores novelas españolas de estas últimas décadas. Yo estoy por la segunda forma. Creo también que *La única calma* es un arrebato muy rico en cuanto síntoma cultural de estos años en España. Así como la película de Iván Zulueta —la gran *Arrebato*— fue la mostración en el trienio cutre y efervescente de 1979 a 1982 de lo que la izquierda tenía que dejar atrás y cercenar en su ascensión hacia el poder, así esta novela de Antolín muestra mucho de las actitudes y de las visiones que la derecha en el poder (de momento) ni quiere ni puede asimilar. Zulueta desplegaba la alegoría del autismo por medio de la obsesión de la imagen-vídeo, una fase superior y más «espiritual» que se sobreponía a la mera manipulación de la droga. Antolín despliega la metáfora, ¿más madura?, de la automarginación consciente, más allá de la química consolatoria. Y lo hace por medio de esa vigorosa mezcla —

que admiro— de tiempos barajados y ralentizados, de analogías de percepciones y sentimientos, de inseguridades matizadas e irónicas, de microexperiencias que poseen un macrosignificado. Por medio también de las referencias a la pluralidad falsaria de doctrinas que la propia seguridad flotante y provisional del sistema propicia: un tema semejante a los de Umberto Eco que Antolín Rato/A. Vigil desarrolla con más fuerza pasional, con más terquedad en el exceso, con más sobriedad romántica. Por medio —sobre todo— de la obsesión del texto-que-se-descifra (una resonancia de J.L. Borges ahí) en medio del *horror cotidianus*. Todo ello mientras la bella naturaleza decae, o parece que lo hace o podría hacerlo, atrayendo al individuo hacia ese mismo desvanecimiento.

Y es que Antolín ha escrito una novela de la revelación del límite cuyo fondo no deja de ser la pura verdad: que en los aledaños de la experiencia —soledad, odio, desesperación, asesinato— la proliferación de interpretaciones no lleva tanto a la destrucción como a la mera negatividad. La estrategia semántica de su novela es una palmaria *imitatio* de tal idea: «ni esto, ni lo otro, ni tampoco lo de más allá». Tal semántica se corresponde puntualmente con una prosa tallada en aristas que hereda aquella otra, más quebrada, de sus novelas más fantásticas y materiales. *La única calma* utiliza una descripción neutra y multifocal de congelado rigor. He aquí una muestra, quizás demasiado típica, de esa concentración de mundos diversos: «Pero Alonso Vigil acababa de recuperarse del desfallecimiento e imponiéndose a los recuerdos, avanzaba por Monteperdido. Y a pesar del nombre del barrio, lejano también a cualquier elevación del terreno, ya no se perdería en cuestiones ajenas a su esfuerzo por atravesar unos agujeros negros en suspensión de pagos por la historia dentro de los que se disponía a realizar la gran venganza, un acto semejante a arrancarse la propia identidad sin ningún tipo de anestesia», (pág. 258). Una prosa elaborada —en ocasiones de sintaxis heterodoxa y «escheriana»— pero no tan acabada que no exija una lectura atenta y recreadora, que no meramente recreativa. Esa es la condición que una *lectio difficilis* exige para que se revele la rara perspectiva espiritual de *La única calma*. Por otro lado, Antolín no se priva de entrelazar con distante maestría el tono principal del relato, que es de un estricto realismo fingidamente cientifista, con un contrapunto de

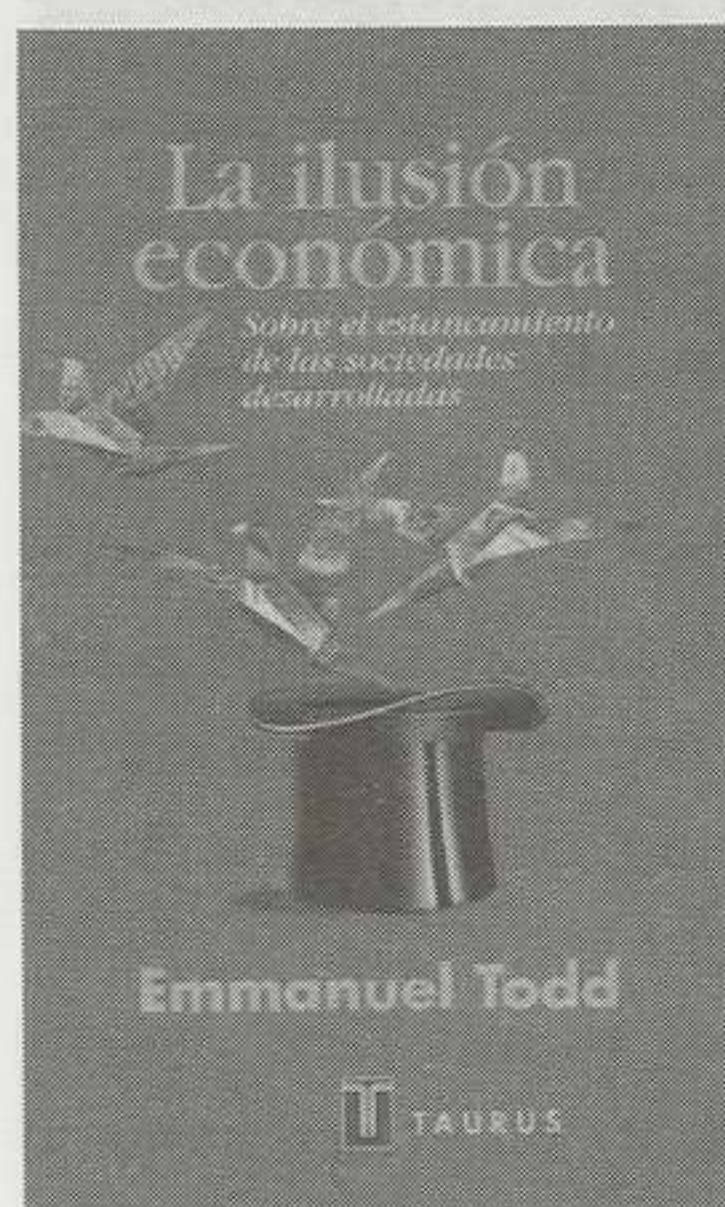
variados guiños a la intertextualidad literaria. Lo que él llama con amargo desdén «versiones». Así que sus personajes actúan como nihilistas sin saberlo —excepto aquel que se cree de veras un budista autocrítico (¿?), es decir, Lázaro Blay, el hijo de su propia hermana Paloma. (El cual sin embargo no resulta ser a caso budista auténtico sino una víctima más de nuestra paranoia urbana lo mismo que los discípulos del maestro Soshui Nuñez que en la misión de «Llama Apacible» segregan una especie de discurso pseudoheideggeriano, etcétera.) Pero todos los personajes están sometidos al juicio paralelo de las «versiones» literarias, que funcionan también como una especie de relato intercalado del propio proceso de formación de la novela. Eso es peligroso para la coherencia narrativa pero es muy coherente con el fondo experimental de la escritura de Antolín. Véase esta bonita autodefensa: «Según la marea

impresionista del relato dominante —venció con facilidad, se dijo, a las corrientes subterráneas con visiones parceladas, fragmentarias, que pretendían reducir a polvo las palabras— había dejado de llover».

Alonso Vigil se pierde en la Montaña Fría al son de las reiteraciones de su discurso delirante: ha borrado todos los rastros. Pero su única calma no es ni puede ser un desvanecimiento doctrinario de los deseos y proyectos. Al contrario. Le acompaña su elección: la elección del tramo de vida al que ha dado sentido con sus acciones. Ubicado en el espectro social en el que la música y la droga hacen del contacto entre la cultura proletaria y los centros de poder efectivo, Vigil ha abandonado la ley y el orden. Amar y vengar a Paloma o ascender a la montaña para morir son actos igual de arriesgados y de arbitrarios. Sólo resta la voluntad de abstención y de ascesis. Sólo queda el hombre con sus, pocos, atributos. □

El economista y el helicóptero

Javier Gutiérrez Vicén



LA ILUSION
ECONOMICA
Emmanuel Todd

Traducción de Estrella
Trincado Aznar
Taurus
Madrid, 1999

Un conocido chiste neoyorquino explica la definición de economista de la siguiente forma: En medio de la bruma, un hombre dentro de un helicóptero se dirige a un aseado ciudadano que está trabajando en su oficina en el último piso de un rascacielos y, a veces, pide que le diga en dónde se encuentra. El oficinista, entonces, le contesta, a veces, que en un helicóptero.

De acuerdo con el chiste, es claro que el hombre de la oficina es un economista. A veces un chiste no es sólo un chiste y naturalmente traigo éste a colación, no para escarnio de una ciencia tan importante para la humanidad como es la economía, sino solamente para apuntar la necesidad de acercarnos a lo social desde una mirada amplia.

Emmanuel Todd, doctor en Historia por la Universidad de Cambridge y diplomado por el Institut d'Estudes Politiques de París, nos demuestra con su libro *La ilusión económica*

que dispone de un talento extraordinario para abrir nuevas perspectivas en el análisis social. Si el economista del chiste solemniza lo obvio, Todd se esfuerza en todo lo contrario, explicar de forma amena, documentada y precisa lo que se esconde detrás de los grandes mitos económicos y sociales en el presente: el librecambismo, la mundialización, la moneda única europea como solución de los problemas sociales.

Tenemos aquí un libro valiente, cargado de ideas en cada capítulo. Emmanuel Todd parte de una constatación: desde hace poco tiempo se ha generalizado una toma de conciencia sobre el mal funcionamiento general del sistema económico mundial. Su propósito en este ensayo es analizar las causas de este fenómeno, y se vale para ello de una profunda formación científica un estilo depurado no exento de ironía y sentido del humor.

Pero, además, este libro asume también una valiente construcción teórica para vislum-

brar cuál debe ser el sentido de los esfuerzos políticos, cómo profundizar en el discurso democrático y cómo estimular una conciencia social responsable y madura que permita reemplazar lo que denomina «el pensamiento cero» por nuevas creencias colectivas que recuperen la esperanza en el devenir humano, desde la solidaridad y frente a la barbarie.

La variedad de los aspectos tratados comienza con un análisis antropológico de los diferentes modelos capitalistas, comparando los países con modelos de familia nuclear, aquellos otros que poseen modelos de familia troncal y aquellos con modelos comunitarios, cada uno con sus respectivas variedades.

Desde este análisis explica la influencia que las creencias colectivas tienen en la gestión económica y cómo los modelos más extremos, aquellos que fomentan el individualismo absoluto y aquellos proclives al totalitarismo, chocan con la naturaleza humana y no atienden al interés de la colectividad.

Al llegar a este punto, Todd nos presenta el año 2000 como sacado de un cuento filosófico del siglo XVIII en el que irónicamente se presentase como irresoluble un problema que en realidad es inexistente: la relación del individuo con el grupo. Para Todd, «es una evidencia antropológica que: 1) el individualismo existe con su personalidad y sus deseos propios, sus cualidades y sus defectos, su capacidad de cálculo económico racional; 2) el grupo existe, y sin él, el individuo no es concebible, puesto que le proporciona su lengua, sus costumbres y la idea *a priori*, no verificada pero necesaria en la vida, de que las cosas tienen un sentido». A continuación, el autor se detiene a estudiar la importancia que la formación de los pueblos tiene en el desarrollo económico, construyendo esta reflexión una parte extensa y sustancial del ensayo.

Dos cuestiones sobresalen de entre las muchas idas que en esta parte nos presenta Todd. En primer lugar, compara dos realidades históricas. Si bien la alfabetización masiva ha sido un factor decisivo para la aparición de la convivencia democrática, sin embargo la forma en que se ha desarrollado la extensión entre la población de la enseñanza secundaria y universitaria en la segunda mitad de este siglo está constituyendo un elemento de debilitamiento de las creencias democráticas, y ha dado lugar a la revisión de la creencia de igualdad. Mejor dicho, está favoreciendo la extensión de ideas

que justifican la necesidad de desigualdades sociales como un supuesto elemento teórico necesario para la dinamización económica, lo que denomina «la fiebre social desigualitaria».

En segundo lugar, dirige su análisis a comparar el avance tecnológico con el estancamiento intelectual actual. Para explicar que la alfabetización masiva crea una igualdad espiritual entre los hombres, el autor elabora esta frase feliz: «La escritura es el medio de acceso fundamental al conocimiento, religioso o técnico, que permite el dominio del tiempo». Al examinar el nuevo desarrollo digital de lenguaje numérico, Todd considera que la informática optimiza el uso de una instrucción primaria masiva, pues si bien necesita para su aplicación de una población que sepa leer y contar, puede prescindir de una generalización de las formaciones secundarias y superiores.

No se queda aquí el ensayo, que en realidad constituye más bien un compendio de ensayos interrelacionados, sino que además Todd aborda con igual precisión y soltura el mito librecambista y la utopía monetarista acreditando con datos y estadísticas quizás en exceso, la imposible quimera de obtener el desarrollo y la riqueza de los pueblos desde la desregulación y la desprotección. El vocerío globalizante librecambista, dice Emmanuel Todd, no expresa más que un abandono al destino. Hace de la necesidad una virtud. También se detiene en desmontar la «varita mágica» de la moneda única europea.

Concluida esta faena torera, el autor se pregunta a qué se debe la negativa de las élites a reconocer la ineficacia de sus recetas. El porqué de esta obsesión al final del siglo por las políticas económicas de corto plazo y el abandono de proyectos más solidarios, más realistas y eficaces. Y nos da una explicación tan lúcida como conmovedora: hay que abandonar la idea de que la necesidad es algo excepcional en el ser humano. Todd denomina a esta necesidad «la ceguera».

Por el contrario, nada es más fácil y constante (por necesario, dice) en el ser humano que esta ceguera. Tanto en la economía como en la política o en el amor. Pues si bien el hombre tiene una tendencia natural a la curiosidad y ello explica su progreso intelectual, el hombre es un animal que quiere saber, para funcionar satisfactoriamente ha de negar la realidad. Necesita del autoengaño y, tal y como subrayó Freud, el inconsciente ignora su propia muerte.

Es en reflexiones así en las que este libro alcanza un vuelo que le convierte en un texto extraordinario, imprescindible para entender nuestro entorno y para entendernos a nosotros mismos. Su propuesta es la de recuperar valores sociales imprescindibles que nos permitan una defensa lúcida de la Seguridad Social y los servicios públicos, la mejora de las condiciones del mercado de trabajo para posibilitar el consumo desde una economía que se ordene desde la

demanda y no desde la oferta. Por otra parte, nos sugiere el impulso del concepto de nación como instancia democrática frente a esta propuesta de caos vacío: «Si la mundialización no es lo que disuelve las naciones, sino que la autodisolución de las naciones es lo que produce la mundialización, entonces la recomposición de las naciones hará desaparecer el problema de la mundialización». En definitiva, un libro lleno de interés, energía y aire fresco. □

Disolviendo ilusiones

Rafael García Alonso



CONTRAFUEGOS

Pierre Bourdieu

Traducción de Joaquín Jordá

Anagrama

Barcelona, 1999

A lo largo de los años Pierre Bourdieu se ha ocupado de temas muy dispares —los museos, el deporte, la televisión, la fotografía, la pobreza...— sin descuidar la investigación empírica ni el interés por la epistemología. Con vocación instrumental ha elaborado una serie de conceptos cuya comprensión, empero, se ve dificultada por una escritura que debe hacer sudar tinta china a sus traductores. Algo menos cuando los textos que escribe pueden ser definidos como textos de combate, como es el caso de *Contrafuegos*.

En los libros que presentamos hay impulsos comunes: hacer visibles aspectos descuidados de la realidad, disolver ilusiones, concebir la reflexión como una tarea colectiva... Aristóteles señaló que el teórico necesita tranquilidad, tiempo libre para realizar sus investigaciones, sentirse liberado de las urgencias del mundo para pensar lo mejor. Sin embargo, señala Bourdieu, esa situación de *scholé*, de ocio, que constituye la condición de la existencia de todos los campos del saber, da lugar a una «razón escolástica» epistemocéntrica que proyecta sobre lo investigado las representaciones de los propios investigadores. Se imputaría así al objeto lo que pertenece a la manera de aprehenderlo. A corregir tales distorsiones están destinadas sus *Meditaciones pascalianas*, que se presentan como una interrogación epistemológica referida a los distintos campos «escolásticos» del conocimiento. Bourdieu propone

regresar al mundo de la existencia cotidiana reconstruyendo teóricamente su lógica.

Los errores citados se han convertido en *habitus*, es decir, en estructuras de la percepción generadas socialmente y capaces de orientar de forma práctica la conducta. De ahí que Bourdieu, escapando de una de esas tentadoras equivocaciones escolásticas, nunca haya desdeñado los análisis empíricos. Comprendemos también, por ello, que, en *Contrafuegos*, se ocupe de problemas candentes para combatir la consolidación de determinados hábitos: muy en especial de la idea neoliberal de que el Estado debe renunciar al cumplimiento de funciones sociales —en sanidad, educación, asistencia.

A ambos textos subyace la convicción de que disolver tales errores es algo a lo que el discurso del intelectual sólo puede contribuir. Lo cual resultaría más eficaz cuando el discurso converge con tendencias inmanentes en el orden social (pág. 11). Claro ejemplo de ello es la alegría que expresa en *Contrafuegos* ante el movimiento de organización de los parados franceses en 1998. Pues a su juicio tal movimiento recuerda que el orden económico y social se apoya en el miedo al paro. La precariedad laboral, en efecto, consolida las estrategias de dominación y explotación al desmovilizar y desmoralizar a un ejército de reserva que amenaza a sectores cada vez más amplios y preparados de trabaja-



**MEDITACIONES
PASCALIANAS**

Pierre Bourdieu

Traducción de Thomas Kauf

Anagrama

Barcelona, 1999

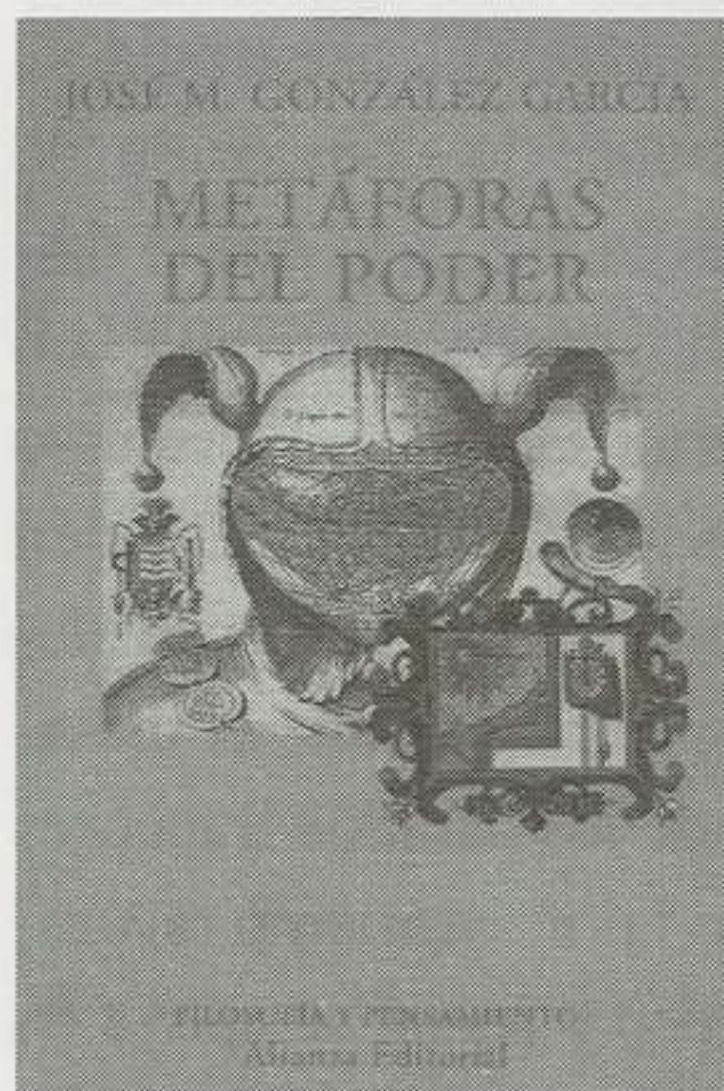
dores. Tal movimiento, además, se enfrenta, de acuerdo con las meditaciones pascalianas, al sentimiento de insignificancia y contingencia que los parados son inducidos a sufrir. Es decir, al *habitus* de que una vez devaluado su capital económico, cultural y social tiendan a no ser reconocidos como personas, como seres humanos. En ese sentido, los parados tienen escaso capital simbólico o éste es negativo puesto que no se reconoce su importancia social.

De acuerdo con Wittgenstein y con Pascal, Bourdieu en *Meditaciones pascalianas* analiza el campo de la práctica intelectual renunciando a establecer principios. Aspirando también a sortear los hábitos dualistas del pensamiento: mecanicismo/finalismo; objetivismo/subjetivismo, etcétera. Quienes se hallan en una situación de *scholé* se ven afectados por tres presupuestos: la *doxa* propia del campo al que pertenecen —religioso, artístico, filosófico...—, la posición que ocupan en el espacio social, y la *doxa* asociada con la condición de *scholé*. La ilusión básica de la razón escolástica consiste en identificar lo que debiera ocurrir de modo lógico con

lo que ocurre de modo práctico. Pero, como dijo Gaston Bachelard, el mundo en el que se piensa no es el mundo en el que se vive. Así yerran, por ejemplo, tanto las tendencias mecanicistas como las finalistas. Pues, según Bourdieu, la acción no es resultado ni del influjo inexorable de causas externas ni de decisiones racionales fruto del cálculo de posibilidades. El escolástico iluso concibe al agente como un sujeto consciente de sí mismo que aprehende racionalmente el mundo como un objeto exterior. Por el contrario, si se atiende a la especificidad de la lógica práctica, se constata que el sujeto se halla en una situación de inmanencia con el mundo, de estar interviniendo activamente en él. Capaz de adquirir disposiciones de conducta que le orientan de forma inmediata sin necesidad de que se conviertan en reglas ni de sesudas deliberaciones. Se trata de lo que ya en otros textos Bourdieu ha denominado «sentido práctico». Pues el *habitus*, en tanto que incorporación de un orden social, engendra prácticas ajustadas a ese orden incluso cuando los contextos se modifican. □

El poder de la metáfora en la política

Carlos Gómez Sánchez



METÁFORAS DEL PODER

José María González García

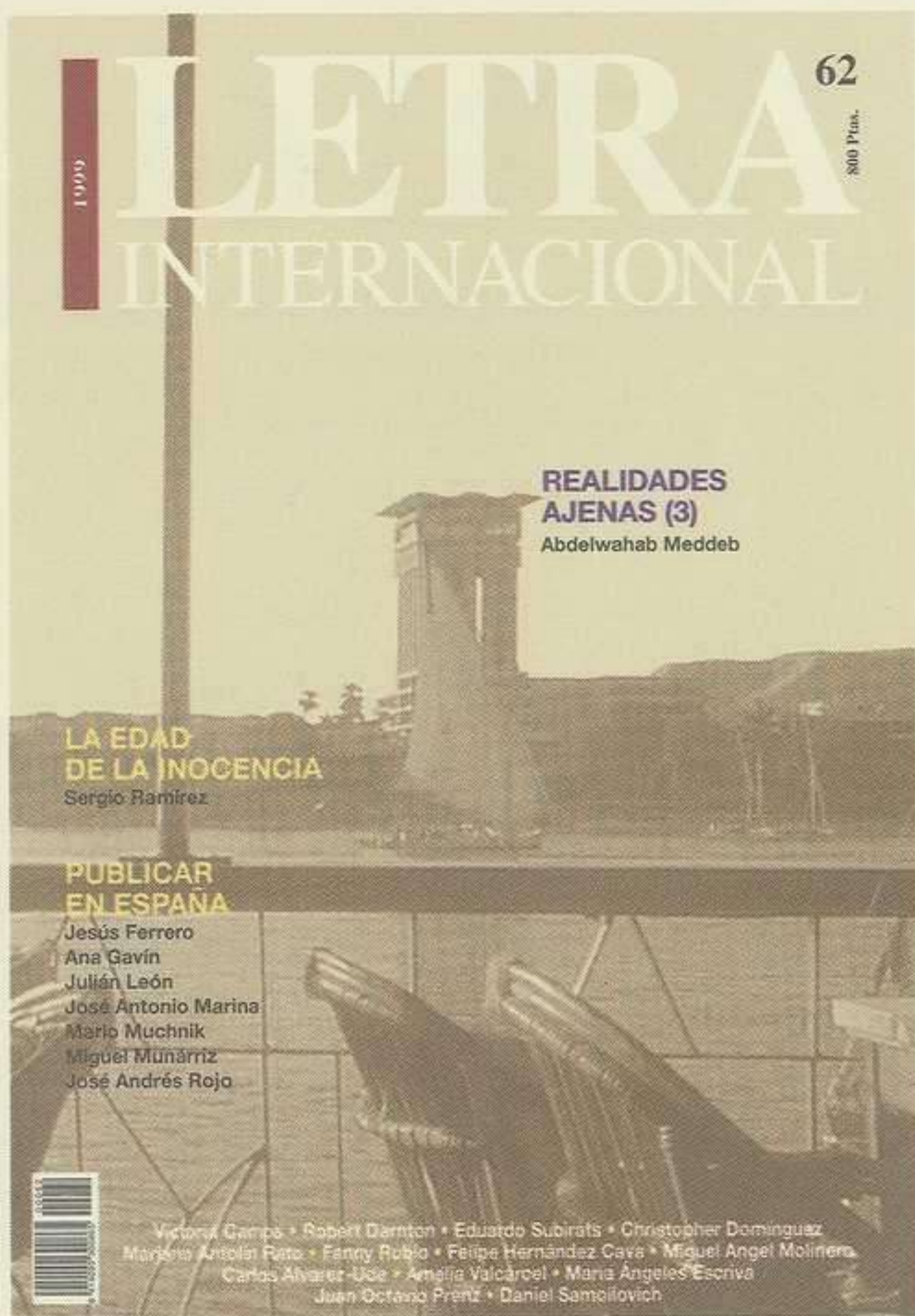
Alianza

Madrid, 1998

José María González ha centrado su tarea investigadora en las relaciones de la filosofía —especialmente la filosofía política—, la literatura y las ciencias sociales. Su primer libro, *La sociología del conocimiento, hoy* (1979) es una presentación crítica de las corrientes sociológicas, que fue más tarde rehecha y reactualizada en su contribución a la obra colectiva —con E. Lamo de Espinosa y C. Torres Albero— *La sociología del conocimiento y de la ciencia* (1994). Estudios posteriores, como *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka* (1989) o *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber* (1992), dan buena cuenta también de esos

intereses a los que nos referimos, proseguidos asimismo en los seminarios que dirige, o en los que participa, en el Instituto de Filosofía del CSIC, del que es director. Y es en esa línea de investigación en la que se inserta su última obra *Metáforas del poder* planteada como la primera de una trilogía de metaforología política, pues al estudio de carácter general que presentamos habrán de seguirle dos monografías: una, sobre la diosa Fortuna, y otra, en torno a la nave del Estado.

Para José María González, la metáfora no constituye en el pensamiento político sólo un recurso retórico, de mero carácter ornamental o persuasivo, sino que alcanza también un papel constitutivo, estructural. Así lo



LETRA 64 INTERNACIONAL

LA BLANDA DICTADURA DE LA VELOCIDAD
Peter Schneider

REALIDADES AJENAS (y 5)
Lieve Joris

AUTOBIOGRAFIA EDITORIAL
Mario Muchnik

Ludolfo Paramio • Manuel Talens
Nuria Amat • José Antonio Marina
Reyes Mate • A. Serrano de Haro
Túa Blesa • M. A. Molinero
Soledad Puértolas • Rosa Pereda
Manuel Rico • Carlos Marzal
J. L. Cebrían • Clara Janés
S. Benvenuto • Wilhelm Schmid

LETRA 63 INTERNACIONAL

LA RELIGION Y LO PROFANO
Ernest Gellner

REALIDADES AJENAS (4)
Laszlo Krasznahorkai

IGUANAS Y DINOSAURIOS
Juan Villoro

Esther Tusquets • Pedro A. Vives
Constantino Bértolo • Juan Villoro
José Kozer • Soledad Puértolas
Adolfo García Ortega • Clara Sánchez
José Martínez Hernández • Paula Izquierdo
Rosa Martínez • M.R. Barnatán

hace ver en el capítulo introductorio, siguiendo los estudios de Georg Lakoff, Mark Johnson, Murray Edelman y otros autores, para los que la metáfora vehicula nuevas formas de conocimiento, estructuras de la comprensión humana del mundo, que es preciso analizar sin tratar de suprimirlas totalmente —lo que resultaría arduo, si no imposible—, pero cuidándonos de no tomarlas acríticamente, sino más bien siendo conscientes de sus usos y significados. La metáfora está presente no sólo en el lenguaje político cotidiano o en el de los políticos profesionales, sino asimismo en el de las ciencias sociales que teorizan esos campos de la actividad humana desde muy diversos enfoques (teoría de *juegos*, paradigma de la *dramaturgia*, etcétera).

La dificultad para librarse por completo del poder de la metáfora se ilustra bien a través del «extraño caso de Thomas Hobbes», cuyo *Leviatán* es un intento de creación de una ciencia política rigurosa —basada en conceptos claramente definidos y no en imágenes, consideradas como fuente de confusiones—, pero que se alza como uno de los grandes creadores de metáforas de toda la filosofía política occidental y de la alegoría más importante del Estado absolutista, desde la imagen misma del Leviatán a las diversas metáforas (orgánicas, mecánicas, arquitectónicas) a las que recurre. Campo metafórico que se traspasa incluso en dirección a la representación iconográfica, como sucede en el famoso frontispicio de la obra, cuya conclusión hace del rechazo hobbesiano de la metáfora un símbolo de la escasa atención que la filosofía política ha prestado a la reflexión sobre los elementos metafóricos que impregnan su lenguaje.

Son algunos de esos elementos los que son estudiados en el cuerpo de la obra, centrada en tres momentos cardinales: en primer lugar, la época del Barroco, a la que se dedican varios capítulos por la importancia central que en ella adquiere la relación entre retórica y política. El Barroco es una época de *representación*, en la que hasta los príncipes aprenden a ser actores y los aparatos de propaganda del poder —eclesiástico y civil— se esfuerzan por la visualización de los contenidos ideológicos que quieren transmitir. De ahí la proliferación de *emblemas* y *empresas* en

los tratados de la época, como las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo, inserto en la larga tradición de libros de educación de príncipes, que se presentan como alternativas a Maquiavelo. Apoyándose en una espléndida serie de ilustraciones, José María González analiza con precisión algunas de esas empresas, así como el *Neptuno alegórico*, compuesto por sor Juana Inés de la Cruz, con ocasión de la entrada en Nuevo México, en 1680, del virrey don Tomás de la Cerda.

Pero, si quisiéramos destacar dos metáforas centrales, quizá hubiéramos de referirnos a la del reloj y a la del teatro. Relojes de arena, que simbolizan la caducidad del poder y de la vida (como en el patético poema de Quevedo, en el que la arena está formada con las cenizas del amante); relojes de sol, como representación de la autoridad suprema del rey, representante a su vez del sol máximo de Dios; relojes mecánicos, en fin, esos frágiles mecanismos inventados en el siglo XIV y con los que la incipiente burguesía, colocándolos en las plazas de las ciudades y en los Ayuntamientos, trataba de romper el monopolio de la medida del tiempo, administrado hasta entonces por el toque de las campanas de los clérigos; perfeccionados en el siglo XVII, se convierten en alegoría de las ruedas y engranajes del Estado, si es que no del cosmos, pues también Dios será visto como el Gran Relojero.

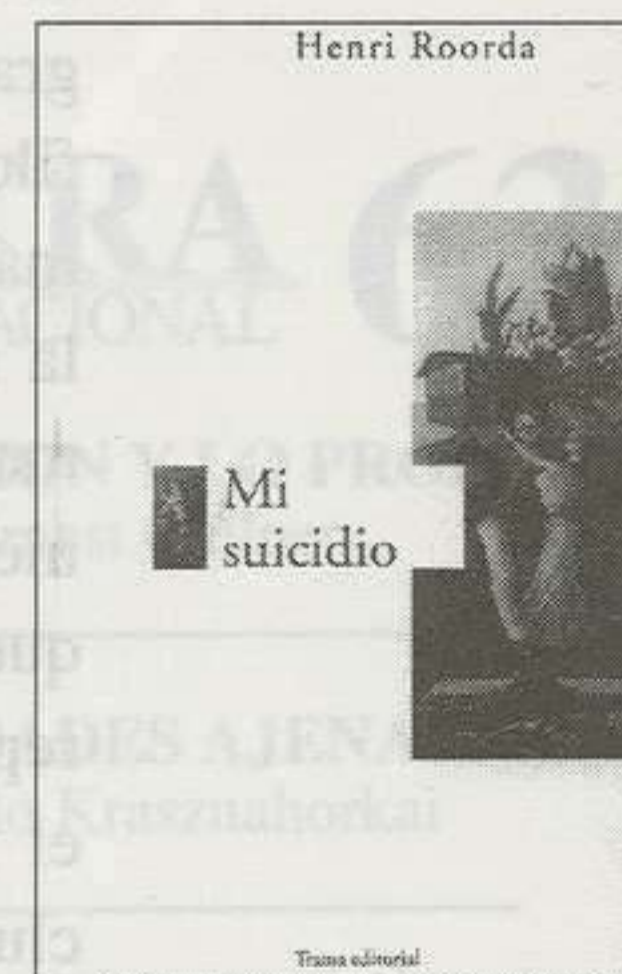
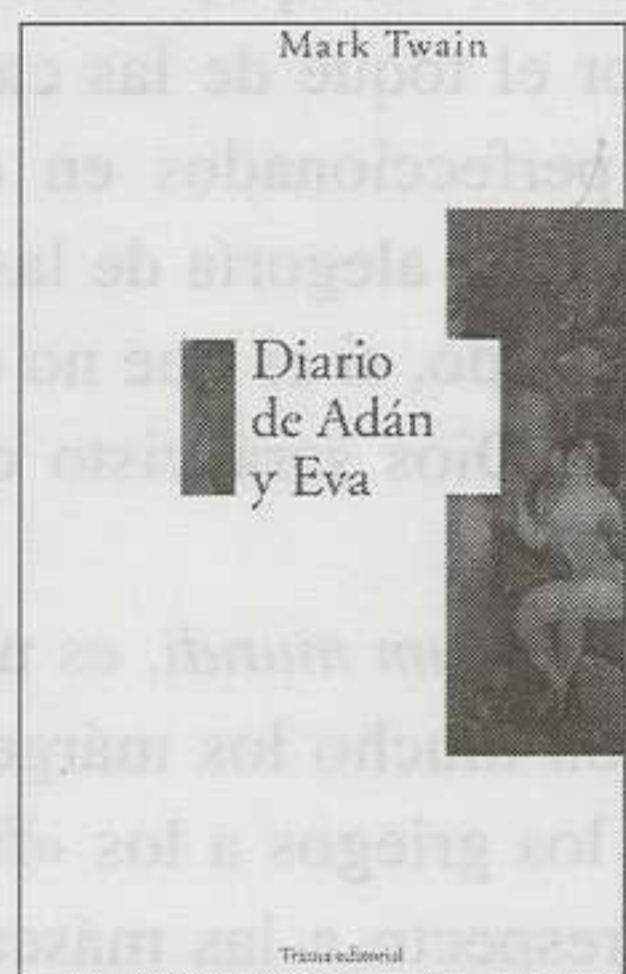
En cuanto al *theatrum mundi*, es una imagen que supera con mucho los márgenes del Barroco —desde los griegos a los «filósofos de la sospecha» respecto a las máscaras del yo—, pero que en esa época adquiere un papel preponderante, dado el poder de representación (en el sentido de demostración del poder por medio de su teatralización ante el pueblo: fuegos artificiales, fiestas, arcos triunfales) en la sociedad cortesana y a la teatralización general de la sociedad barroca, que llevará, por otra parte, al desengaño de los moralistas («¿No ha de haber un espíritu valiente?/ ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?/ ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»), a la denuncia de las relaciones falsas del hombre de mundo, respecto del que todavía diría Rousseau que está entero en su máscara.

Pero, con este salto al siglo XVIII (en el que también se consideran las metáforas del

opúsculo kantiano sobre *La paz perpetua*), transitamos hacia el surgimiento del modelo político liberal (a través de *La fontana de oro* de Galdós) y su crisis (en la que sigue apelándose a la metáfora del *theatrum mundi*, estudiada ahora en Robert Musil y Karl Kraus), considerados junto a las transformaciones contemporáneas del escenario político debidas al desarrollo de los medios de comunicación de masas.

Los dos últimos capítulos se centran en el mito de Fausto, de Goethe a Thomas Mann, en la política como pacto con el diablo, según la expresión de Max Weber, en las metáforas de la identidad a las que apela Charles Taylor en su reciente obra *La ética de la autenticidad*. A propósito de estas cuestiones se encuentran, por lo demás, interesantes sugerencias sobre el proceso de construcción de la identidad, como cuando se sospecha de la viabilidad de ese proceso en cuanto producto deliberado de sí mismo, en vez de tender a considerarlo como un resultado lateral de nuestra acción y nuestras decisiones.

Nos encontramos, en suma, con un estudio, si no exhaustivo, sí muy representativo del poder de la metáfora en los discursos del poder y sobre el poder. Con todo lo cual no se trata de sustituir el discurso filosófico por el análisis de las metáforas en él contenidas, sino, más bien, de tomar conciencia de su importante papel en la argumentación política. Sin ceder al señuelo de una depuración completa de los elementos retóricos y metafóricos, pero sin entregarse por completo a ellos («las metáforas no son inocentes»), José María González se muestra así partidario de un enfoque racionalista de la metáfora que dé cuenta de su función en una correcta comprensión de los argumentos. Algo para lo que, sin duda, este bello libro —no sólo por su composición y estilo, sino también, y como decíamos, por las excelentes ilustraciones que lo acompañan— constituye una novedosa y valiosa aportación, que esperamos se vea pronto proseguida por las monografías sobre la Fortuna y la nave del Estado, que en él se encuentran anunciadas. □

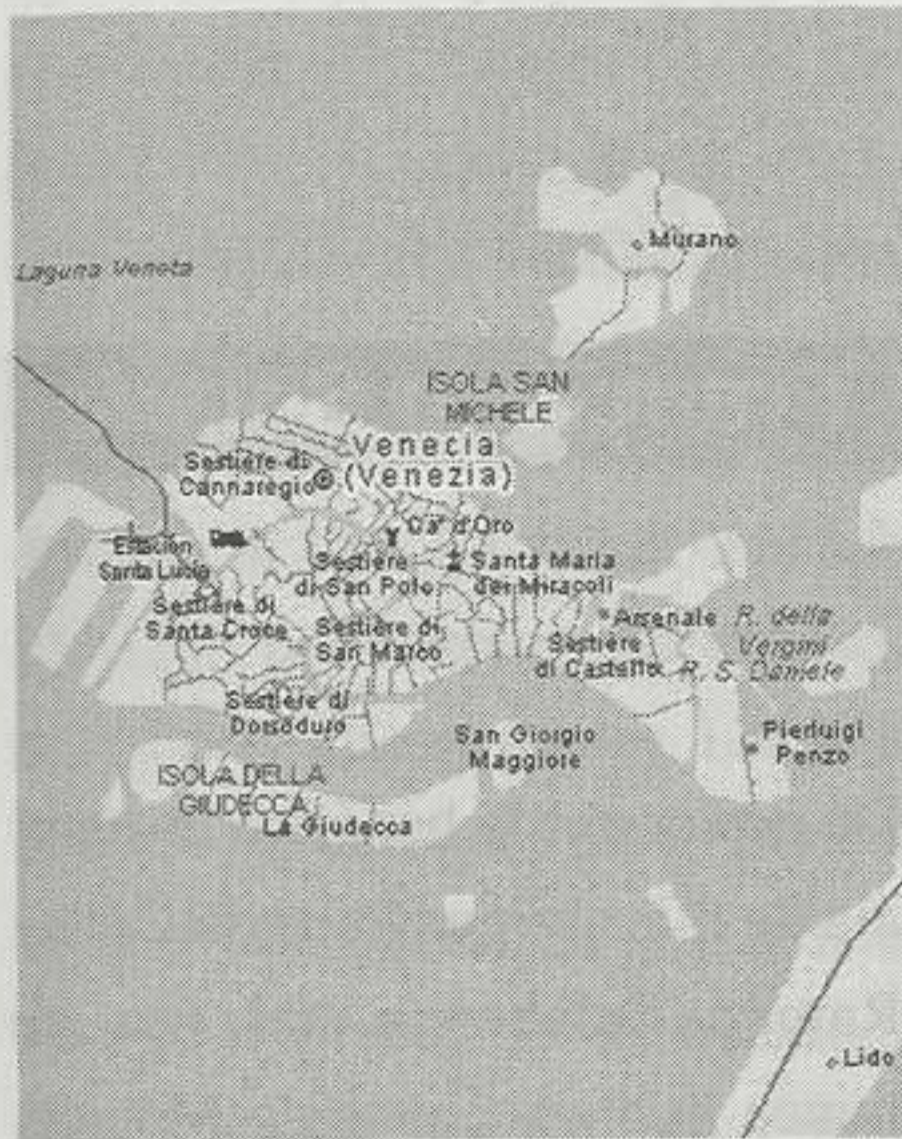


Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605
Tfno/Fax: 915 738 048
<http://www.infor.net.es/trama/>
28080 Madrid

Correspondencia

Venecia



J.A. González Sainz

Cada dos años, con los primeros bochornos de junio y el aroma dulce de las magnolias recién abiertas, abre también sus puertas en la muy serena y filosófica ciudad de Venecia su vistosa y renombrada Bienal de Arte. Desde días atrás, entre los bandos municipales, las esquelas mortuorias y los anuncios de rebajas o avisos de mítines y conferencias que empapelan algunos de los muros de la ciudad, empiezan a aparecer, sigilosa pero inexorablemente, unos extraños carteles con nombres de Alguien sobreimpresos sobre reproducciones de Algo que no se sabe muy bien lo que es —y que por lo tanto es Arte—, y en la ciudad, como antaño en las localidades a las que llegaba una compañía de teatro o una empresa circense, comienzan a bullir por doquier gentes extrañas que no se sabe

bien tampoco lo que son ni lo que de veras hacen y que por lo tanto, con un alto grado de probabilidad y alevosía, seguramente son artistas, o bien son galeristas o críticos o comisarios de arte, directores de museos o entendidos de arte y entendidos y directores en general.

El clima es bullicioso entonces con toda la farándula artística desparramada por la ciudad; los hoteles están a rebosar, las lanchas de los taxis no paran de ir de un lado para otro haciendo buena mella con su oleaje en los cimientos de las casas, y en los restaurantes es imposible encontrar una mesa libre en los días inaugurales ni siquiera pagando precios cuatro o cinco veces superiores a los precios ya cuatro o cinco veces superiores a lo normal que es lo que se paga habitualmente en esta ciudad donde todo se paga. Personas y cosas —el dinero— afluyen pues abigarrada y vistosamente esos días, circulan y funcionan y encajan componiendo un entramado que es en realidad la verdadera esencia del Arte Contemporáneo. Así que da gusto callejear entonces por la ciudad —¿canalear?, ¿camandulear?, ¿camaleonar?, ¿hacerse pasar por artista o entendido en artistas?, ¿hacerse pasar, así en general?—, los establecimientos públicos cierran más tarde de lo habitual, las reatas de turistas en grupo dejan paso por unos días a los grupos de turistas individuales en reata, y la vida cotidiana de un ciu-

dadano todavía medianamente curioso y paciente a estas alturas —lo que no es poco mérito— se ve enriquecida por un trajín de individuos que entran y salen de un sinfín de galerías, pabellones e inauguraciones y cenáculos, y en cuyos rostros llevan cuidadosamente estampada la idea de que entienden de algo de lo que los demás están a dos velas.

Este cronista, cuya contradicción artística consiste en ser un recalcitrante aborrecedor de la mundanidad aunque, como hombre amable y de buen temple, se ve arrastrado a menudo, y no siempre por fuerza, a ella, lleva casi veinte años acudiendo puntualmente a ver los distintos pabellones y exposiciones de la Bienal de Arte veneciana en los días exactos de sus inauguraciones y aperturas. Hecho a dudar de todo, no he dudado nunca de que no sólo el mejor momento, sino el único momento cabal para ver Arte contemporáneo es en efecto el momento de la inauguración, el verdadero momento de *apertura* artística. Si el Arte contemporáneo ya no *abre* a nada, como sostienen sus descreídos y reaccionarios detractores entre los que tengo el disgusto de contarme, por lo menos que se abra el Arte. Si el Arte contemporáneo no encierra ya en sí *fiesta* alguna, por lo menos que no falte alguna fiesta, colateral como un efecto, con sus correspondientes vinos y canapés.

En mi retorcida modestia, tengo que confesar con el bebido

sonrojo que en estos casi veinte años de peregrinación irreligiosa y etflica —!el *kairós*, el momento oportuno de la percepción artística!— no he conseguido que nada, que ni una sola Obra de Arte me dijera nada ni me convocara o anunciara o avisara o me hiciera pensar en nada que no fuera en el mismo Arte y en la misma Historia del Arte y el mismo Mundo del Arte, como si el solo anuncio y la sola convocatoria y contenido que comportaran fuese su propia *autoconciencia*. Como si lo único que todo aquello dijera ya es «esto que aquí ves y aquí se exhibe es Arte», o bien «Arte es lo que se exhibe como Arte». Suelen decir los entendidos en Arte al contemplar un producto artístico que «está ya visto» o «muy visto», como se dice de un vestido, pero si Arte es decir performativamente —que hace lo que dice y dice lo que hace— «esto es Arte», entonces puede que lo que ya esté visto o muy visto —visto para sentencia— tal vez sea el mismo Arte contemporáneo, que lleva ya muchos años sin decir otra cosa que «esta boca es mía».

Ahora bien, si el mero *exhibir*, si el mero *valor de exhibición* se han hecho centrales y más relevantes que el objeto exhibido —un estricto pretexto—, a ello ha corrido pareja consecuentemente la importancia del *lugar* donde se produce esa exhibición. Lo importante no es «decir» algo que tenga alguna enjundia —alguna *sustantividad*,

que decía Ortega—, ya no es *poner o dejar algo al descubierto, poner algo de manifiesto* que, tras una artesanía de la atención y de la práctica, se ha podido intuir o medio intuir o vislumbrar de las cosas del mundo. Se exhibe el mero exhibir o la mera voluntad de exhibir y desde luego su lugar de exhibición; por eso los operadores del sector idean trucos como los de introducir una salita oscura en el interior de un museo o pabellón ante la que haya que hacer cola o bien producir directamente colas o exhibir—cualquier cosa, eso es lo de menos— en una iglesia desconsagrada, un señalado edificio urbano, un bosque, un desierto o bien, y eso es lo más sensacional de la Bienal de Venecia de este año (que ha contado con la dirección de Harald Szeemann y, como miembro del jurado, con la admirable Rosa Martínez), en los soberbios espacios y hangares de los antiguos Astilleros de Venecia. Esos lugares de exposición abiertos algunos por primera vez al público—lugares donde se hacían cosas concretas con instrumentos concretos para cubrir necesidades y utilidades concretas, y que por lo tanto conservan el residuo temporal (¿y artístico?) de todo ello— han dado un realce extraordinario a la Mostra, pero también, y al mismo tiempo, han puesto en una evidencia colosal la ridícula insignificancia de una práctica que optó por la insignificancia hace ya demasiadas décadas.

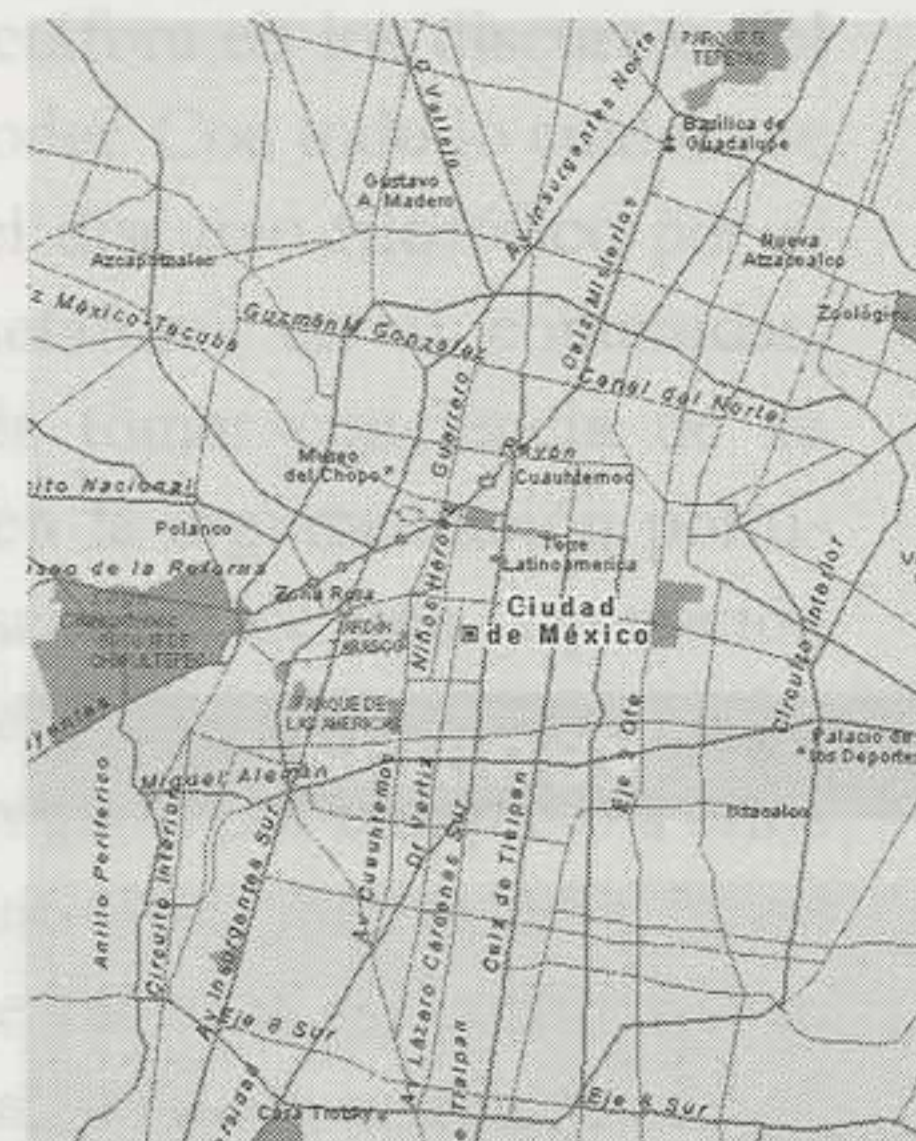
Y sin embargo, una vez más y tal vez mejor todavía, el entramado funciona, multiplica su rentabilidad, se agranda y pavonea. Hasta el punto de que lo más asombroso es ese mismo funcionamiento. El arte se ha oscurecido, como decía el Nietzsche de los fragmentos, se ha vuelto opa-

co, se ha convertido —añadimos— en mero chiste, en mera ocurrencia, en humorada, se presentan cosas, se hacen o celebran o traen cosas, pero lo que en realidad más se hace o se celebra o se trae a buen traer es su propio *funcionamiento*. Funciona, y el funcionamiento de todo ese entramado es técnicamente cada vez más perfecto. ¡Mira por dónde—y ese «por dónde» es lo que realmente hay que mirar— el Arte ha revalidado de nuevo su unión con la Técnica con la que iba también del brazo cuando asomó la cabeza de su misterio! Aunque tal vez algo, algo esencial, se haya perdido en esa vuelta de tuerca ya pasada de rosca. Ahora no sé si la Técnica coge al Arte del brazo o del cuello, pero se me antoja que, lo mismo que antaño lo sagrado, la religión, o la política y la economía eran el fundamento del arte —Benjamin—, ahora lo que lo sostiene no es sino estrictamente técnico, la Técnica de funcionamiento de un inmenso y complejo entramado que por ofrecer como pretexto Algos firmados seguimos llamando Arte, una formidable Técnica de funcionamiento del *acabamiento* del Arte, como dice Félix de Azúa—, o bien del *desistimiento* del Arte, de la práctica de birlibirloque por la que el arte desiste de sí mismo y se eterniza en su mera e inmortal *defunción*.

Cada año, al salir del último pabellón completamente agotado y aturdido por tanta exhibición y naturalmente malhumorado y airado, me suelo sentar en uno de los bancos del vial de grandes árboles que dan deliciosa sombra al paseo central de los Jardines de la Bienal. Allí —y este año en compañía de mi *correirreligionario* Alberto Adsuara—, mientras recobro la mirada devastada por

tanta exhibición y aspiro en profundidad el aroma poderoso de los tilos en flor, recuerdo aquella oda de Hölderlin sobre los *irascibles*, que agobiados por las ofensas del mundo y por el gusto poético de encolerizarse —«se afligen y lloran por nada los afortunados»— se cobijan en la Naturaleza donde, apenas la mano amorosa y amable de ésta les *roza*, ellos se recobran igual que lo hago yo de la *ofensa* del Arte Contemporáneo con la profundidad inaprensible del aroma y el movimiento y la sombra de esos grandes y misteriosos «tilos del mundo» que el Arte cree hoy ridículo y reaccionario afrontar. □

México D.F.



Francisco Solano

De no ser por la benéfica influencia de mis amigos Patricia Díaz y Ramón Salaberría, tal vez yo nunca hubiera conocido México. Ella es mexicana, de Guadalajara (Jalisco), y él vasco, de Rentería. Antes de pisar tierras americanas, Ramón, para quien la geografía ha sido siempre no una mera curiosidad de europeo atraído por el color local, sino una verdadera pasión, es decir, un fuego interno que alimenta su asombro (estamos muertos, ha escrito Borges, cuando nada nos toca, ni una palabra, ni un anhelo, ni una memoria), antes de conocer, digo, México, Ramón se había adentrado por tierras de Senegal, pero el sueño de Africa se le quedó suspendido en el aire. Africa, que fue un enigma capaz de destrozarse a un hombre, es hoy algo así como una topografía descuartizada, que sólo se revela con claridad en las páginas memorables de Conrad. Sin saberlo, Ramón buscaba una tierra, y acaso un país, cuyos habitantes mantuvieran en sus ademanes esa rara mezcla de credulidad, cortesía y laboriosidad que, junto con la fidelidad a ciertas costumbres, dignifica por

igual a hombres y mujeres aunque la fortuna les sea adversa. Desde la adolescencia cultivó el proyecto de recorrer, durante seis meses, América Latina. El viaje debía comenzar en México, para pasar luego a Centroamérica, y de ahí (si las fuerzas, el tiempo y el dinero lo permitían) intentar tocar la Patagonia, siempre, claro está, por vía terrestre. Ramón no quería cumplir cuarenta años sin llevarse a la madurez un viaje que representaba una inmersión en un territorio que oscuramente le llamaba y que había de engendrar en él una luminosa lealtad. El viaje, por razones de trabajo, se redujo a cuatro meses. Llegó a México y, aunque pisó Guatemala y El Salvador, ya nunca más pudo prescindir de México. Esto sucedió hace ahora cinco años. Tuvo que retornar a España (era inevitable), pero sólo para preparar su asentamiento definitivo en México, ya que regresó, por decirlo así, maltrecho, tocado en las articulaciones del alma por la fuerza de unos vínculos con la tierra mexicana que se le aparecían, más que irremediables, constitutivos de su propia naturaleza. Ahora lleva viviendo allí, en D.F., casi cuatro años, y yo debo a su insistente entusiasmo haber descubierto México.

Recuerdo que mi primera impresión, cuando desperté y recorrí las calles de D.F., fue de desvalimiento y consternación: México se me figuró el país de la gran paciencia. Todavía no sabía que lo yo llamaba paciencia, una palabra aquí contaminada de resignación, allí tiene una acepción bien distinta, relacionada con la espera, pero no con el tiempo. Pues el tiempo, en México, no transcurre con la misma avidez del calendario europeo sino que más bien es algo que *sucede*, es decir, una

suerte de presente perpetuo, un instante extendido que es artesanal y mágico, pero no productivo: el instante, ahora que lo pienso, que intentan apresar algunos poemas de Octavio Paz. Yo sentí que ese tiempo era perceptible en México (yo sólo lo he sentido en México) cuando aprecié, en toda su magnitud, la diversidad cultural de un país donde confluye por igual la extenuación del siglo XX con la presencia indígena, cuyos trajes, ademanes y manifiesta humildad se remontan a tiempos inmemoriales, en todo caso a la llegada de los españoles. Esta certidumbre sobre la percepción del tiempo, cuya formulación desorbita y niega toda noción de historia, la adquirí después de recorrer los estados de Tixcala, Veracruz, Oaxaca, Guanajuato, Querétaro, Jalisco, San Luis Potosí... He atravesado esos estados tan asombrado por esa percepción del tiempo que aún dudo de que realmente todo haya ocurrido en el siglo XX, y no en otro época. Puedo, por tanto, hablar de lugares, pero no puedo decir nada sobre el tiempo, porque el tiempo en México, como dije, se extiende hasta abarcar varios siglos. Me doy cuenta de que México, sobre todo, es para mí un asombro, pero un asombro oscuro, cuya naturaleza aún desconozco, que sólo podrá hacerse *legible*, traducible en palabras, cuando deje atrás el propio asombro —con nuevos viajes, con reiterados encuentros con mis amigos mexicanos—, y por tanto cuando empiece a comprender que México, como ha escrito Vázquez Montalbán, es «un país precursor del futuro mestizaje universal».

En México se produce, creo yo, la experiencia de una gran

ignorancia. Excepto algunos tópicos, muy adecuados para agencias de viajes, ¿qué sabemos de México? La pregunta podría aplicarse a otro país, pero para un español México debía figurar en su memoria. Esa ignorancia es lo primero que asalta al viajero de ojos abiertos, no al turista fascinado por los anchos sombreros y el sabor del tequila en las playas de Yucatán, que sólo sabe ver lo que previamente quiere mirar. El americano Lesley Byrd Simpson, que frecuentó toda su vida las tierras mexicanas, escribió una síntesis histórica muy meritoria cuya mejor definición en su propio título: *Muchos mexicanos*. Así es, y hay que entender que ese *muchos* del título es menos una cantidad que una abundancia. En México, de algún modo, todo lo que de veras importa es fiel a unas raíces que se remontan a tiempos ancestrales (la insurgencia de Chiapas, por ejemplo, tiene un tronco actual, pero su savia es milenaria), y también allí todo es probable y está lleno de futuro, y a la vez es incompatible, porque es otro mundo, con la deformación a que ha llegado la razón que nos legaron los griegos, sin duda el máximo logro de la civilización europea. (Me refiero a la razón griega, es decir a la razón común, no al raciocinio ni al racionalismo, que no tiene esa insólita condición, ese resplandor de la razón griega, sino que son instrumentos de coacción y derribo.)

Mis estancias en México son fundamentalmente nómadas, una errancia constante, un tránsito con itinerario, sometido al único fin de estar inmerso en la paisaje mexicano —en sus desmesurados valles con la proximidad de sus cielos bajos, con esas densas nubes que coronan el horizonte, esas nubes de las fotografías de

Figuroa— para recalar después en el bullicio de las cantinas y en los zócalos de las ciudades, mezclándome en la parsimonia de sus gentes que aún conservan la melodía del español de los siglos de oro, mientras el aire se llena de los acordes de la música viva, estimulante, sensual y dramática de los mariachis. Un pueblo para quien la música es aún natural, una artesanía al alcance de cualquiera, es consciente de que desafía con la música el horror de nuestra condición mortal. La música en México es una transacción comercial, pero una transacción que es un trueque de dinero por belleza. Hay, en las calles y plazas de casi todas las ciudades mexicanas, ofertas de melodías, lo que quiere decir que se vende lo intangible, lo que está más próximo a la vida; en suma, se vende emoción, una adquisición para todo aquel que quiera oír, puesto que nadie, en rigor, puede apropiarse de la música.

Esta devoción a la música popular mexicana —y aquí popular no tiene nada de impuesto— me llevó a visitar el pueblo de Dolores Hidalgo, cuna de la independencia, según advierten los prospectos, donde el cura Hidalgo lanzó el grito de la revolución (aunque esos mismos prospectos se olvidan de decir que el cura Hidalgo también gritó ¡Abajo el mal gobierno! una proclama igualmente vindicativa hoy, que por supuesto no quiere recordar el actual gobierno). En el pueblo de Dolores Hidalgo nació, y está enterrado, José Alfredo. Desde el año pasado, su tumba está ornamentada por un panteón que consiste en un gran sombrero mexicano de cemento con una larga estela ondulada con teselas de cerámica, donde están inscritos los títulos de sus

canciones más difundidas o famosas. El monumento no alcanza esa propiedad estética que a Cernuda le indujo a calificar de informes y absurdas, aunque encantadoras, algunas plazas y fuentes mexicanas. El panteón de José Alfredo Jiménez está apunto de ser *kitsch*, como tantos monumentos en México, pero lo redime cierta armonía y algo indefinible que acaso sea el aire extendido y libre que lo rodea. Más que un monumento funerario, parece la entrada a una sala de fiestas. José Alfredo murió antes de cumplir los cuarenta y cinco años. Debajo de su nombre, está inscrito en piedra uno de sus versos más cantados: «La vida no vale nada». ¿Qué caprichoso demonio que ríe entre negruras ha tenido la osadía o el deleite de mezclar, en el mismo pueblo, la rotura de las cadenas con esa declaración de fatalismo? Un mismo lugar para la proclamación de la máxima liberación, unida al mayor de los escepticismos. ¿No es esto, acaso, México? Entre estos enunciados, que parecen juntarse para no resolver nunca una contradicción, se sitúa para mí la explicación de mi asombro por México. Asombro que mantengo lejos de México y que se cultiva y expande cuando estoy allí.

Es irremediable, debo seguir cultivando este asombro. Tengo que regresar a México. □



Los nietos de los rusos que en 1945 asaltaron el edificio del Reichstag cantan ahora al acordeón nostálgicas canciones de su tierra para los que aguardan ante ese mismo edificio. Esperan gentes de toda suerte y condición, viejos y jóvenes, conservadores y alternativos, del Este y del Oeste, alemanes y turcos, sin olvidar al resto del mundo, diez mil visitantes diarios en jornada de 8 a 22 horas. Una pala mecánica, con la cuchara llena de arena, cruza el camino, todavía se sigue trabajando en todas partes, se oyen zumbidos y vibraciones por doquier. Un control de seguridad a la entrada del Reichstag es el ojo de la aguja que tiene que atravesar todo el mundo. Después, nos encontramos dentro de la antigua y nueva sede del Parlamento alemán, echamos un vistazo a los elegantes asientos lila de los diputados y viajamos a la terraza del tejado en un ascensor con capacidad para 48 personas. De repente, nos hallamos directamente ante la imponente cúpula hollable de acero y cristal, contemplamos muy fragmentada nuestra figura en 365 espejos que proyectan la luz del día

hacia abajo, hacia el interior del edificio. Por interminables recorrecos poblados por innumerables personas caminamos hacia arriba a lo largo de la piel de cristal, respiramos profundamente ante la amplia panorámica que se divisa de toda la ciudad. Arriba del todo encontramos asientos y —en efecto— posibilidades de tumbarse para ver el cielo sobre Berlín, sencillamente genial. La cúpula está abierta hacia arriba para que entre el aire fresco —en la política que, al fin y al cabo, ha de hacerse en este edificio.

Esta es la arquitectura de la democracia, al fin un ejemplo relevante de que la democracia puede convertirse perfectamente en promotor y constructor. Sin embargo, algunas cosas no han ido del todo bien: Esta reconstrucción de la cúpula no fue ideada originalmente por el estudio *High-Tech* del ganador del concurso Norman Foster, a quien se le encargó la reforma, sino por el arquitecto español Calatrava, que al quedar segundo no pudo hacerlo y sólo pudo construir un puente sobre el Spree junto al Reichstag. Aunque le irritó sobremanera su eliminación, elevó no obstante el sueño blanco y elegante de un puente sobre el río. Al otro lado del Spree, en dirección norte, crece brotando de una fosa abismal la gigantesca obra de la nueva estación central; la circulación en dirección nortesur será por vías subterráneas, mientras que en dirección esteoeste discurrirá por la superficie; por encima se arqueará un cielo de acero y cristal del arquitecto de Hamburgo Meinhard von Gerkan, especializado en este tipo de construcciones. A lo lejos, hacia el oeste, en el horizonte aparece esquemática la Teufelsberg, una montaña de escombros de la época de la

reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial; las blancas y esféricas instalaciones de radar situadas encima procedentes de los tiempos de la guerra fría sólo son perceptibles por expertos y muy pronto se habrán convertido en un gran complejo hotelero para gustos exquisitos, lo que se denomina «conversión» en el lenguaje técnico de los militares.

Desde la parte sur del tejado vemos bajo nosotros, diminuta como de juguete, la puerta de Brandeburgo, a su lado el macizo armadillo de Gehry, creado para ser contemplado desde arriba, muy discutido: los juicios de los espectadores abarcan desde «fantástico» hasta «demencial». La vista hacia el sur es dominada por la colosal obra de la Potsdamer Platz, hacia la que ahora nos dirigimos. Tras pasar ante la Puerta de Brandeburgo, paseamos por un amplio bulevar de nuevo trazado bajo tilos jóvenes y cruzamos la valla tras la que se oculta la obra del monumento conmemorativo del Holocausto. Durante años se hurtó la disputa pública al respecto, pero cuando se haya concluido el plan de Peter Eisenmann, como acaba de acordar recientemente el Parlamento, nos adentraremos en un paisaje fantástico de columnas de hormigón de mediana altura para perdernos en un «jardín de losas sepulcrales» limitado al fondo por una pequeña o más grande «casa del recuerdo», que será museo, archivo y centro de investigación al mismo tiempo. A algunos ese lugar enorme y silencioso situado en medio de la ciudad les parecerá un sueño, a otros una pesadilla. Desde un monumento situado enfrente, al borde de los jardines del Tiergarten, mira Goethe, o dicho más exactamente: mira hacia un lado, como si

no quisiera enterarse de lo que ahí sucede o sucedió. Porque aquí todo se convierte en símbolo, como en el corazón de cualquier gran ciudad.

Nos dirigimos a los tres rascacielos recién construidos cuyas esquinas delimitan con nitidez una plaza aún inexistente: Potsdamer Platz. «Rascacielos» no es el vocablo adecuado, digamos mejor semi-rascacielos, porque en Berlín no habrá rascacielos de verdad, Berlín no se convertirá en Chicago —esto se opondría a la idea de una «reconstrucción de la ciudad europea». No obstante es un alemán residente en Chicago, Helmut Jahn, quien construye uno de estos rascacielos y su correspondiente complejo de cristal y acero con techo puntigudo, una mezcla de ampulosa representación empresarial y lúdico circo, por cuenta de la firma Sony. En el año 2000 las imágenes de este conjunto futurista darán la vuelta al mundo porque los futuros festivales cinematográficos de Berlín tendrán aquí su rutilante sede. Aquí uno aprende a asombrarse, a asustarse incluso, por las fuerzas motrices del capital, que en efecto mueven montañas. Al lado, el barrio ya construido junto a la Potsdamer Platz, cuyo promotor se llama Daimler, se llena de vida. Hace casi diez años a la vista de los solares vacíos se discutió la siguiente cuestión: ¿Qué es urbanizar y cómo hacerlo? La respuesta a ello es este nuevo centro. El corazón de la ciudad —sacudido por las medidas de Public Relations— comienza a latir en este nuevo centro de Berlín, junto a la Potsdamer Platz, antaño la plaza con más tráfico de Europa que, tras la Segunda Guerra Mundial, fue durante décadas un arenero

sobredimensionado para conejos de gran ciudad.

Un torrente de vida: cientos de miles de personas afluyen ahora, sobre todo los fines de semana, por los nuevos desfiladeros urbanos, cuyas paredes de casas proclaman el espacio cercado de su centro como Marlene Dietrich Platz. En efecto, lo más importante de la arquitectura no es la arquitectura misma, sino el espacio al que define —por dentro y por fuera. Aquí se vive bien, se puede comer un *sushi* japonés de cadena de montaje (en sentido literal, no metafórico), o saborear lasaña italiana debajo de árboles que ya crecían cuando esta zona aún era un yermo a la sombra del muro. Aquí no hay tráfico, sólo amplias aceras para paseantes de todo el mundo que pasan aquí sus horas de ocio o van de camino hacia el Palacio del Cine, que está a la vuelta de la esquina, o hacia el teatro musical o al cine «Imax» en 3-D y 360 grados de proyección: el entorno de la Marlene Dietrich Platz es el *event* construido para la sociedad experiencial del siglo XXI; voces críticas también lo denominan Disney-World, debido a las numerosas fachadas sobresalientes de colores. El tráfico ruge invisible e inaudible por el subsuelo, mientras por encima se extienden tranquilas y brillantes superficies de agua.

Este nuevo centro no pertenece ni al Este ni al Oeste; es realmente el centro en el que todos se encuentran, cualquiera que sea su procedencia. Nadie puede decir que siempre ha vivido aquí y todos los demás son extranjeros. Aquí todos comienzan de cero al igual que en el descubrimiento de un nuevo mundo, y ahí radica el embrujo de este lugar: su anexión acaba de comenzar

para todo el mundo. Este proceso no terminará tan deprisa, la época de las obras aún no ha finalizado, si acaso la primera gran etapa. La Potsdamer Platz no está reformada aún, tampoco de la vecina Leipziger Platz puede verse nada todavía excepto el historizante palacio Mosse, recién construido; en el centro de la plaza, todavía inexistente, una caja de cartón roja de grandes dimensiones, llamada «Infobox», colocada sobre pilotes, permite contemplar la obra entera (sólo en Shanghai existe una mayor); más de 5 millones de visitantes han aprovechado ya esta oportunidad. Esta instalación provisional permanecerá en pie hasta que concluyan todos los trabajos de construcción, acaso dentro de diez años.

Donde tantas cosas se ponen en movimiento, la fluctuación de las personas es grande. Decenas de miles abandonan todos los años una ciudad que ya no es la suya; muchas de ellas se limitan a mudarse a los alrededores, aprovechando por fin la posibilidad de poseer una casita entre los árboles tras una existencia insular de décadas, de vivir en medio del campo, pues el paisaje de la Marca de Brandenburgo alrededor de Berlín es realmente hermoso como un sueño, lleno de lagos, praderas y bosques. Decenas de miles inmigran de nuevo rebosantes de entusiasmo: ¡Qué ciudad tan excitante! Que innumerables personas vengan a la ciudad, que quieren llevar aquí la vida soñada, esto es la historia de Berlín, y siempre ha sido así; por eso existen desde hace siglos los berlineses «verdaderos» y los «de pura cepa». Los *verdaderos*, que siempre constituyeron la esencia de Berlín y la renovaron, una amplia mayoría desde el punto de vista demográfico, vie-

nen a la ciudad porque se enamoran de ella y encuentran en ella las posibilidades de su vida. Los *de pura cepa* son los nacidos aquí y hablan su dialecto, es decir los berlineses autóctonos y auténticos, con un trato algo insolente, pero siempre muy sociables. Aquí nadie se siente extranjero, uno se convierte en berlinés desde el primer día: sencillamente sucede así.

Así pues, la ciudad, miremos donde miremos, está en marcha. Somos testigos de un audaz trasplante histórico de órganos: el corazón de posguerra, todavía juvenil, del país, que creció en la tranquilidad de provincias, en Bonn, está siendo implantado en el cuerpo recauchutado de Berlín. Algunos, presos de la inquietud, se preguntan si esto saldrá bien. Pero también es posible analizarlo con serenidad. De todas maneras, en la nueva estación de metro de Mendelssohn-Bartholdy-Park, próxima a la Potsdamer Platz, se ha establecido ya, fenómeno inevitable en Berlín, un puesto de salchichas que garantiza el sustento con salchicha al curry, una especie de alimento básico. La tradición pasa por el estómago. Si eso está asegurado a pesar de todas las innovaciones que irrumpen en tromba, ya nada puede ir mal. □

COLABORADORES**MARCOS-RICARDO BARNATÁN**

Poeta y escritor

JEAN BRICMONT

Profesor de Física Teórica de la Universidad de Lovaina

JOSE F. COLMEIRO

Profesor de Estudios Hispánicos en la Universidad de Michigan

JACQUES DERRIDA

Director de la Escuela Superior de Ciencias Sociales de París

JAMES K. GALBRAITH

Politólogo y economista norteamericano

FELIX GRANDE

Poeta y escritor

BRUNO LATOUR

Investigador del Centro de Sociología de la Innovación, Escuela Superior de Minas de París

ALBERTO MANGUEL

Escritor y crítico de la cultura. Reside en Canadá

JAVIER ORDOÑEZ

Profesor de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid

VALENTI PUIG

Escritor

ALAN SOKAL

Profesor de Física de la Universidad de Nueva York

JAN STAGE

Periodista danés

GABRIEL ZAID

Escritor mexicano

TRADUCTORES**ROSA PILAR BLANCO**

Wilhelm Schmid

MARIA CALONJE

Alberto Manguel

BLANCA ORTIZ OSTALE

Jan Stage

CESAR PALMA

James K. Galbraith

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Portada e ilustraciones A. Manguel sobre óleo de Sigfrido Martín Begué, cortesía de la Galería Juana de Aizpuru; cuadro central coordinado por Javier Ordóñez; J. K. Galbraith por cortesía de *Dissent*; «Cartas cruzadas» por cortesía de *El Malpensante*; A. Mastretta, por cortesía de *Nexos*; ilustraciones J. K. Galbraith, cortesía del Instituto de la Juventud; fotografías Thomas Kern, © Contact Press 1999; fotografías F. Colmeiro cortesía de la Fundación Caixa Galicia; ilustraciones F. Grande, cortesía de la Galería Fúcares, © de las ilustraciones autorizadas VEGAP Madrid 1999.

DISTRIBUCION

ESPAÑA	Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS
PORTUGAL	Asirio & Albim - Rua Passos Manuel, 67 B - 1150 Lisboa Teléf.: 356 27 43 - Fax: 315 29 35
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65 Librería Gandhi - Avda. Corrientes, 1551 - Buenos Aires Teléf.: 383 54 50 - Fax: 383 49 30
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
MEXICO	Librería Gandhi - Miguel A. de Quevedo, 134 - 01050 México D.F. Teléf.: 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043
URUGUAY	Trecho - Maldonado, 1092 - 11100 Montevideo Teléf.: 983606 - 907561 - Fax: 905983
VENEZUELA	Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES**BELGRADO:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.
Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.**BERLIN:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.
Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.**BUCAREST:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.
Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.**BUDAPEST:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.
Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.**PARIS:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Antonin J. Liehm.
Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.**ROMA:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm
Redacción: Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.**SAN PETERSBURGO:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Alexandre Ninov, Antonin J. Liehm
Redacción: Vsermirnoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo.**SCOPJE:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Nikolas Kostascki, Antonin J. Liehm
Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje**SOFIA:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Boris Hristov, Antonin J. Liehm.
Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.**VARSOVIA:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.
Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.**ZAGREB:**

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.
Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.

En el 2000, el mundo del libro se dará cita en Buenos Aires



26.^a EXPOSICIÓN FERIA INTERNACIONAL DE BUENOS AIRES *EL LIBRO DEL AUTOR AL LECTOR*

18 de abril al 8 de mayo

1.200 expositores de 32 países, 700 actos culturales
(mesas redondas, conferencias, espectáculos, talleres, cursos,
presentaciones de libros, etc.).

Información bibliográfica de 200.000 títulos.

16.^{as} JORNADAS DE PROFESIONALES

26 al 29 de abril de 9:00 a 15:00

Participación de editores, distribuidores, libreros, bibliotecarios y
educadores. Más de 8.000 profesionales.

60.000 títulos de edición latinoamericana. Reuniones de
negocios. Debates sobre temas de la industria y el mercado
editorial. Actividades sociales.

SESIONES PREVIAS DEL 26.^o CONGRESO DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE EDITORES

29 y 30 de abril en el marco de la 26.^a Feria del Libro

26.^o CONGRESO DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE EDITORES

Un camino entre la memoria y el futuro

1 al 3 de mayo

Sede: Sheraton Hotel

La 26.^a Feria Internacional del Libro de Buenos Aires tendrá
lugar en el Predio La Rural, el centro de exposiciones más
importante de Latinoamérica. Un complejo moderno y
funcional, con una ubicación estratégica de fácil acceso para
todos los visitantes.

En Liber, Stand 7G05

ORGANIZA:



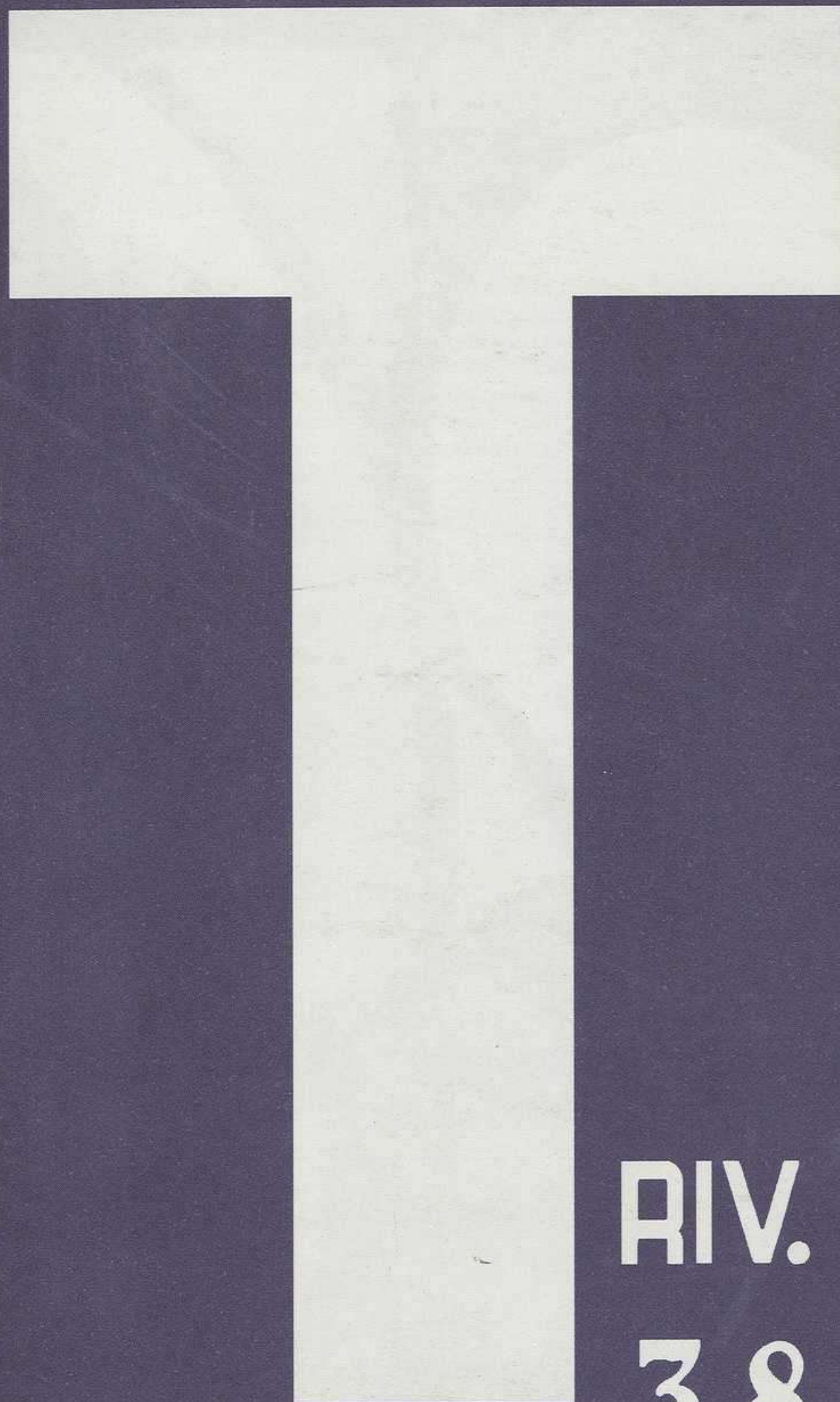
Fundación
El Libro

FUNDACIÓN EL LIBRO: Hipólito Yrigoyen 1628 5º piso
(1344) BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA.

TEL.: (54-11) 4374-3288 FAX: (54-11) 4375-0268

E-Mail: fund@libro.satlink.net

Web Site: <http://www.el-libro.com.ar>



RIV. N°

38

SALE E
TABACCHI

SALE E TABACCHI

Im Rudi-Dutschke-Haus
Kochstraße 18 · 10969 Berlin
Tel. 030 - 252 11 55